

Publicación trimestral - Precio del ejemplar : 100 Pts - Francia : 10 FF - Alemania : 5 DM
Inglaterra : 1 £ - Holanda : 5 Fl - Bélgica : 100 FB - Italia : 1.000 Lir. - Portugal : 50 Esc.
Suiza : 5 FS - EE.UU. : \$ 1 - América Latina : el equivalente de \$ 0.75
Abono anual : precio de 4 ejemplares

EL PROGRAMA COMUNISTA

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NUMERO

- La era de las guerras y de las revoluciones 1
- En defensa de la continuidad del programa comunista (IV)
Tesis de Lyon
- Introducción 7
- Proyecto de tesis presentado por la Izquierda al
III Congreso del Partido Comunista de Italia -
Lyon 1926 29
- Una exigencia fundamental para el movimiento obrero:
Liquidar la dependencia colonial del Ulster respecto
a Gran Bretaña 70
- Nota: Marcuse, profeta de los buenos viejos tiempos .. 74

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución stalinista; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoralesco.

La era de las guerras y de las revoluciones

El estallido de la guerra de 1914 no solo puso fin a la "belle époque" de los burgueses, sino también a toda una fase histórica. Esta guerra, a la que se quiso hacer aparecer como la *última de todas*, era en realidad *la primera* gran guerra de un mundo capitalista que ya había entrado en su estadio supremo, el imperialismo, y marcaba la apertura de una nueva era, *la de las guerras y las revoluciones*.

En efecto, mientras el pacifismo pequeñoburgués sólo veía en la guerra el horror supremo, los comunistas mostraban que esta explosión brutal de las contradicciones del capitalismo también implicaba la maduración de las condiciones objetivas de la revolución. Lo que caracteriza a la fase imperialista es precisamente la exasperación de las contradicciones del capitalismo y de todos los antagonismos sociales que éstas determinan, y que sólo pueden desatarse violentamente en la guerra entre los Estados burgueses o en la guerra entre las clases, en la revolución.

Esto no significa que las crisis, las guerras y las revoluciones estén presentes *cotidianamente*. Algunos textos del período 1914-1918 podrían darlo a entender, pero se trata de textos de propaganda y no de estudios científicos. Desde el punto de vista de la agitación, era perfectamente legítimo entonces, en plena batalla, hablar de "disgregación" de la sociedad capitalista, de la crisis "última" del capitalismo, de luchas "decisivas" para la supervivencia de la humanidad, pero no debemos tomar estas fórmulas *al pie de la letra*. Incluso en el estadio en el que más brutalmente se manifiestan estas contradicciones, el capitalismo funciona por ciclos y no a través de un movimiento continuo. Un período en el curso del cual las contradicciones y los antagonismos se acumulan al mismo tiempo que el capital lleva a una explosión violenta: si el proletariado no tiene la fuerza para aprovechar esta crisis social general para obtener una victoria decisiva, la burguesía la resolverá *a su modo*, es decir, como dice *El Manifiesto*, "por un lado, destruyendo violentamente una masa de fuerzas productivas;

por otro, conquistando nuevos mercados y explotando a fondo los viejos", desbrozando así el terreno para un nuevo período de acumulación de capital y, al mismo tiempo, de contradicciones y de antagonismos a un nivel aún más elevado.

Por otra parte, jamás estos períodos de acumulación tienen un carácter "pacífico"; ocurre, simplemente, que la violencia abierta permanece *localizada* y no estalla en conflicto *general*. Así, desde el fin de la segunda guerra imperialista, prácticamente no ha habido *un solo día* de paz en el mundo. Pero un conflicto que en frentase directamente a los grandes imperialismos y englobase a todos los otros países era materialmente imposible porque estas condiciones no estaban maduras todavía.

Hoy tampoco lo están. No obstante, han comenzado a madurar, como lo mostramos en un estudio sobre la evolución de las relaciones interimperialistas que publicamos hace dos años (1), donde ya habíamos analizado el conjunto de los factores que mostraban que el mundo capitalista ya había salido de la posguerra para entrar en una nueva *preguerra*. Además, hemos puesto de relieve las razones materiales que impulsan a las dos superpotencias a enfrentarse, en particular, en la vasta región comprendida entre el Medio Oriente y el Océano Indico, entre el Mar Rojo y el Mar de Omán, entre el Cuerno del Africa y el Golfo Pérsico, región que hoy constituye una "zona de seguridad" para todas las potencias imperialistas. La crisis económica mundial y la "crisis petrolera" no han hecho más que agravar estas causas materiales quitando cada vez más sentido a la vana búsqueda del "culpable", del "agresor", del "expansionista".

De todos modos, ésta es una cuestión estúpida y ridícula ya que si existe en modo de producción *intrínsecamente agresivo*, que no admite frenos ni fronteras, consagrado a la expansión ilimitada, que apunta a la internacionalización de sus relaciones de producción y de cambio específicas, es, sin lugar a duda, el capitalismo. Pero esta búsqueda ha llegado al colmo del absurdo en las condiciones particulares de la segunda posguerra y de su evolución compleja y atormentada que los partidos "progresistas", los cenáculos de pensadores y los hombres de cultura representan en banales imágenes idealistas.

Evocan con horror los tiempos de la "guerra fría", cuando las dos grandes concentraciones capitalistas y sus monstruosos aparatos político-militares se enfrentaban de los dos lados de la "cortina de hierro" montando guardia sobre sus respectivos rebaños de satélites; cuando cada uno se declaraba apasionado por la paz y acusaba al otro de belicismo; cuando ambos se sentían efectiva o potencialmente agredidos y, por consiguiente, justificados y hasta obligados a *defenderse atacando*, sin por esto convertirse formalmente en agresores. Evocan con nostalgia el tiempo de la "distensión", era de paz eterna, desgraciadamente interrumpida por el renacimiento de los "instintos bélicos" (en el Este o en el Oeste, según las preferencias ideológicas) y que sería necesario restablecer contra quien hubiera osado perturbarla. Mejor harían en preguntarse (pero, evidentemente, son por naturaleza incapaces de hacerlo) si el precario equilibrio de la inmediata posguerra, cuya ruptura era inevitable, no contenía ya en potencia el progresivo desencadenamiento de los antagonismos económicos, co

(1) Véase *El Programa Comunista* nº 27-28 (junio-noviembre de 1978).

merciales, financieros, diplomáticos y militares, y su exasperación tendente hacia el punto de ruptura general.

El capitalismo tiende a desgarrar todas las "cortinas", sean éstas de tul o de hierro. Su condición *normal* de existencia es el reino del intercambio de las mercancías y de los capitales *sin dificultad ni traba alguna*, incluida esa mercancía particular, el capital máspreciado de Stalin, el hombre. Pero esta condición normal hace necesariamente de cada capitalista, de cada empresa capitalista, de cada Estado y de cada "imperio" capitalista un *agresor*, un centro objetivo de *expansión*, un *dios de la guerra-guerra* comercial, financiera, diplomática o militar. Esta condición normal es *justamente* la que obliga a cada uno a "defender" su "espacio vital" y, *en consecuencia*, a atacar y a "agredir" al vecino -y esto aun cuando el capitalismo no tendiese siempre a extender sus posesiones.

No tenemos necesidad de pedir a ninguno de los numerosos institutos de estadística el detalle de los actos de intervención y de agresión recíprocos de los EE.UU. y de Rusia desde 1945. Hay que saber leer a través de la única cortina verdaderamente sólida de la sociedad capitalista, la *cortina de humo* de la propaganda que justifica y glorifica las acciones imperialistas. No hay que dejarse llevar por la teoría simplista según la cual sólo la violación de las fronteras de un Estado por una división blindada, una escuadrilla de bombarderos o una flotilla de cañoneras constituye un acto de guerra, y no lo sería la irrupción de mercancías, tecnología y capitales en un área económicamente más débil. Esta teoría sólo ve una injerencia en los asuntos de otro en el *diktat* brutal impuesto por un general a la cabeza de su ejército y no en el *diktat* amable y civilizado impuesto por un financiero a la cabeza de su equipo de expertos que llega para rechazar o acordar la "ayuda" humanitaria, para hacer reventar de hambre a quienes han escapado a las bombas o para hacer ceder al adversario, al competidor, al indeciso o al neutro por medio de un ultimátum en términos de aprovisionamiento de cereales o de préstamos financieros de preferencia a la ocupación militar.

No tuvimos necesidad de ningún cerebro electrónico para desarmar la mentira que atribuye la responsabilidad de las matanzas en las dos guerras imperialistas pasadas y en la que hoy ya está madurando al que primero tomó la iniciativa de violar una frontera. No es por casualidad si el que abre las hostilidades es *siempre* el imperialismo más débil, el más comprimido, el más "agredido". El otro, el "inocente" por definición, dispone de muchos otros medios que mantienen a la violencia *oculta* y *silenciosa* para cumplir sus fines tras la cobertura de la "distensión", de la "paz"; por tanto, no es él el que está *obligado* a recurrir a la fuerza abierta y estrepitosa.

Durante largos años, los Estados Unidos gozaron de una supremacía indiscutida en todo el planeta. Esta derivaba de la *fuerza* aplastante de su capacidad productiva, de sus capitales que se reproducían y se acumulaban a un ritmo vertiginoso, de sus montañas de mercancías y de *know-how*. ¿Acaso se trataba ya de guerra? ¿Por supuesto! ¿De agresión? ¿Evidentemente! ¿De injerencia? ¿Y de qué modo! ¿Se trataba también de la legítima defensa de sus "valores sagrados", es decir, de sus perspectivas de expansión? ¿Sin duda alguna! ¿Acaso el principio número uno y fundamental del pequeño comerciante y capitalista - y mucho más del grande! - no es el *mors tua, vita mea*, lo que en buen español sería: "revienta para que yo viva"?

En cuanto a Rusia, ella se esfuerza para recuperar su retraso económico considerable respecto a los EE.UU. y para resistir a la presión ejercida sobre su aparato productivo por los capitales, las mercancías y la tecnología de Occidente. Sólo puede hacerlo poniendo en acción su única fuerza verdaderamente capaz de competir con su homólogo americano, la fuerza militar; en este terreno, en efecto, su desventaja económica está, en parte, compensada por su proximidad de los eventuales campos de batalla y de las regiones que desde ahora están en juego en la lucha diplomática. Por otra parte, la "secesión" china coloca a la URSS frente a la amenaza creciente de una guerra sobre dos frentes y la crisis energética la preocupa tanto como a los EE.UU. Por todas estas razones, Moscú ha "aceptado la invitación" de las "fuerzas progresistas" de Afganistán y aprovechado una posición favorable, al menos a corto plazo, para perpetrar la enésima "violación de la soberanía nacional" y poner en peligro, por enésima vez, a la "paz del mundo". ¿Agresión? ¡Evidentemente! ¿Justificada por motivos de autodefensa? Por supuesto, del mismo modo que también estaba justificado el apoyo material y financiero de los EE.UU. al tirano cubano Batista, al Sha de Irán y a tantos otros.

Todo burgués agresor puede presentarse como agredido, pero no existe el burgués agredido que *no sea, en realidad*, agresor. Toda guerra burguesa pretende luchar por la paz y sólo la obtiene, efectivamente, *por pocos instantes*; pero no hay paz burguesa que no prepare inexorablemente la guerra. En el caso que nos ocupa, los dos colosos están enfrentados en una región vital para todos los imperialismos ya que no solo constituye *la fuente y la vía de paso* del petróleo, sino que también es el punto de unión de dos grandes áreas continentales ricas en materias primas esenciales y en capacidad para absorber inversiones y complejos industriales enormes. Este solo hecho bastaría para mostrar que son factores materiales los que determinan una carrera a escala planetaria en la que unos contra otros intentan afirmar y defender sus propios "derechos", pero todos lo hacen sobre las espaldas del proletariado y de las masas explotadas y oprimidas. Por cierto, cada imperialismo oculta sus sórdidos intereses bajo el estandarte del Derecho, de la Moral, de la Civilización o de la Religión, de todos los Valores que rebalsan de las declaraciones de las cancillerías burguesas.

Son igualmente causas bien materiales las que, desde hace un año, han forzado a la URSS y a sus satélites a acelerar su evolución. Por un lado, estuvieron obligados a dejar caer el telón sobre la comedia del "socialismo realizado dentro de las fronteras nacionales" como sobre la de la "democracia popular", presenta da como su preludio. Es bastante significativo que en espacio de algunos meses la prensa de los partidos "comunistas" del mundo entero haya tenido que alabar primero y maldecir inmediatamente después a dos gobiernos afganos, y que hoy no sepa muy bien qué decir del tercero de éstos. Por otra parte, Rusia ya no se limita a intervenir en las democracias populares europeas para "ayudar a los partidos hermanos" ni para adelantar sus peones en Asia y África; ella comienza a emprender agresiones ... filantrópicas y humanitarias en el más puro estilo colonial en la zona de los países del Tercer Mundo a los que, en otros tiempos, fingía aportar les una ayuda "desinteresada". Dos mitos se hundieron estrepitosamente. Pero sus escombros sirven para empedrar la ruta que lleva hacia una nueva carnicería mundial.

En el curso de los últimos treinta años, hemos aplaudido las derrotas infligidas a la orgullosa potencia americana por los

pueblos y, sobre todo, por las masas plebeyas sublevadas para rechazarla, sin dejarnos detener por las ideologías nacionalistas i lusorias o las falsas creencias religiosas que les servían de bandera. Hoy, deseamos que los tanques de la orgullosa Rusia se empantanen en las estepas y que caigan en las quebradas de las montañas afganas, del mismo modo que deseamos que la "fuerza de intervención rápida" de 150.000 hombres que Carter quiere poner en pie quede bloqueada en sus bases, así como no ocultaremos nuestra alegría frente a cualquier manifestación de impotencia de la enorme potencia imperialista.

Pero estas derrotas que debilitan a nuestro enemigo no son suficientes para quebrarlo. En el momento en que se acelera la carrera de armamentos, en que la crisis acumula cantidades gigantes cas de materiales explosivos en todo el planeta, urge preparar la única fuerza capaz de enfrentar victoriosamente la concentración enorme de medios de producción y de destrucción que el capitalismo mundial detenta en sus manos; urge preparar a la clase obrera internacional, la única clase portadora de futuro, para la prueba suprema.

En el marco de esta preparación hay que denunciar la comedia estúpida y repugnante del "agresor agredido" ya que la búsqueda del "culpable", del "agresor" y del "creador de guerra" sirve de justificación a las dos caras de la propaganda burguesa, tan mortífera una como otra, pues sirve tanto a la propaganda belicista como a la pacifista.

Cada uno de los imperialismos se proclama "agredido" por los otros; y, como lo hemos visto, a justo título. De esta idea saca argumentos para llamar a sus proletarios a la solidaridad nacional, hoy contra el ataque económico, financiero y diplomático del que la Santa Patria es víctima, y mañana contra el ataque militar que la amenaza. Pero esta simple "voluntad de defensa" implica, en realidad, todas las formas del *belicismo*. El pacifismo pequeñoburgués, retomado hoy por algunos pequeños Estados burgueses, sueña con salvar o restablecer la distensión, la coexistencia pacífica y la Paz en general, y pretende poder impedir la guerra denunciando al agresor frente a la Conciencia Universal. Pero, en realidad, cuando al fracasar sus esfuerzos la guerra llega finalmente, entonces se resigna a ella, encuentra sin dificultad al malvado que es responsable de su desencadenamiento (¡el otro!...) y también llama al proletariado a participar en la guerra contra el Mal.

Durante largos años, gracias al aplastamiento general del proletariado y a la cura de rejuvenecimiento que la segunda carnicería imperialista brindó al capital, la era de las guerras y de las revoluciones atravesó una fase *endémica*. Hoy, esta era entra nuevamente en una fase *eruptiva*. La sociedad capitalista mundial se dirige hacia una nueva explosión general de las contradicciones y de los antagonismos que reproduce a una escala creciente. Lejos de temblar frente a esta explosión, lejos de soñar con la Paz, ilusión falaz y debilitadora, el proletariado debe prepararse para afrontarla victoriosamente.

A la guerra imperialista, el proletariado sólo puede oponer su guerra de clase. A los preparativos de la guerra imperialista que se aceleran, debe oponer urgentemente su propia preparación revolucionaria. Desde hoy, debe lanzar a voces el viejo grito de la guerra de clase: "El enemigo está en nuestro país!" Desde hoy, debe prepararse política y materialmente en el derro-

tismo revolucionario; si no logra impedir el estallido de una nueva guerra imperialista, debe prepararse para transformarla en guerra civil para la destrucción de la sociedad burguesa y la instauración de su propia dictadura.

EL COMUNISTA

EL COMUNISTA ha publicado artículos sobre los siguientes temas en sus números recientes (entre paréntesis el número del periódico):

CUESTIONES DE DOCTRINA MARXISTA :

- Los comunistas, el aborto y el divorcio (30)
- Primer balance de las luchas anticoloniales (31 y 33)
- El conjunto del mundo capitalista es reponsable de la guerra (32)
- Stalinismo y trotskismo (33)
- El comunismo y el derecho a la autodeterminación (34)
- Violencia, dictadura y terror, armas más que nunca indispensables para la emancipación proletaria (34)
- La victoria de la revolución exige la dirección exclusiva del partido de clase (35)
- Alcance y función de los nacionalismos periféricos (35)

EL METODO DE LA LUCHA DE CLASE:

- ¡Por la preparación de la revolución! (30)
- País vasco y Cataluña :¡ Boicot a las elecciones! (32)
- Naturaleza de las reivindicaciones parciales (32)
- ¡Por una autodefensa proletaria de clase! (36)

INTERNACIONAL :

- La revuelta de las masas explotadas y el sandinismo (30)
- Golfo Pérsico : una sirena de alarma para nosotros y para los demás (31)
- El imperialismo ruso en Afganistán (31)
- El largo combate anticolonial de las masas saharauís (32)
- Desde Turquía, un llamamiento a la guerra de clase (33)
- El proletariado y el Estado sionista de Israel (34)
- El Zimbabwe, rehén del imperialismo (35)

CRITICA POLITICA :

- Afganistán : A cada cual su "enemigo principal" (32)
- ¿Parlamentarismo revolucionario o cretinismo parlamentario? (32)
- La LCR y la democracia, cuatro años después (34)
- La LCR, servidora de los servidores (35)

CUESTIONES SINDICALES:

- Sobre el convenio-marco (30)
- Informe a la reunión sindical central del Partido (31)
- Convenio-marco, pacto social con CC.OO. como "jugador libre" (31)
- Renovación de convenios : necesidad de un frente proletario de lucha (32)
- ¡Romper con la burguesía, romper con el colaboracionismo! (33)

LUCHAS REIVINDICATIVAS :

- La huelga de Chrysler y los métodos de la lucha de clases (31)
- La lucha de los parados de Madrid (32)
- La huelga de Seat y su laudo pactado (33)
- Los barrenderos de contratas de Madrid en huelga (34)
- La lucha de los parados de Tarragona (35)

En defensa de la continuidad del programa comunista (IV) :

Tesis de Lyon

Introducción

Las *Tesis de Lyon* se sitúan en un momento crucial del movimiento obrero y comunista, lo que nos autoriza a considerarlas a la vez como un punto de llegada y un punto de partida en la difícil y accidentada génesis del partido mundial de clase del proletariado.

Presentadas por la corriente de izquierda del Partido Comunista de Italia en el III Congreso del Partido, celebrado en Lyon en enero de 1926, en oposición a las Tesis del Centro ya semi-stalinizado (1), estas tesis fueron elaboradas pocos meses des

(1) La dirección de izquierda del PC de Italia, elegida en los Congresos de Liorna y de Roma, fue sustituida provisoriamente tras la detención de los principales dirigentes de febrero de 1923 y definitivamente después de la absolución de estos últimos en el proceso de octubre del mismo año. Tras las primeras resistencias (por parte de Terracini sobre todo, pero también de Togliatti), la nueva dirección de "centro" se alineó gradualmente en las posiciones de la Internacional, pero todavía en la Conferencia nacional de Como (mayo de 1924) se encontraba en minoría respecto al grueso del Partido, que permanecía casi unánime sobre sus posiciones de origen. Incluso en tales condiciones, como en el siguiente V Congreso de la Internacional Comunista, la Izquierda no solo no reivindicó su retorno a la dirección del Partido, sino que sostuvo que semejante posibilidad estaba condicionada a un decidido e inequívoco cambio de política de Moscú: *"Si la orientación de la Internacional y del Partido, se lee en su esquema de tesis presentado en la conferencia arriba mencionada, permaneciese opuesta a la trazada aquí, o incluso indeterminada e imprecisa como hasta ahora, a la Izquierda italiana se le impone una tarea de crítica y de control, y el rechazo firme y sereno de soluciones postizas alcanzadas con listas de comités dirigentes y distintas fórmulas de concesiones y compromisos, la mayoría de las veces bajo los mantos demagógicos de la tan exaltada y abusada consigna de la unidad"*. Coherentemente, Bordiga rechazó en el V Congreso no solo la oferta de la vicepresidencia de la Internacional que le hizo Zinoviev, sino toda la corresponsabilidad en la dirección del PC de Italia. Mientras tanto, la Central italiana se orientaba cada vez más en el sentido deseado por Moscú y patrocinado en Italia por la corriente de derecha Tasca-Graziadei.

pués de aquel XIV Congreso del partido ruso que había visto a la casi totalidad de la Vieja Guardia bolchevique (empezando por Kamenev y Zinoviev) sublevarse en un ardiente e inesperado sobresalto tanto contra el "embellecimiento de la NEP" y contra la fórmula de "campesinos enriquecidos" de los "profesores rojos" y de Bujarin, como contra el asfixiante régimen interno del partido instaurado por Stalin. Estas tesis preceden apenas un mes al VI Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista, donde un batallón de abogados de oficio apuntarán todos los cañones contra la única fuerza internacional que se levantó para denunciar la profunda crisis del Comintern (precisamente la Izquierda "italiana") y proscribiéndola finalmente, allanaba también el camino para la condena de la Oposición rusa en noviembre-diciembre. El movimiento comunista internacional había llegado a su fatal encrucijada. En el XIV Congreso del PCR, Kamenev, Zinoviev y Krupskaja, y otros como ellos, habían sido conscientes de expresar en sus palabras la reuuelta de *fuerzas sociales y materiales* que luchaban en el ámbito del Estado soviético contra otras fuerzas sociales y materiales objetivas mil veces más potentes que la de los individuos que se sucedían en la tribuna (¿no habían compartido ellos con la dirección del Partido, hasta pocos meses antes e incluso días, la responsabilidad de una política común?). Del mismo modo, en el plano internacional, al redactar como siempre un cuerpo de tesis que comprendían no el angosto confín de la "cuestión italiana", sino todo el campo de la táctica comunista mundial, la Izquierda sabía que expresaba un *curso histórico* que, en el plazo de pocos meses, tendría por nombre China y, por una rara y durante muchos años única convergencia de circunstancias objetivas, Inglaterra, es decir, un país semicolonial y la metrópoli imperialista por excelencia.

Era el año de la prueba suprema. Del resultado de la titánica lucha de los obreros y campesinos chinos, y de los proletarios británicos dependía, en última instancia, el destino de la Rusia soviética y de la Internacional. La Oposición rusa sintió en el curso de aquel año la terrible pendiente en la que se deslizaba desde hacía mucho. Superando antiguos desacuerdos, Trotsky y Zinoviev (para citar solamente dos nombres) se unieron desesperadamente contra las fuerzas pujantes de la contrarrevolución. El primero, en particular, entabló hasta finales de 1927 una espléndida batalla de la cual salió vencido. Junto con la Oposición rusa fue vencida la revolución china; y, con la derrota de la grandiosa huelga británica, salió destruido todo el movimiento internacional comunista. En aquel bienio, y por última vez en Moscú, el internacionalismo proletario se batió desesperadamente contra el cerco del ejército del "socialismo en un solo país" y aquella batalla quedará grabada con caracteres imborrables en las páginas destinadas a inspirar a las generaciones futuras de la vanguardia marxista. Pero la Oposición rusa no pudo redactar, para consignarlo para las generaciones futuras, el balance *general* de un curso histórico iniciado, tal como ya se ha visto, mucho antes de 1926, y que era parcialmente responsable de la *débâcle* final; pudo denunciar el mal, pero no curarlo *de raíz*. No pudo hacerlo porque ella misma había sido corresponsable y madrina de aquel curso, y en la cruz de esta corresponsabilidad Stalin y Bujarin pudieron clavarla mil veces en rencorosas polémicas con la certeza de que su gran antagonista ya estaba atrapado en la red tejida en común.

No sucedió así con la Izquierda "italiana". A pesar de ser una fuerza exigua comparada con lo que estaba internacionalmente en juego, era la única que podía extraer de las graves adverten-

cias que había lanzado durante largos años sobre las consecuencias objetivas del eclecticismo táctico del Comintern (eclecticismo que ahora, por añadidura, tenía las espaldas cubiertas por la coacción organizativa, el "terror ideológico" y el peso del poder estatal) no el derecho, sino la *capacidad* de sacar la lección global del quinquenio transcurrido. Fue también la única capaz de identificar en el hecho consumado lo anticipadamente previsto y lo hizo al inicio y no al final de ese año decisivo (e incluso antes, porque toda la discusión previa al Congreso de 1925 en Italia había girado sobre ese tema). Sola contra todos (Zinoviev *in primis*) se quedará sola también en el VI Ejecutivo Ampliado al exigir que la "cuestión rusa" (esto es, la cuestión del "socialismo en un solo país" y del régimen burocrático-disciplinario instaurado por el stalinismo para imponérselo a todos los partidos del Comintern) fuera inscrita en el orden del día de un congreso internacional convocado *con urgencia*, separándola del monopolio de discusiones y decisiones del Partido bolchevique -y es bien sabido que esta petición fue devuelta al Presidium, que a su vez "remitió" el debate al orquestadísimo Plenum de noviembre-diciembre, donde quedó archivada, mientras que el congreso se celebró sólo dos años después sobre los escombros de cualquier oposición revolucionaria, y allí ni siquiera se la mencionó. Por otra parte, al ofrecer al movimiento internacional su cuerpo de tesis como plataforma sobre la cual erigir una solución *orgánica y completa* de los problemas tácticos, y que estuviera encuadrada en una visión no menos orgánica y completa de sus presupuestos programáticos, la Izquierda insertaba ya la vital cuestión rusa como un eslabón en la cadena inquebrantable de cuestiones de vida o muerte de la Internacional, estableciendo así las premisas del retorno de esta última a sus orígenes sobre bases aún *más* firmes. Trotsky tuvo mil veces razón al decir en el VII Ejecutivo Ampliado que, jugando todas sus cartas a la revolución mundial, el Partido bolchevique hubiera podido fortificarse en el poder no por uno, sino por cincuenta años. Sin embargo, ¿hubiera sido posible la estupenda "apuesta" sin "invertir la pirámide" (2) -tal como lo dijo la Izquierda- de un Comintern que se apoyaba en forma pavorosa en el vértice del Partido ruso en crisis; sin cambiar su régimen interno de arriba abajo; y, sobre todo, sin la revisión despiadada de una táctica cuyos cambios de dirección imprevistos e imprevisibles habían producido tantos desastres? Trotsky no pudo responder nunca a esta pre

(2) Esta reivindicación, desde luego, no tenía nada de "democrático" ni oponía a la necesaria centralización la innoble descentralización de las "vías nacionales": era una transposición en el plano internacional de nuestra visión del "centralismo orgánico", por el cual el vértice -ligado a la base de la pirámide por el hilo único e ininterrumpido de una doctrina y un programa únicos- recibe y sintetiza los impulsos de la base, o la pirámide misma se derrumba. Es inútil decir que en la situación de entonces el Occidente no le hubiera podido dar a la Rusia bolchevique y al Comintern el oxígeno que cada vez les hacía más falta porque él mismo estaba hundido en los primeros estadios de un democratismo que pronto se agigantará y se volverá omnipresente. Lo que la Izquierda reivindicó fue un *principio*, válido siempre y en todas partes, aunque no fuera realizable en la contingencia inmediata: el principio que ve en la cumbre a la Internacional como partido *único* del proletariado revolucionario; luego a sus secciones "nacionales", si es que existen aún; y, finalmente, en el último escalón, al Estado proletario victorioso, el más vulnerable (precisamente en virtud de su victoria aislada, especialmente en un país económicamente atrasado como Rusia) y cuyo poder coercitivo nunca habría debido ser usado (tal como lo reafirmó con fuerza la Izquierda en el VI Ejecutivo Ampliado) para "resolver" las cuestiones disciplinarias de la Internacional o del Partido al mando de la dictadura de clase.

gunta; o, mejor dicho, respondió a ella volviendo a recorrer paso a paso, en una híbrida unión con la centellante reivindicación de la revolución permanente, el accidentado camino de las maniobras elásticas.

Esta respuesta general se encuentra en la parte general de las *Tesis de Lyon* (y, como ilustración, en sus corolarios internacionales), respuesta que, precisamente porque representa una solución *general*, se puede aceptar o rechazar sólo *en bloque*. Sobre su base, la Izquierda podía ser y fue aplastada por el peso de las relaciones de fuerzas ya preestablecidas; pero es cierto que solamente sobre dicha base podía *resurgir*; solamente sobre ella (queremos decir sobre la base de una sistematización no parcial, sino global de las cuestiones tácticas además de las programáticas y, por deducción, organizativas) será posible una reanudación internacional de la acción del proletariado revolucionario y de su Partido.

Por eso, las *Tesis de Lyon* son un punto de llegada en la historia de los años ardientes de 1919-1926, así como son también un punto de partida para el presente y para el futuro en cuanto representan no el producto de secreciones cerebrales de individuos, sino el balance dinámico de fuerzas reales que se enfrentan en la arena de las luchas de clases en el período en que se condensó todo un siglo de batallas revolucionarias y en que se puso a prueba de fuego la capacidad de los partidos comunistas para permanecer fieles a sus enseñanzas, sin desviarse nunca. El marxismo no sería nada si no supiera (tal como han sabido hacerlo Marx y Lenin) convertir hasta a la derrota en premisa de la victoria. He aquí el sentido profundo y actual de nuestras *Tesis* de 1926.

Por consiguiente, es importante mostrar cómo todos los hilos de la larga batalla sostenida por la Izquierda en el seno de la Internacional convergen y se anudan en las *Tesis de Lyon*, y cómo a través de éstas se pueda recorrer hacia atrás el camino hasta 1920, para encontrar el nexo entre el desenvolvimiento de esta batalla y la sucesión de los acontecimientos históricos de los cuales ellas fueron el balance dinámico que, a su vez, anticipaba cursos futuros.

o o o

Frente a la guerra mundial, y tal como está documentado en el volumen I de nuestra *Storia della Sinistra Comunista*, en el movimiento socialista internacional la Izquierda había sido la única partidaria de las mismas posiciones *de principio* ardientemente defendidas por Lenin y por la exigua patrulla de la "izquierda de Zimmerwald". Por tanto, al estallar la Revolución de Octubre y en el bienio sucesivo, había sido la única en dar a los fines y a los medios de la dictadura bolchevique y de su órgano dirigente, el Partido ruso, una adhesión sustancial y de principio bien distinta de la formal, genérica e inspirada por el entusiasmo del momento que dictó el giro de 180 grados de la mayoría del partido socialista francés o las repentinas adhesiones del maximalismo internacional, demagógico y sembrador de confusión incluso en la mejor de las hipótesis, la de la sinceridad de sus "jefes". Había sido la única, desde fines de 1918 en adelante, en declarar que

la ruptura irrevocable no solo con la derecha, sino también con el aún más falaz centro, y la formación del Partido Comunista sobre las bases que el II Congreso de la Internacional Comunista fijará en 1920, constituyeran las condiciones *previas* para un desenlace revolucionario de la crisis posbélica.

Por eso, no es sorprendente que, en aquel Congreso, la Izquierda, que intervino sin mandato oficial como simple "corriente" del PSI, no solo no opusiera a las tesis fundamentales sobre el papel del Partido en la revolución proletaria, sobre las condiciones de constitución de los Soviets y sobre las cuestiones nacional y colonial, sindical y agraria, ninguna de las objeciones que, en cambio, los representantes de las delegaciones oficiales elevaron (o que silenciaron sólo para volverlas a presentar luego, de vuelta a los países de origen o en los sucesivos congresos mundiales), sino que incluso diera una contribución decisiva a la formulación de las vitales condiciones de admisión en la Internacional Comunista, insistiendo para que éstas se hicieran *aún más* rígidas y, sobre todo, no dejaran abierta la peligrosa espiral de las adaptaciones a las "situaciones locales".

Pero en el marco de esta batalla común y solidaria para erigir "barreras insalvables" al reformismo en el seno de la Internacional Comunista, las directivas que la Izquierda invocaba para *todo* el movimiento contenían ya desde entonces la exigencia de generalidad y de carácter "cerrado" en cada formulación -ya se refiriese al programa o al modo de organizarse de los partidos adherentes-, de las que las *Tesis de Lyon* serán la reivindicación definitiva y casi lapidaria.

De la misma forma que esta exigencia no provenía del cerebro de un individuo, sino de la acumulación de las experiencias de lucha en el Occidente que tenía un régimen de democracia plena (con sus inevitables séquitos reformista y centrista), fue afirmada con vigor polémico no por "lujo teórico" o por escrúpulo de integridad moral o de perfección estética, como después de dijo, sino por motivos "prácticos" por excelencia (en el sentido, por su puesto, de que para el marxismo la teoría y la acción son dos términos dialécticamente inseparables). Dicha exigencia fue dictada por una sana preocupación, no tanto del presente (esto es, de una fase histórica que se hallaba lejos aún de haber agotado sus potencialidades revolucionarias) como del futuro, con particular referencia a aquella Europa occidental y central que, con toda razón, era considerada como la clave de la estrategia mundial comunista, pero en la que el proceso de maduración de las premisas *subjetivas* de la revolución -en primer lugar el Partido- estaba atrasado respecto al proceso de desarrollo de las premisas *objetivas*, y se desenvolvía en el marco de contingencias históricas idóneas para favorecer, mucho más que la claridad, la confusión teórica y, en el plano organizativo, la inorganicidad y la ineficacia. *Entonces*, urgía darle al movimiento proletario que se encontraba en pleno impulso una guía mundial centralizada y, bajo la firme dirección del Partido de Lenin y Trotsky, las lagunas en las fórmulas relativamente "abiertas" y hasta "elásticas" podían representar indudablemente un riesgo, pero calculado y quizás inevitable. Pero, ¿qué sucedería mañana, en caso de que la oleada gigantesca decayera, y, al oscurecerse las perspectivas de rápida marcha hacia adelante, el peligro -según una frase de Trotsky- de "recaída socialdemocrática", mucho más grave en la fase de retroceso que en vísperas de la insurrección, se volviese actual, sacando a la superficie y dejando penetrar en el movimiento las es-

corias no asimiladas ni expulsadas del reformismo? Con la guerra ya lejana y con la revolución *quizás* cercana, era fácil para los Cachin o para los Crispin aceptar las tesis de la Internacional Comunista, "el poder de los Soviets", "la dictadura del proletariado" y "el terror rojo", con la misma prontitud con que, seis años antes, se habían pasado al campo de la defensa nacional y de la guerra imperialista; mas, una vez agotados los impulsos objetivos de los que su adhesión era el producto inconsciente e involuntario, ¿no se transformaría (tal como se transformó) la fractura en vorágine? Más aún: ¿estaría la misma Internacional al resguardo, no ya de la presión externa de coyunturas negativas, sino de lo que las *Tesis de Lyon* llamarán "la repercusión que tienen sobre el Partido los medios de acción mismos que éste emplea, por el juego dialéctico de causas y efectos?"

Por tanto, un hilo ininterrumpido liga 1920 con 1926. Esto explica por qué las *Tesis de Lyon*, retomando los temas de entonces, ampliándolos y dándoles una sistematización definitiva y general, han podido y pueden ofrecerlos aún a las generaciones futuras, portadoras del balance *real* de su confirmación práctica. Los eslabones de nuestra cadena dialéctica eran ya entonces precisos: que la doctrina, el programa y el sistema de las normas tácticas sean únicos, conocidos e imperativos para todos; la organización, entonces, será única, disciplinada y eficiente. Seguro de la posesión de estas condiciones de su existencia, el Partido estará en condiciones de prepararse a sí mismo y al proletariado para la solución revolucionaria de la crisis de la sociedad capitalista, sin comprometer, en las alternativas de reflujo de dicha crisis, las posibilidades de reanudación. Aflojad primero los eslabones de la cadena, teorizad después este aflojamiento y lo habréis perdido todo: las potencialidades de victoria en las situaciones ascendentes y las potencialidades de recuperación en las situaciones descendentes. Habréis destruido al Partido, que es el órgano de la revolución *en la medida en que haya previsto, en una firme continuidad teórica y práctica, "cómo sucederá cierto proceso cuando ciertas condiciones se verifiquen"* (*Lenin en el camino de la revolución*, 1924) y "lo que deberemos hacer en las distintas hipótesis posibles en el curso de las situaciones objetivas" (*Tesis de Lyon*, "Cuestiones Generales").

Desgraciadamente, la historia de la III Internacional es la historia de su gradual alejamiento de esta vía maestra; es también, pues, la historia de *cómo se mata al Partido*, aun no queriéndolo, aun actuando con la mejor intención de salvarlo. 1926 es el año del "socialismo en un solo país" con todo su necesario contorno (bolchevización, aplastamiento de la oposición de izquierda bajo el rodillo compresor de la disciplina-por-la-disciplina). Aquella fórmula maldita no significaba más que el asesinato del Partido mundial. Es el verdadero año de la muerte del Comintern: el resto no será más que la macabra danza en torno a su féretro.

o o o

El despeñamiento se efectúa en tres planos entrelazados que distinguimos sólo por comodidad de la exposición y cuyo resultado convergente fue la destrucción de la verdadera unidad del movimiento internacional comunista, sustituida en 1926-1927 por una

unidad exterior, formal y autoritaria, apta solamente para enmascarar y avalar anticipadamente toda libertad del Centro dirigente de pisotear hasta el último fragmento del programa y, finalmente, ya cesada la comprensión externa de los "aparatos" de Partido y del poder estatal ruso, para dar rienda suelta a las mil "vías nacionales" hacia un "socialismo" irreconocible. Reanudamos la evolución de sus etapas dolorosas.

Habíamos pedido con insistencia que, como base de la formación de los partidos comunistas (más aún, de la Internacional como Partido Comunista Mundial *único*) se pusiera una plataforma teórico-programática definida de una vez para siempre, a aceptar o rechazar -algo semejante a la sintética proclamación del primer punto de las *Tesis de Lyon* ("Cuestiones generales"). Gracias a esta barrera teórico-programática, debían ser irrevocablemente excluidas no solo las doctrinas de la clase dominante (ya fueran espiritualistas y religiosas en filosofía, o idealistas y reaccionarias en política; o bien, positivistas, volterianas y librepensadoras en filosofía, o masónicas, anticlericales y democráticas en política) sino también las escuelas que tienen un cierto séquito en la clase obrera, desde el reformismo socialdemócrata pacifista y gradualista, hasta el sindicalismo que desvaloriza la acción política de la clase obrera y la necesidad del Partido como órgano revolucionario supremo; desde el anarquismo, que repudia por principio la necesidad histórica del Estado y de la dictadura proletaria como medios de transformación del orden social y de supresión de la división de la sociedad en clases, hasta el bastardo y equívoco "centrismo", síntesis y condensación de análogas desviaciones encubiertas por una fraseología seudorrevolucionaria.

La barrera no fue levantada. Por la brecha que permaneció abierta entró el jacobinismo masónico (Frossard) y populista (Cachin) del partido francés, podrido hasta la médula por el virus parlamentario y democrático -y, en ocasiones, hasta criptochovinista (Argelia, Ruhr,...)-, sordo a la necesidad de la lucha sindical y que no soportaba ninguna dirección centralizada (si era preciso, en nombre de las famosas "condiciones particulares de su país"). La teoría de "la religión como asunto privado" se abrió camino en los partidos escandinavos y todo un Ejecutivo Ampliado (el de 1923, a pocos meses de distancia del último sobresalto revolucionario en Alemania, cuando era urgente concentrar todas las energías en la posible solución revolucionaria de una crisis cuyos reflejos positivos o negativos debían hacerse sentir sobre todo el movimiento) fue obligado a cumplir la inverosímil misión de "rascarse también semejante sarna". El sindicalismo, que dormitaba en las filas del Partido francés, y el obrerismo, que lo hacía en el Partido alemán, retomaron impulso como reacción a la imperante atmósfera gradualista y parlamentaria, minimalista y democrática. Más tarde, tuvo rienda suelta aquella mezcla de socialismo e idealismo a la Benedetto Croce de la que estaba compuesta la corriente del "Ordine Nuovo", mantenida severamente "en línea" cuando la Internacional permanecía aún firme en sus posiciones de origen y cuando la Izquierda dirigía el Partido italiano; pero, en cuanto la situación se invirtió, volvió a desatarse. Finalmente, fue posible lanzar, en una campaña publicitaria como la que se hace para vender los productos más "originales" de la industria burguesa, la teoría asesina del socialismo en un solo país, blasfemia suprema contra Marx, Engels y Lenin, contra un siglo de internacionalismo proletario. Ya todo era *licito*, porque nada había sido *prohibido* por la definición lúcida e invariable de la doctrina y del programa. Al encuadrar en la parte general la cuestión de

las relaciones entre el determinismo económico y la voluntad política, entre la teoría y la acción, entre la clase y el Partido, las *Tesis de Lyon* echaban las bases de un renacimiento futuro del movimiento, fuera del doble peligro del pasivismo inerte, por un lado, y del voluntarismo todopoderoso, por otro, del cual la orgía de la llamada "bolchevización" y las tristes saturnales de la "construcción del socialismo" en un recipiente cerrado (o, lo que es lo mismo, en un solo país) no eran más que nuevas variantes.

o o o

La Izquierda había pedido (y hemos aquí en el *segundo* plano inclinado del despeñamiento) que, a costa de una cierta esquemmatización, fuera definido un sistema único e imperativo de normas tácticas, sólidamente anclado en los principios y en la previsión (que deriva de ellos; si así no fuese, éstos ni siquiera serían principios) de un "abanico" de alternativas posibles en la dinámica del choque entre las clases. Pareció una reivindicación impregnada de abstracción, una fórmula "metafísica". Los hechos, los duros hechos acaecidos durante sesenta años, están ahí para probar que era una petición (si se nos permite usar un adjetivo que aestila lágrimas y sangre) *terriblemente concreta*. En los capítulos anteriores de esta serie, lo hemos visto a propósito de la fórmula de "la conquista de la mayoría"; luego, de la del "frente único político", finalmente, de la del "gobierno obrero"; y hemos seguido a grandes trazos los reflejos *organizativos* de las afanosas maniobras de rescate de grupos o de alas reformistas y centristas enteras. No solo los libelos, sino también las palabras tienen su destino; las consignas aún más. El IV Congreso cerraba un año de amargos fracasos (1922) y abría el muy atormentado 1923. Este último verá al glorioso Partido ruso sacudido por una primera crisis interna grave, en cuyo desenlace faltará el aporte de inquebrantable acero de un Lenin (sus *Cartas al congreso* de aquel año muestran cuán vigoroso golpe de timón el gran revolucionario habría dado, sin titubeos ni remordimientos, si hubiera podido volver a ocupar su puesto en la dirección del comité central); pero también será el año de la reanudación del ciclo de luchas proletarias en Alemania, Bulgaria y Estonia, y el de los primeros resplandores de las llamaradas del Oriente. En este marco de sombras y de luces, este año verá perderse cada vez más el hilo conductor de los grandes principios y verá también al eclecticismo táctico arruinar irremediabilmente las últimas grandes ocasiones de *aquella* fase histórica, agravando, por reflejo, el marasmo existente en el seno del Partido bolchevique y, por consiguiente, de la Internacional. Como nunca puede verse en los hechos de entonces hasta qué punto los bandazos tácticos reaccionan sobre los principios provocando en todos los campos *reacciones en cadena*. Las *Tesis de Lyon* lo recuerdan en la segunda parte ("Cuestiones Internacionales"); sin embargo, es bueno seguir con más detalle el proceso desgraciadamente inexorable que, precisamente desde entonces, condujo a la Internacional de los años gloriosos a su ruina completa.

o o o

Mientras el fascismo en el poder lanzaba en Italia su ofensiva contra el movimiento comunista -y, al arrestar a los principales dirigentes de izquierda del Partido Comunista de Italia, les impedía hacer sentir su voz en un año crucial como el que se estaba abriendo-, en Alemania la ocupación francesa del Rhur, la caída vertical del marco, la fermentación difundida en todas las capas sociales y la aparición en escena de los primeros núcleos del Partido Nazi colocaban al Partido Comunista de Alemania (una vez fracasado o vuelto inoperante el intento de una acción común de los partidos hermanos de ambas márgenes del Rin) ante la ingrata tarea de "elegir", entre las muchas interpretaciones posibles del frente único y del "gobierno obrero", la más conforme a las Tesis del IV Congreso y a la situación alemana. En tal dilema, las "dos almas" que coexistían en el Partido desde su nacimiento respondieron en forma discordante a la doble cuestión: ¿frente único en la cúspide (como lo sostenía y predicaba el Centro) o frente único "en la base" (como lo sostenía y predicaba la incierta y fluctuante "izquierda" del KPD)?; gobierno obrero en el sentido de apoyo parlamentario a un gobierno socialdemócrata, acaso de coalición gubernamental de socialistas y comunistas, o incluso de neutralidad benévola hacia el gobierno burgués en funciones, promotor de la resistencia pasiva ante el golpe de fuerza aliado (como era la intención del Centro) o en el sentido de una "movilización general de las masas en dirección a la conquista revolucionaria del poder" (como insistía, sin especificarlo mejor, la minoría de "izquierda")?

Pero sus discrepancias no se limitaban a estos dos puntos de fecha relativamente reciente. En una situación que, especialmente en Renania y en el Rhur, veía a las masas de obreros agitarse, a menudo con las armas en la mano, tanto contra los ocupantes como contra el gobierno nacionalburgués, volvían a tomar cuerpo los espectros de la "Acción de Marzo" de 1921: no solidarizarse con estas generosas rebeliones considerándolas como formas de "aventurismo" infantil (como se inclinaba a proponerlo el Centro, apoyándose en la falta de preparación de las masas y del Partido, y en el análisis demasiado optimista de las relaciones de fuerza de la corriente de "izquierda", a fin de refugiarse en un "legalismo" tendencial que encontrará una clamorosa expresión hacia la mitad del año); o, por el contrario, esforzarse por coordinarlas, dirigirlas y disciplinarlas, como el ala opuesta lo estaba propugnando (con razón en el plano de los principios, aunque de una forma más retórica y comicial que ponderadamente realista)?

Los bandazos y la confusión que este entrelazamiento de directivas contradictorias suscitaban en el Partido en el momento en que la atmósfera política y social se encandecía eran tales que fue necesaria una "conferencia de conciliación" promovida por el Ejecutivo del Comintern (abril de 1923) para remediar la cosa lo mejor posible (o lo menos mal posible); ésta condenó, por un lado, la táctica de la dirección como una "adaptación tendencial del Partido Comunista a los jefes reformistas" y, por otro, puso frenos a las impacencias y a los gritos de "revolución en la puerta" de la minoría. Pero no bastaban las conferencias, especialmente si era de "conciliación, para curar heridas ya purulentas que amenazaban siempre con volver a abrirse en los altos y bajos de las directivas que emanaban de Moscú. Y lo peor estaba aún por venir.

En efecto, primero tímidamente y luego de forma cada vez más explícita, se abrió camino en las esferas dirigentes del Partido la idea de que la ocupación del Rhur suministraría la oca-

sión ideal para la "conquista de la mayoría" en su interpretación más elástica (la conquista no solo de las amplias capas proletarias, sino del "pueblo" genéricamente entendido) en caso de que se lanzaran llamamientos y seducciones a las atormentadísimas falanges pequeño-burguesas, víctimas de la devaluación del marco y fascizadas por el auge nacionalista, cosa que sólo era posible tratando de demostrarles (como lo hizo la proclamación del Centro del 17 de mayo) que "no podían defenderse a sí mismas y al futuro de Alemania más que aliándose a los comunistas para una lucha contra la verdadera(?) burguesía", y confiándole al Partido la tutela de los "valores nacionales" alemanes. Enérgicamente estigmatizada en 1921, cuando un grupúsculo obrerista de Hamburgo se había hecho su portavoz, hacía su aparición en escena -esta vez sin que la Internacional reaccionara- la expresión "nacionalbolchevismo", fruto y a la vez matriz de dos macroscópicas desviaciones del marxismo:

1) La equiparación más o menos explícita de la cuestión nacional en las colonias o semicolonias y en un país con altísimo desarrollo capitalista (el Ejecutivo Ampliado del 12-13 de junio no vaciló en decir: "*El insistir fuertemente sobre el elemento nacional en Alemania constituye un hecho tan revolucionario como el insistir sobre el elemento nacional en las colonias*"; aumentando la dosis en el célebre "discurso Schlageter", Radek declaró que "el llamado nacionalismo alemán no es sólo nacionalismo; es un amplio movimiento nacional que tiene un gran significado revolucionario"; y, al clausurar los trabajos del Ejecutivo, Zinoviev se alegró del reconocimiento, por parte de un periódico burgués, del carácter "nacional-bolchevique" asumido finalmente por el KPD como prueba de que el Partido había adquirido, por fin, una "sicología" de masa) (3).

(3) La Izquierda, por las razones ya mencionadas no pudo hacer sentir su voz en este dramático cambio de rumbo; lo hará un año después, en vistas del V Congreso:

"Negamos que, sobre las bases indicadas (las Tesis del II Congreso sobre las cuestiones nacional y colonial) sea justificable en Alemania el criterio de un acercamiento entre el movimiento comunista y el movimiento nacionalista y patriótico. La presión ejercida sobre Alemania por los Estados de la Entente, incluso en las formas agudas y vejatorias que ha tomado últimamente, no es un elemento tal que nos pueda hacer considerar a Alemania como si fuera un pequeño país de capitalismo atrasado. Alemania sigue siendo un gran país formidablemente equipado en sentido capitalista y en el cual el proletariado está más que avanzado social y políticamente... Es un deplorable empequeñamiento el reducir la tarea del gran proletariado de Alemania a una emancipación nacional cuando nosotros esperamos de este proletariado y de su partido revolucionario que consiga vencer no para sí, sino para salvar la existencia y la evolución económica de Rusia y de los Soviets, y para volcar contra las fortalezas capitalistas de Occidente el aluvión de la revolución mundial... He aquí cómo el olvidar el origen de principio de las soluciones políticas comunistas puede llevar a aplicarlas allí donde faltan las condiciones que las han sugerido, bajo el pretexto de que los expedientes más complicados son siempre provechosamente utilizables" (A. Bordiga, "El comunismo y la cuestión nacional", en *Prometeo* nº 4 del 15 de abril de 1924) En cuanto a nuestra interpretación del fascismo, véase los dos informes presentados por Bordiga mismo en el IV y V Congreso de la Internacional Comunista, y su artículo "Roma y Moscú" (*Il Lavoratore*, 17.1.1923) vuelto a publicar en *El Programa Comunista* nº 23 (marzo-mayo de 1977).

2) El reconocimiento, más o menos larvado, de la potencialidad revolucionaria autónoma de la pequeña burguesía (de nuevo Radek: el KPD debe demostrar no ser solamente (!) "el partido de la lucha de los obreros industriales por el pan, sino el partido de los proletarizados que luchan por su libertad, una *libertad que coincide con la libertad de todo el pueblo*, con la libertad de todos aquellos que trabajan y sufren en Alemania") y, por eso mismo, la interpretación del fascismo como la movilización autónoma de la pequeña burguesía *contra* el gran capital, en vez de considerarla como la movilización *antiproletaria* de la pequeña burguesía *por obra* del gran capital y en su interés exclusivo (4).

Los eslabones de la cadena se sueltan inexorablemente. El Ejecutivo Ampliado de junio no discute a fondo la situación alemana cada vez más candente (otros problemas bien diversos lo agobian: el "federalismo noruego", el "neutralismo" del partido sueco frente a la religión, la enésima tentativa de negociar una fusión entre el Partido Comunista de Italia y el PSI, no obstante el altísimo precio exigido por este último para... no fusionarse). Sin tomar decisiones firmes, avala la tesis de la Dirección de que el KPD debe erigirse en polo de atracción de las masas pequeño-burguesas proletarizadas, acunándolas en sus sueños de rescate de la nación. Ninguna resolución revela ni siquiera la sospecha de que el problema alemán en 1923 es esencialmente *internacional* y de que nada mejor que un "programa nacionalista de la revolución proletaria" en Alemania para amenazar de rebote con acrecentar el peso conservador y contrarrevolucionario de la pequeña burguesía en Francia y en Inglaterra, anulando las hipotéticas ventajas de su conquista, sobre *aquel* terreno bastardo, en la República de Weimar. Al mismo tiempo, y por lógico paralelismo, el Ejecutivo decide *extender* las mallas de la consigna del "gobierno obrero". Fascinado por la proliferación de los partidos campesinos no solo en los Balcanes, sino en la misma América del Norte (¡La Follettel!), la transforma en "gobierno obrero y campesino" para *todos los países*, Alemania incluida! Es verdad que las tesis (5) ponen en guardia contra una interpretación parlamentaria y ... socialrevolucionaria de la nueva receta táctica; pero la primera, como se ha visto, estaba autorizada por las imprecisiones y los posibilismos del IV Congreso, y la segunda por la mecánica y grosera transposición de la consigna "dictadura de los obreros y campesinos" de los países en vísperas de una revolución doble a los países de capitalismo ultradesarrollado. Se perdía otro jirón de lo que había distinguido siempre e inequívocamente al partido revolucionario marxista.

Nuevamente la sugestión del hecho contingente y el temor de que la socialdemocracia se adelante en la "conquista de las masas" son lo que fuerza las manos y ciega los ojos de la organización internacional, cada vez menos arraigada en la solidez de los principios. El problema, vital sin duda, de una enérgica acción

(4) Durante algunos meses de 1923, en el desesperado esfuerzo por granjearse a los "vagabundos de la nada" de la pequeña burguesía, el KPD actuará en carácter de camarada de ruta del NSPD nazi y los oradores de los dos partidos se alternarán en las mismas tribunas para tronar contra el Tratado de Versalles y Poincaré. Es cierto que la "luna de miel" durará muy poco, pero -da vergüenza decirlo- sólo porque los nazis serán los primeros en denunciar la "alianza" de hecho. ¡Esto suscitará estupor e indignación hasta en el Partido checoslovaco!

(5) Véase *Protokoll der Konferenz der Erweiterten Exekutive der Kommunistischen Internationale*, Moskau 12-13 de junio de 1923.

hacia el campesinado pobre es planteado en los términos de una maniobra que, en el curso de pocos años, desembocará en la teorización de un papel *mundial autónomo* de la clase campesina, en la que no se diferencia la variedad de sus diversas y contradictorias componentes, y fuera de toda caracterización precisa de sus relaciones con el proletariado industrial y agrario en los países de alto desarrollo capitalista, y en la inmensa área colonial y semi colonial, especialmente en la asiática (6).

Pero el punto *neurálgico* del crucial 1923 sigue siendo Alemania. Allí es donde las oscilaciones tácticas y el eclecticismo del Comintern (mucho más que en Bulgaria y en Estonia, episodios sobre los cuales no podemos detenernos) producen en la segunda mitad del año aquello que, por sus consecuencias inmediatas y lejanas, puede definirse como el gran desastre preparatorio de las derrotas en China e Inglaterra, y de la crisis mortal del Partido ruso y de la misma Internacional en los años sucesivos. Improvisadamente, en julio se abre camino en Moscú (que permaneció pasivo durante largo tiempo frente al desarrollo de la situación alemana, acaso debido a la consciencia de la escasa consistencia y homogeneidad del KPD) la alarma ante el peligro fascista y la convicción (no discutimos si fundada o no) de que un ciclo prerrevolucionario estaba por abrirse. Las directivas, sin embargo, siguen siendo vagas y prudentes durante mucho tiempo: la anulación de la gran "jornada antifascista" -fijada para el 23 de julio- como consecuencia de la prohibición gubernativa, es aprobada por Moscú y, de rebote, vuelve a encender los contrastes entre la Dirección y la "izquierda" alemana, entre el ardiente Berlín y la tibia provincia, entre el proletariado ya en acción y la "aristocracia obrera" lenta para ponerse en movimiento. A principios de agosto, ante los claros signos de agonía del gobierno de Cuno, la Dirección del KPD juzga próximo el momento de una movilización de las masas bajo la consigna del "gobierno obrero y campesino"; inversamente, la "izquierda" proclama desde su fortaleza berlinesa que "la fase intermedia del gobierno obrero se está volviendo, en la práctica, cada vez más improbable". Entre el flamear de nuevas e imponentes huelgas, y en la confusión producida por estas oscilaciones de consignas contrastantes entre sí, el gran capital, firmemente decidido a liquidar la ya fracasada campaña de "resistencia pasiva" a la ocupación del Rhur y a conciliarse con la Entente (sobre todo con Inglaterra), manda al poder a Stresemann.

Como ya es habitual, la reacción en Moscú es un brusco viraje desde una actitud de espera fundamentalmente pesimista al optimismo más frenético: "La revolución está golpeando las puertas de Alemania -escribe en setiembre el órgano del Profintern- ... Sólo es cuestión de meses". Con todo el Estado Mayor del KPD en Moscú, se decide entre miles de vaivenes que el asalto al poder debí a ser preparado urgentemente y que debía fijarse incluso la fecha. ¿Cuál era su trampolín de lanzamiento? No existe ninguna duda, el IV Congreso lo aclaró y el III Ejecutivo Ampliado lo confirmó: el 1º de octubre, en el ápice de la crisis económica y social, Zinoviev vaticina al secretario del partido alemán, Brandler, la aproximación del "momento decisivo dentro de cuatro, cinco o seis semanas", y añade que es "necesario... plantear en forma concreta el problema de nuestro ingreso en el gobierno sajón (dominado por

(6) Esta teorización será desarrollada particularmente por Bujarin a partir del V Ejecutivo Ampliado de marzo de 1925 (véanse las alusiones a esta cuestión en la II Parte de las *Tesis de Lyon*).

los socialdemócratas) a condición de que la gente de Zeigner (el presidente del consejo reformista) esté realmente dispuesta a defender a Sajonia contra Baviera y contra los fascistas" (después de 1918, 1919, 1921, se vuelve a confiar en la "voluntad" de los socialdemócratas de renunciar a ser... lo que eran!). En el opúsculo *Probleme der deutschen Revolution*, escrito precisamente entonces por el presidente de la Internacional, se proclama justamente, por un lado, que "la próxima revolución alemana será una revolución proletaria clásica" (es decir, "pura"), pero se sacan conclusiones demasiado optimistas del alto grado y espíritu de organización del proletariado germánico (de ese talento y fascinación por la organización en los que R. Luxemburgo en 1918 y Trotsky en 1920 habían señalado una de las causas del fracaso ante la prueba crucial de la guerra, en ausencia de una firme dirección de Partido) y de su "cultura" (la otra cara de una amplia capa de aristocracia obrera); y, por otro lado, se atribuye un papel revolucionario "a las masas pequeño-burguesas urbanas, a los pequeños y medianos funcionarios, a los pequeños comerciantes, etc.", y se llega a emitir la hipótesis según la cual ¡¡"el papel desempeñado en la revolución rusa por el campesinado cansado de la guerra será asumido hasta un cierto punto en la revolución alemana por las amplias masas pequeño-burguesas urbanas, empujadas por el desarrollo del capitalismo al borde de la ruina y del precipicio económico"!!

Sin embargo, en esta fantástica valoración persiste una sombra: sin duda, el frente único ha obtenido en Alemania el éxito deseado de arrastrar también a la lucha "a las capas más atrasadas de la clase obrera, acercándolas a la vanguardia revolucionaria"; "se está acercando la hora en que la enorme mayoría de los trabajadores alemanes, que hoy vuelve a poner alguna esperanza en la socialdemocracia, se convencerá definitivamente de que la lucha decisiva debe ser llevada a cabo *sin* las alas de derecha e izquierda del SPD, y *contra* ellas"; dicha hora no ha sonado aún y, para que suene, es necesario un nuevo "round" de experiencias no solo de frente único político, sino de gobierno de coalición "obrera". He aquí por qué se impone el ingreso de los comunistas en el gobierno sajón, con el doble fin de: "1) ayudar a la vanguardia revolucionaria de Sajonia a implantarse sólidamente, a ocupar un determinado territorio y a hacer de su país el punto de partida de batallas ulteriores; 2) suministrar a los socialdemócratas de izquierda la posibilidad de revelarse en los hechos y facilitar así a los proletarios socialdemócratas el quitarse sus últimas ilusiones". Por otra parte, la experiencia gubernativa, que únicamente puede llevarse a cabo "con el consentimiento del Comintern", tiene sentido *sólo* si ofrece la *segura garantía* de que el aparato estatal comience realmente a servir a los intereses de la clase obrera; de que *sean armados centenares de miles de trabajadores* para la lucha contra el fascismo bávaro y alemán en general; de que no solo verbalmente, sino *en los hechos* empiece una expulsión en masa de los funcionarios burgueses del aparato estatal... y que sean introducidas sin demora medidas económicas de carácter revolucionario, capaces de golpear a la burguesía de manera decisiva"; o sea, como decía el famoso telegrama de Zinoviev a Brandler el 19 de octubre si ofrece la garantía de "armar inmediatamente a 50 o 60 mil hombres en Sajonia... e igualmente en Turingia".

Aquí todo es contradictorio. Se anticipa una situación revolucionaria supuestamente "favorecida" por la intervención subversiva de las grandes masas pequeño-burguesas, y se indica su desen

lace en una combinación parlamentario-gubernativa. Se exaltan los éxitos obtenidos con el frente único al estrechar en torno al Partido a la enorme mayoría de la clase obrera, y se lo somete a la coalición con la más desacreditada de las socialdemocracias mundiales. Se predica la "conquista del poder" al modo revolucionario clásico, indicando su camino en el armamento del proletariado, en la expulsión de los funcionarios burgueses y en la introducción de medidas dictatoriales antiburguesas, por parte de un gobierno de mayoría socialdemócrata. Se propone "desenmascarar" en tal modo al SPD; y, al mismo tiempo, sólo se borran los caracteres distintivos del propio Partido. Se pretende que, por tal camino, el KPD "convencerá con los hechos a la mayoría de la clase obrera alemana de ya no ser, como en 1919-1921, solamente la vanguardia, sino de tener tras de sí a millones de trabajadores"; y, por otra parte, se presenta a estos últimos el hecho humillante y vergonzoso de una combinación gubernamental donde tres ministros comunistas (uno de ellos el secretario del Partido, Brandler) están atados de pies y manos a los ministros socialdemócratas, a los asesinos de Rosa Luxemburgo y de Carlos Liebknecht, y, aunque "tienen a sus espaldas a millones y millones de proletarios", no los llaman para dar el asalto al poder, sino para que esperen paciente y confiadamente algunos fusiles de manos de los compadres reformistas! Una coalición en vísperas de la revolución proclamada! La indignación de Trotsky en *Las enseñanzas de Octubre* por esta recaída (empeorada) en los titubeos capitulantes de la minoría bolchevique ante la conquista del poder en 1917 estaba muy justificada, a pesar de que, al eludir la cuestión de fondo, él no advirtiera que aquella "recaída socialdemócrata" había sido la conclusión necesaria de las tácticas elásticas del frente único y del gobierno obrero, apoyadas y defendidas por él mismo antes de 1925, e incluso después (7). Se fija la fecha de la insurrección, que debe ser lanzada desde el ...trampolín de un gobierno mixto socialista-comunista y se la posterga inmediatamente por las sugerencias del Centro alemán. Todo se desarrolla como si la revolución fuera un hecho técnico y no el producto de una situación objetiva bien precisa y de una adecuada preparación subjetiva por obra del Partido (que desde hacía meses predicaba a los proletarios la vía semilegalista de las maniobras de acercamiento a este o aquel grupo, y la de las soluciones gubernativas o paragubernativas). Se advierte al Partido para que evite que, "en la Alemania de hoy, efervescente y tumultuosa, en la que la vanguardia se lanzará, hoy o mañana, a la lucha decisiva arrastrando tras de sí a la infantería pesada proletaria, la justa táctica del frente único se convierta en su contrario directo"; pero se actúa precisamente para que todo esto suceda al atar al Partido (en uno o como máximo dos Estados regionales aislados en el gran mar de Alemania, cogidos en tenaza por el poder central controlado plenamente por manos burguesas y por las tropas más o menos regulares de Baviera, esta eterna reserva de la contrarrevolución alemana) al carro de la socialdemocracia y de su probada vocación por la traición. Se refuerza la opinión de que, "en la Alemania actual, que ha lle

(7) Una brillantísima exposición de la audacia con que Trotsky habrá a querido que se usaran y que se sobrepasaran inmediatamente las "fórmulas algebraicas" del "frente único" y del "gobierno obrero", para plantear con toda su amplitud y urgencia el problema de la conquista revolucionaria del poder, es recordada por Bordiga en el artículo "La política de la Internacional", publicado en el nº 15 de octubre de 1925 de *L'Unità*, junto con nuevas objeciones a esta interpretación, por cierto nada vulgar.

gado al umbral de la revolución, la fórmula general del "gobierno obrero y campesino" es ya insuficiente (...) y nosotros debemos no solo en la propaganda, sino en la agitación de masa, mostrar y aclarar tanto a la vanguardia como a las grandes masas que sólo se trata de la dictadura del proletariado o de la dictadura de los trabajadores de la ciudad y el campo", y se pretende poder hacerlo yendo al gobierno y permaneciendo en él junto a una socialdemocracia que, por declaraciones programáticas explícitas y por tradición establecida con los hechos, *excluye* el empleo de la dictadura y del terror...

El epílogo de todo esto tuvo lugar en el plazo de pocos días. El 20 de octubre, el gobierno central del Reich envía al de Sajonia un ultimátum exigiéndole la disolución inmediata de las débiles milicias obreras, amenazándolo, en caso de incumplimiento, con dar la orden de marcha al Reichswehr. El Partido decide proclamar la huelga general en toda Alemania; mas, inseguro de sí mismo y del apoyo de los proletarios que se encontraban desorientados por la girándula de las consignas y objetivos contradictorios, Brandler piensa en "consultar" preventivamente a las masas -representadas por una asamblea de obreros y funcionarios políticos y sindicales en Chemnitz- y, convencido de que el momento oportuno ha pasado ya, revoca la orden de huelga. Basta con un destacamento del Reichswehr para deponer al gobierno sajón. La Hamburg proletaria se subleva aislada, debido a un retraso de la noticia de la revocación de la huelga, y en veinticuatro horas es sofocada por la fuerza. Los proletarios deberían haber marchado bajo la guía del Partido. El que marchó fue el ejército bajo la guía de los generales kaiseristas dejados en sus puestos por los Ebert-Scheidemann. Algunos focos de resistencia fueron sofocados rápidamente: el 1923 alemán había acabado.

En los meses sucesivos, y especialmente en el Ejecutivo Ampliado del 8 al 12 de enero de 1924, fue fácil descargar la responsabilidad del desastre sobre las insuficiencias, los errores y las debilidades del Centro alemán; igualmente fácil para este último fue responder que -dejando aparte errores de detalle- se habían aplicado punto por punto las directivas del Comintern, conformes a su vez a las deliberaciones del IV Congreso. Para salvar lo salvable, es decir, la "unidad" de un Partido dividido más que nunca, se reorganizó la dirección y se condenó a sus "reos", aunque se los conservó como minoría sospechosa del nuevo Centro "de izquierda" (un año después se debió reconocer que éste era... peor que el que lo había precedido (8)). Pero lo más grave fue que, paralelamente, se anunció un enésimo "viraje táctico" a escala mundial. *Ya no corre el frente único en la cúspide* -como, supuestamente debido a una "falsa interpretación" de las deliberaciones del IV Congreso, lo han practicado diversos partidos, ante todo el alemán- *sino el frente único en la base*: "Ha llegado el momento de proclamar abiertamente que nosotros renunciamos a toda tratativa con el Comité Central de la socialdemocracia alemana y con la dirección central de los sindicatos alemanes; no tenemos nada que discutir con los representantes de la socialdemocracia. Unidad en la base, he aquí nuestra consigna: ya en parte realizado, el frente único en la base es ahora realizable también contra di-

(8) El relato del agrio debate y de las embarazosas resoluciones pueden leerse en *Die Lehren der deutschen Ereignisse*, Hamburgo 1924.

chos señores". *Ya no* corren las distinciones sutiles entre la derecha y la izquierda socialdemócrata: "Los socialdemócratas de derecha son traidores abiertos; en cambio, los de izquierda, con sus frases, no hacen más que cubrir la acción contrarrevolucionaria de los Ebert, de los Noske y de los Scheidemann. El KPD rechaza toda tratativa no solo con el centro del SPD, sino también con los dirigentes de "izquierda", *al menos mientras que* (una puertecilla queda entreabierta después de haber cerrado el portón -ndr) estos héroes no tengan el valor de romper abiertamente con la banda contrarrevolucionaria al mando del partido socialdemócrata". *Ya no* corre una posible interpretación del gobierno obrero y campesino como "un gobierno en el marco de la democracia burguesa, como una alianza política con la socialdemocracia"; traducida en la lengua de la revolución, "la consigna del gobierno obrero y campesino es *la dictadura del proletariado*(...) y nunca, en ningún caso, una táctica de acuerdos y transacciones parlamentarias con los socialdemócratas. Al contrario, incluso la actividad parlamentaria de los comunistas debe tener por objeto el desenmascarar el papel contrarrevolucionario de la socialdemocracia y la demostración a los obreros de los engaños y la impostura de los "gobiernos obreros" creados por ésta, que en realidad son solamente gobiernos burgueses liberales". *Ya no* corre el "gobierno mejor" o puesto al "peor": "fascismo y socialdemocracia son la mano derecha y la mano izquierda del capitalismo contemporáneo".

En el V Congreso de la Internacional Comunista (17 de junio al 8 de julio de 1924), el que por una parte refleja el profundo extravío de los partidos después del desastroso balance de un bienio de bruscos virajes tácticos y de órdenes equívocas (¡Togliatti mismo pidió que se dijera por fin sin términos medios *qué era exactamente* lo que se debía hacer!) y por otra parte vuelve a confirmar la praxis de la crucifixión de los dirigentes de las secciones nacionales en el altar de la infalibilidad del Ejecutivo, la Izquierda eleva de nuevo la *única* voz severa, así como serena y reacia a las hojarascas personales y locales. Si alguna vez hubiera estado en sus hábitos alegrarse de las confirmaciones aplastantes de sus previsiones en la terrible prueba de sangre proletaria inútilmente derramada o pedir a su vez que cayeran rodando las cabezas de los "reos" y de los "corruptos" para ceder el puesto a cabezas "inocentes" o "incorruptibles", aquél habría sido el momento de hacerlo. Pero no es esto lo que pide ni lo quiere la Izquierda; ésta pide y quiere que se hunda valerosamente el bisturí en las desviaciones de principio que producían inevitablemente aquellos "errores" y de las cuales las "cabezas" eran sólo la expresión ocasional. ¿"Frente único en la base"? Bien, a *condición* de que no se deje abierta la puerta a "excepciones" en el sentido opuesto (tal como se dijo ya al proponerlo), y se proclame sin términos medios que su base "no puede ser nunca la de un bloque de partidos políticos (...) sino que se debía hallar sólo en otras organizaciones de la clase obrera, no importa cuáles, pero tales que por su constitución puedan ser conquistadas por la dirección comunista". Por tanto, nada de invitaciones a organizaciones, tales como la derecha o la izquierda socialdemócrata, que *no pueden* "luchar sobre la vía final de la revolución comunista mundial" ni tampoco "sostener los intereses contingentes de la clase obrera", y a las cuales sería -como ha sido- criminal "dar con nuestra actitud un certificado de capacidad revolucionaria, desbaratando así todo nuestro trabajo de principio y toda nuestra obra de preparación de la clase trabajadora". ¿Lucha contra la socialdemocracia," tercer partido burgués"? De acuerdo, ¿pero cómo justificar

entonces la novísima "bomba" de la propuesta de fusión de la Internacional Sindical Roja con la odiosa Internacional Sindical de Amsterdam? ¿Gobierno obrero "sinónimo de dictadura del proletariado"? Demasiado duramente hemos pagado hasta el solo empleo de esta frase ambigua: solicitamos "un funeral de tercera clase, no solo para la táctica, sino también para la consigna misma de gobierno obrero". Lo solicitamos porque "dictadura del proletariado" sugiere que el poder proletario será ejercido sin darle ninguna representación política a la burguesía; también sugiere, pues, que el poder proletario sólo puede ser conquistado gracias a la acción revolucionaria, a través de la insurrección armada de las masas. En cambio, cuando se dice gobierno obrero, si se quiere también se lo puede entender así; pero, si no se quiere, se le puede dar también la interpretación (¡Alemania! ¡Alemania!) de otro gobierno que no esté caracterizado por el hecho de excluir a la burguesía de los órganos de representación política ni, menos aún, por el hecho de que la conquista del poder se ha verificado con medios revolucionarios y no con medios legales". ¿Se responde que la fórmula del "gobierno obrero" es más comprensible para las masas? Nosotros reafirmamos: ¿"Qué puede comprender del gobierno obrero un simple trabajador o campesino cuando, después de tres años, nosotros, los jefes del movimiento obrero, no hemos llegado aún a comprenderlo y a definirlo de un modo satisfactorio"?

Pero el problema es aún más profundo. El hecho de que en 1925 la Internacional se coloque "a la izquierda" podría haber sido para nosotros un motivo de alivio si hubiésemos planteado el problema en los términos de una mezquina revancha. Pero no era así: "Lo que hemos criticado del método de trabajo de la Internacional es precisamente esta tendencia a ir a la derecha y a la izquierda siguiendo las indicaciones de la situación o de cómo ella cree interpretarlas. Hasta que no sea discutido a fondo el problema de la elasticidad y del eclecticismo (...) mientras que esta elasticidad siga existiendo y nuevas oscilaciones deban verificarse, un fuerte viraje hacia la izquierda nos hace temer otro aún más fuerte hacia la derecha (¿es necesario decir que precisamente esto sucederá en los años sucesivos?—ndr). No es un giro a la izquierda en la coyuntura actual lo que nosotros pedimos, sino una rectificación general de las directivas de la Internacional: esta rectificación puede no ser hecha en el modo que pedimos (...) pero que sea hecha, y de un modo claro. Debemos saber adónde vamos".

Por último: somos nosotros, la Izquierda, los primeros en querer más que nadie la centralización y la disciplina mundial; pero semejante disciplina "no puede ser confiada a la buena voluntad de tal o cual camarada que, después de veinte reuniones, firme un acuerdo en el cual la derecha y la izquierda estén finalmente unidas"; se trata de una disciplina "que se debe transportar a la realidad, a la acción, a la dirección del movimiento revolucionario del proletariado que tiende hacia la unidad mundial" y que, para ser eso, "precisa claridad en la dirección táctica y continuidad en la constitución de nuestras organizaciones para establecer los límites que nos separan de los demás partidos". Por tanto, es preciso echar las bases de la disciplina apoyándola en el pedestal inquebrantable de la claridad, de la solidez y de la invariancia de los principios y de las directivas tácticas. En años cuyo fulgor hacía parecer lejanos, la disciplina se creaba por un hecho orgánico que tenía sus raíces en la granítica fuerza doctrinaria y práctica del Partido bolchevique; hoy, o se reconstruye esta disciplina sobre los fundamentos colectivos del movimiento mundial, con un espíritu de seriedad y de fraterno sentido de la

gravedad de la hora actual, o todo se perderá. La garantía de que no se caerá de nuevo en el oportunismo -osa proclamar la Izquierda en un congreso que apenas roza a la cuestión rusa, como si se tratara de un peligroso tabú- ya no puede venir únicamente del Partido ruso porque el Partido ruso es el que tiene necesidad, la urgente necesidad de nosotros, y busca en nosotros la "garantía" que en vano le pedimos. Ha llegado la hora en que la "Internacional del proletariado mundial debe restituir al Partido Comunista ruso una parte de los innumerables servicios que ha recibido de él. La situación más peligrosa, desde el punto de vista del peligro revisionista, es la situación de este Partido, y los demás partidos deben defenderlo de este peligro. Es de la Internacional de donde aquél debe sacar lo esencial de la fuerza de la que tiene necesidad para atravesar la situación extremadamente difícil en la que se debate" (9).

¡Gran batalla, pero pérdida! La crisis interna del Partido bolchevique extrajo un nuevo alimento del Octubre alemán; el monstruo del "socialismo en un solo país" surgió del reflujo de la revolución en Occidente y de su teorización oportunista; del frente único "en la base" se tornará a los entusiasmos por el frente único en el vértice y hasta a los giros de vals con el radicalismo burgués en Alemania (10); se tornará al desastroso ofrecimiento gramsciano lanzado a las "oposiciones" del Antiparlamento durante la crisis Matteotti, basado una vez más en la atribución de un papel autónomo a la pequeña burguesía, anticipando así a los "frentes populares" contra el fascismo; se tornará a la innoble doctrina para la cual "cualquier medio es bueno para el fin perseguido", garantizado por la posesión de un escolástico "marxismo-leninismo" transformado en una vulgar fórmula maquiavélica, y así sucesivamente. La parte general de las *Tesis de Lyon* responde a cada una de estas desviaciones, en tanto que su "historia" está resumida en las partes internacional e italiana; por tanto, no insistimos sobre ella. Todos saben lo que sucederá después: la Internacional fue despojada de su virilidad y fue reducida a ser un instrumento dócil de la política exterior rusa; se abandonó todo principio; finalmente, se disolvió en función de la alianza de guerra del stalinismo con las "democracias"; y el camino quedó libre para todas las vergüenzas de la posguerra.

Se ha visto ya -y nos hallamos aquí en el tercer aspecto del despeñamiento- cómo, no solo paralelamente, sino también con una cierta anticipación sobre las maniobras tácticas, y siempre

(9) Citamos del protocolo alemán del V Congreso (pp. 394-406): el texto italiano reproducido en los nros 7-8 (1924) de *Stato Operaio* no está completo, mientras que el texto del protocolo francés está escandalosamente mutilado. No reproducimos las *Tesis sobre la táctica de la Internacional* que la Izquierda presentó entonces y que son sustancialmente análogas a las presentadas en el IV Congreso: su examen fue postergado para un ... futuro congreso, y no se supo nada más de ellas!

(10) A fines de 1924, habiéndose recogido un número de votos inferior al previsto en las elecciones presidenciales, el Centro de "izquierda" del KPD se lamentó en una resolución pública el no haber seguido el consejo de la Internacional Comunista de llevar "a la clase obrera alemana, formando bloque en torno a un programa republicano mínimo con los verdaderos partidarios de la república, a unirse tras el nombre de un candidato republicano militante en la lucha contra la reacción". Se volvía paso a paso al "gobierno obrero" interpretado como una combinación parlamentaria, incluso con partidos burgueses, contra el peligro "monárquico" encarnado por ... Hindenburg.

con la ilusión de obtener más de prisa una amplia concentración de fuerzas proletarias en torno al Partido, se inició un proceso de gradual abandono de aquel vigor en los criterios de organización que los *veintidós puntos* del II Congreso de 1920 habían reivindicado, sin embargo, como premisa necesaria de la constitución de la Internacional sobre bases no ficticias ni fluctuantes. En contra de nuestro parecer, se había comenzado por tolerar en las draconianas "condiciones de admisión" un margen de posibles maniobras en vista de reconocidas "particularidades nacionales"; en honor a estas últimas, se había aceptado la adhesión de la casi totalidad del ex-partido socialista francés, sólo para tener que constatar, en cada nueva reunión del Ejecutivo, que se tenía enfrente al espectro torpemente barnizado de la vieja socialdemocracia parlamentarista y acaso chovinista. Con anterioridad se había avalado la fusión del KPD con la "izquierda" de los Independientes, sólo para ver escapar nuevamente a estos últimos después de haber infectado ampliamente al Partido o de haber agravado sus enfermedades de origen. Se había practicado en el vértice, por ejemplo en lo que se refiere al PSI, ese "federalismo" que en 1923 se reprochará a los partidos noruego y danés, cada vez que en cualquier país pareció perfilarse una vaga perspectiva de reclutar nuevas fuerzas *numéricas*. Junto a los partidos comunistas, y casi en paridad de condiciones con ellos, se habían acogido en las filas de la Internacional revolucionaria a partidos pretendidamente simpatizantes.

Con el continuo degranar de las cuentas del rosario de las innovaciones tácticas, lo que cada vez volvía a dar aliento a las corrientes centrífugas que dormitaban en todos los partidos, y con la sucesión de los bruscos cambios, lo que generaba confusiones y dislocaciones incluso entre los militantes más sólidos, la cuestión de la "disciplina" se planteaba *forzosamente* no como el producto natural y orgánico de una lograda homogeneidad teórica y de una sana convergencia de la acción práctica, sino por el contrario como una manifestación morbosa de la discontinuidad en la acción y de la heterogeneidad del patrimonio doctrinal. En la misma medida en que se constataban errores, desviaciones y aflojamientos, y se trataba de remediarlos cambiando los comités centrales o ejecutivos, se imponía, por un lado, el "puño de hierro" y, por otro, su idealización como método y como norma interna del Comintern y de sus secciones, y como antídoto de eficacia segura no ya contra los adversarios o los falsos amigos, sino contra los camaradas. La ronda de los procesos contra *sí mismo*, la era de lo que la Izquierda en el VI Ejecutivo Ampliado de 1926 llamó "el deporte de la humillación y del terror ideológico" (a menudo por obra de los "ex-opositores humillados") había comenzado. Y no existe proceso sin carcelero.

Se había alterado la disciplina hacia el programa, tan lúcido y tajante como era en su origen. Para impedir que de aquella indisciplina naciera el desbarajuste, se pretendió volver a crear *in vitro* "partidos verdaderamente bolcheviques": y es sabido lo que se volverán estas caricaturas del Partido de Lenin bajo el talón staliniano. En el IV Congreso habíamos advertido: "La garantía de la disciplina no puede ser hallada más que en la definición de los límites que deben ser fijados a la aplicación de nuestros métodos, en la precisión de los programas, de las resoluciones tácticas fundamentales y de las medidas de organización". Repetimos en el V Congreso que era ilusorio perseguir el sueño de una disciplina sólida si faltaba claridad y precisión en los campos prejudiciales a toda disciplina y homogeneidad organizativa;

que era vano ilusionarse con la quimera de un Partido Mundial único si la continuidad y el prestigio del órgano internacional eran destruidos continuamente por la "libertad de elección" (concedida no solo a la periferia, sino incluso al vértice) de los principios que determinan la acción práctica y de esta misma acción; que era hipócrita invocar una "bolchevización" que no significase intransigencia en los fines y en la adecuación de los medios a los fines.

Al no bastar una disciplina aplicada como la conciben generales y furrieles, se descubrió una receta de organización particular: se quiso *reconstruir* a los partidos (¡cinco años después de su primera constitución!) sobre la base de células de fábrica, considerada como un modelo ideal derivado del patrimonio histórico del bolchevismo, y se esperó que esta forma diera la solución de ese problema de fuerza que es la revolución. Respondimos (VI Ejecutivo Ampliado) que dicha fórmula, obvia para la Rusia anterior a 1917 y nunca elevada a dogma inmutable por Lenin, no podía ser transferida mecánicamente a Occidente; y, además, que su aplicación formalista implicaba una auténtica ruptura con los principios de formación y con el proceso real de génesis y desarrollo del partido revolucionario, una caída en el "laborismo", pues el partido marxista no está definido por la composición social bruta de sus miembros, sino por la dirección en que se mueve, siendo tanto más vivo y vital como organismo revolucionario cuanto menos está encerrado en el horizonte estrecho y corporativo de la prisión empresarial. Mostramos cómo esta "revisión", ostentada como antídoto contra la burocratización, comportaba por el contrario una hipertrofia del funcionarismo, que era el único lazo que quedaba para vincular entre sí tanto a las células como a las fábricas.

Yendo más lejos, abordamos el problema mucho más vasto y general, que en 1925-26 implicaba todas las cuestiones destinadas a volverse candentes en la lucha interna del Partido ruso. Antes de que fuera demasiado tarde, denunciemos la manía y el frenesí de la "lucha contra el fraccionismo", y de esa caza de brujas que celebrará sus saturnales en la innoble campaña de 1926 - 1928 contra la izquierda rusa y más tarde contra la derecha, una caza de brujas que no había tenido derecho de ciudadanía en el Partido bolchevique de los años de esplendor *ni siquiera* contra el enemigo abierto -que se destruía si era necesario, pero que nunca se cubría vilmente de fango- y que, sobrepasando los confines estatales rusos, producirá primero la indecente figura del acusador público, luego la del delator de oficio y finalmente la del carniceiro. La revolución proletaria es generosa en la medida misma en que la contrarrevolución es caníbal (la frase se remonta a Marx). El primer síntoma del "astro" contrarrevolucionario naciente -que es un signo, no la causa- será el feroz *canibalismo* hipócritamente velado de fraseología "leninista", y nadie lo practicará con un celo más intenso que los reclutas de última hora, los mencheviques "convertidos", los socialpatriotas que se cubrieron de cenizas, los hombres del indefectible "sí" en la oscuridad que se volvía lentamente más espesa, de la misma forma que habían sido los hombres del indefectible "no" o, como máximo, del indefectible "sí, pero" en la época de grandeza de la Internacional.

Ampliamos el problema a la aún más ardiente cuestión de la salvación de la Revolución de Octubre en el crucial 1926; lanzamos un último llamamiento para que, contra todas las prohibiciones y las amenazas de sanciones que por cierto no eran metafóricas, la crisis del Partido ruso fuera discutida en todos los par-

tidos y en sus asambleas mundiales "dado que la revolución rusa es la primera gran etapa de la revolución mundial; ella es también nuestra revolución; sus problemas son nuestros problemas, y cada miembro de la Internacional revolucionaria tiene no solo el derecho, sino el deber de colaborar para resolverlos" (VI Ejecutivo Ampliado), sabiendo muy bien que aquella crisis significaba la *crisis de la Internacional Comunista*. Retomando un argumento que los historiadores de hoy comprenden al revés (¡es su vocación!), recordamos que la grandeza del Partido ruso había consistido en haber aplicado en un país atrasado la estrategia y la táctica prevista para los capitalismo plenamente evolucionados, en el marco de una visión mundial de Octubre; y que, para construir una sólida barrera contra el resurgimiento del oportunismo, la Internacional debía "encontrar para las cuestiones estratégicas" (antes de nada para la de las relaciones entre la dictadura proletaria victoriosa en la URSS y el proletariado mundial en lucha, entre Estado y Partido, y especialmente entre Estado e Internacional Comunista, así como para el arco inmenso de la estrategia revolucionaria en el mundo y de la táctica ligada a ella) "soluciones que estén fuera del radio de la experiencia rusa" (11). No invocamos ninguna compostura, sino un *cambio radical de ruta* en los métodos de la Internacional. No existen partidos puros, y en el caso del Partido bolchevique de 1926 la garantía "subjetiva" de no contaminación -siempre lãbil y condicional- dejaba de funcionar desde el momento en que cuestiones no secundarias, sino centrales y de principio dividían al estupendo órgano de batalla teórica y práctica que había sido el Partido del Octubre rojo. El internacionalismo proletario debía renacer con todo su fulgor para que ese potente baluarte de la revolución mundial en los años ardientes de la primera posguerra se salvase de la amenaza inminente de un "despeñamiento a la derecha". Sólo así se podía salvaguardar al comunismo amenazado por las aberraciones del "socialismo en un solo país"o, más tarde, por las "vías nacionales al socialismo". ¡Y ése era el momento crucial!

El movimiento proletario comunista debía ser reconstruido *completamente* sobre la base de las "lecciones de Octubre" no menos que sobre la de un balance franca y virilmente redactado, tal como la Izquierda había pedido que se redactara en un congreso tras otro. Las *Tesis de Lyon* y su comentario en el Ejecutivo Ampliado de febrero-marzo de 1926 quisieron ser un aporte ofrecido en este espíritu por el movimiento internacional a la Rusia revolucionaria en peligro. Fuimos amordazados y dispersados; el aporte y el llamamiento a las generaciones de entonces cayeron en el vacío: ¡valgan, pues, para las generaciones de hoy y de mañana!

o o o

Sería antimarxista buscar únicamente en las desviaciones del Comintern desde 1922 a 1926 las causas de una catãstrofe que hoy tenemos delante con toda su gravedad. Demasiados factores con

(11) Solos contra todos, nuestra desesperada batalla en el VI Ejecutivo Ampliado ha sido publicada integralmente y comentada ampliamente en "La crise de 1926 dans le PC russe et l'Internationale" (II), *Programme Communiste* n^o 69-70, mayo de 1976.

currieron, demasiadas determinaciones objetivas hicieron de forma que el curso histórico fuera -y únicamente pudiera ser- *lo que fue*. Pero la acción del Partido es también un elemento de las situaciones objetivas y, en ciertas circunstancias, un elemento cardinal. Reconocer los orígenes históricos del oportunismo -dijimos en el VI Ejecutivo Ampliado- nunca ha significado para nosotros ni puede significar soportarlo como si fuera una necesidad históricamente ineluctable: "incluso si la coyuntura y las perspectivas nos son desfavorables, o relativamente desfavorables, no se deben aceptar las desviaciones oportunistas con un estado de ánimo de resignación, o justificarlas con el pretexto de que sus causas residen en la situación objetiva. Y si, a pesar de todo, se verifica una crisis interna, sus causas y los medios para curarla deben ser buscados en otra parte, esto es, en el trabajo y en la política del Partido". Esto podía parecer una afirmación curiosa a los ojos de una Internacional cuyos congresos habían acabado por transformarse cada vez más en los locales de procesos a partidos, grupos o personas llamadas a responder de los trágicos reveses en Europa y en el mundo: todo se transformaba entonces en el producto de "coyunturas desfavorables", de situaciones "adversas".

La verdad era que, no digamos el proceso, sino la revisión crítica debía ser hecha de raíz y estar basada en coeficientes impersonales, mostrando cómo el juego de causas y efectos entre factores objetivos y subjetivos es infinitamente complejo, y que si bien sobre los primeros (considerados sólo por un momento "en sí mismos", fuera de la influencia de nuestra acción colectiva) el poder de intervención del Partido es limitado, está en cambio en nuestro poder el salvaguardar, incluso al precio de impopularidad y fracasos momentáneos, las condiciones que únicamente permiten a los segundos actuar sobre la historia y fecundarla. El Partido no sería nada si, subjetiva y objetivamente, no fuera para sus militantes y para la clase obrera indiferenciada el hilo conductor ininterrumpido que el flujo o el reflujo de las situaciones no destroza o, si llegado el caso lo destruyera, no lo altera. Todo el sentido de nuestra batalla está en la lucha para que el hilo no se destrozase entonces, en la lucha para volverlo después a anudar en los largos años del stalinismo imperante, en la lucha para reconstruir sobre dicho hilo y en torno a éste al Partido Mundial del proletariado.

Proyecto de tesis presentado por la Izquierda al III Congreso del Partido Comunista de Italia — Lyón 1926

Es difícil que un documento como éste pueda estar exento de una cierta desproporción entre sus diferentes partes, por cuanto el desarrollo de la discusión ha vuelto de mayor actualidad ciertos puntos y temas, dejando incluso otros de igual importancia en segundo plano. Para completar en la medida de lo posible y en relación con otros textos conocidos el pensamiento del grupo de compañeros que han redactado las presentes tesis, creemos útil anteponerle el elenco de algunos documentos que emanan de la misma orientación que está reafirmada y defendida aquí, aunque no todos puedan hoy consultarlos fácilmente.

Tesis de Roma - Votadas en el II Congreso del Partido Comunista de Italia el 26 de marzo de 1922. El texto presentado en el Congreso ha sido publicado en *Il Comunista* del 31/XII/1921, nº 67; *L'Ordine Nuovo* del 3/I/1922, nº 2; *Il Lavoratore* del 5/II/1922, nº 4960; *Rassegna Comunista* del 30/I/1922, nº 17. Las pocas variantes introducidas por el Congreso en el primer texto han sido publicadas en *Il Comunista* del 4/IV/1922, nº 95; *Il Lavoratore* del 5/IV/1922, nº 5014; *L'Ordine Nuovo* del 6/IV/1922, nº 96; *Rassegna Comunista* del 31/VII/1922, nº 26.

Tesis sobre la táctica de la Internacional Comunista - Presentadas al IV Congreso de la Internacional Comunista. Han sido publicadas en el nº 16 de *Stato Operaio* del 6/III/1924.

Programa de acción del Partido Comunista italiano - Presentado al IV Congreso de la Internacional Comunista. Ha sido publicado en el número citado de *Stato Operaio* (*).

Mociones y tesis aprobadas en la conferencia nacional (consultativa) del Partido Comunista italiano de mayo de 1924 y publicadas en *Stato Operaio* del 18/III/1924.

Tesis sobre la táctica de la Internacional Comunista - Presentadas al V Congreso Mundial. Han sido publicadas (en francés y alemán) en el Boletín del V Congreso, nº 20 del 8/VII/1924.

(*) Las *Tesis de Roma* han sido editadas en castellano en el nº 26 de esta revista (febrero de 1978) y las *Tesis sobre la táctica de la Internacional Comunista* presentadas al IV Congreso Mundial en el nº 29 (diciembre de 1978).

El *Programa de acción del Partido Comunista italiano* presentado al IV Congreso de la III Internacional ha sido publicado en la *Relazione del Partito Comunista d'Italia al IV Congresso dell'Internazionale Comunista*, Ed. Iskra, Milán, 1976. *Programme Communiste* publicó una traducción francesa en el nº 67 de julio de 1975.

I. Cuestiones generales

1. Principios del comunismo

Los fundamentos de la doctrina del Partido Comunista son los del marxismo, sobre cuyas bases, reconstituidas contra las desviaciones oportunistas, se funda la III Internacional. Dichos fundamentos consisten: en el materialismo dialéctico en cuanto sistema de concepción del mundo y de la historia humana; en las doctrinas económicas fundamentales contenidas en *El Capital* de Marx en cuanto método de interpretación de la economía capitalista actual; en las formulaciones programáticas del *Manifiesto de los Comunistas* en cuanto trazado histórico y político de la emancipación de la clase obrera mundial. La grandiosa experiencia victoriosa de la revolución rusa y la obra de Lenin, su jefe y maestro del comunismo internacional, son la confirmación, la restauración y el desarrollo consecuente de aquel sistema de principios y métodos. No es comunista ni puede militar en las filas de la Internacional quien rechace aunque sólo sea una parte del mismo.

Consecuentemente, el Partido Comunista rechaza y condena las doctrinas de la clase dominante, desde las espiritualistas religiosas, idealistas en filosofía y reaccionarias en política, a las positivistas volterianas librepensadoras, que en política son masónicas, anticlericales y democráticas.

El Partido Comunista condena igualmente las escuelas políticas que cuentan con cierto arrastre en la clase obrera, como son: el reformismo socialdemócrata, que concibe una evolución pacífica y sin luchas armadas en el paso del poder capitalista al poder obrero, e invoca la colaboración de clases; el sindicalismo, que deprecia la acción política de la clase obrera y la necesidad del partido como órgano revolucionario supremo; el anarquismo, que niega la necesidad histórica del Estado y de la dictadura proletaria como medios de la transformación del orden social y de la supresión de la división de la sociedad en clases. Del mismo modo, el Partido Comunista combate las múltiples manifestaciones de revolucionarismo espurio, encaminadas a hacer sobrevivir tales tendencias erróneas a través de su compenetración con tesis aparentemente comunistas; este peligro es designado con el término bien conocido de "centrismo".

2. Naturaleza del Partido

El proceso histórico de la emancipación del proletariado y de la fundación de un nuevo orden social deriva de la lucha de clases. Toda lucha de clases es lucha política, o sea, tiende a desembocar en una lucha por la conquista del poder político y la dirección de un nuevo organismo estatal. *Por consiguiente, el órgano que conduce la lucha de clases a su victoria final es el partido político de clase, único instrumento posible de la insurrección revolucionaria primero, y de gobierno después.* De estas elementales y geniales afirmaciones de Marx, restablecidas en su máxima evidencia por Lenin, surge la definición del partido como una organización de todos aquellos que son conscientes del sistema

de opiniones que resume la tarea histórica de la clase revolucionaria y están decididos a obrar por su victoria. Gracias al partido la clase obrera adquiere la conciencia de su camino y la voluntad de recorrerlo; *por lo tanto, en las sucesivas fases de la lucha, el partido representa históricamente a la clase, aunque tenga en sus propias filas sólo a una parte más o menos grande de ésta.* Esta es la significación de la definición del partido dada por Lenin en el II Congreso Mundial.

Este concepto de Marx y de Lenin se contraponen al concepto por excelencia oportunista del partido laborista u obrerista, en el cual participan de derecho todos los individuos que son proletarios por su condición social. Dado que en un partido semejante, aunque de apariencia numérica más fuerte, pueden y en ciertas situaciones deben prevalecer las directas influencias contrarrevolucionarias de la clase dominante (representada por la dictadura de organizadores y jefes que indiferentemente pueden provenir como individuos del proletariado o de otras clases), Marx y Lenin no solo han combatido este error teórico fatal, sino que no han dudado en hacer pedazos prácticamente la falsa unidad proletaria para asegurar, incluso en momentos de eclipse de la actividad social del proletariado, y aún a través de pequeños grupos políticos que adhieren al programa revolucionario, la continuidad de la función política del partido en la preparación de las tareas sucesivas del proletariado. Este es el único camino posible para realizar en el futuro la concentración de la mayor parte posible de los trabajadores en torno a la dirección y bajo las banderas de un Partido Comunista capaz de luchar y vencer.

Una organización *inmediata* de todos los que económicamente son trabajadores no puede elevarse hasta las tareas políticas, o sea, revolucionarias, pues cada uno de los grupos profesionales y locales no sentirá más que impulsos limitados para la satisfacción de exigencias parciales determinadas por las consecuencias directas de la explotación capitalista. Es sólo la intervención a la cabeza de la clase obrera de un partido político, definido por la adhesión *política* de sus miembros, lo que realiza la progresiva síntesis de esos impulsos particulares en una visión y acción común, en la cual los individuos y grupos llegan a superar todo particularismo, aceptando dificultades y sacrificios para el triunfo general y final de la causa de la clase obrera. La definición del partido como partido de la clase obrera tiene en Marx y en Lenin un valor histórico y finalista, no vulgarmente estadístico y constitucional.

Toda concepción de los problemas de organización interna del partido que lleve nuevamente al error de la concepción laborista del partido revela una grave desviación teórica por cuanto sustituye una visión revolucionaria por una visión democrática, y atribuye más importancia a los esquemas utópicos de proyectos de organización que a la realidad dialéctica del choque de las fuerzas de dos clases opuestas; ella representa un peligro de recaída en el oportunismo. En cuanto a los peligros de degeneración del movimiento revolucionario, y a los medios para asegurar la necesaria continuidad de dirección política en los jefes y militantes, no es posible eliminarlos con una fórmula de organización. Aún me nos los elimina la fórmula según la cual sólo el trabajador auténtico puede ser comunista, la que es desmentida por la inmensa mayoría de los ejemplos que nuestra propia experiencia nos ha suministrado relativos a los individuos y a los partidos. La garantía contra la degeneración hay que buscarla en otra parte, si no se

quiere contradecir el postulado marxista fundamental: "*La revolución no es una cuestión de forma de organización*", postulado que resume toda la conquista realizada por el socialismo científico respecto a las primeras elucubraciones del utopismo.

Partiendo de estas concepciones sobre la naturaleza del partido de clase debe darse respuesta a los actuales problemas contingentes relativos a la organización interna de la Internacional y del partido.

3. Acción y táctica del Partido

La cuestión de cómo actúa el partido sobre las situaciones y sobre las otras agrupaciones, órganos e instituciones de la sociedad en que se mueve, es la cuestión general de la táctica, de la cual se deben establecer los elementos generales en relación con el conjunto de nuestros principios. En un segundo estadio, se deben precisar las normas de acción concreta en relación con cada uno de los grupos de los problemas prácticos y con las sucesivas fases del desarrollo histórico.

Al asignar al partido revolucionario su puesto y función en la regeneración de la sociedad, la doctrina marxista provee la más brillante de las resoluciones al problema de la libertad y de la determinación en la actividad del hombre. Mientras sea planteado con referencia al "individuo" abstracto, dicho problema proveerá por mucho tiempo aún material para las elucubraciones metafísicas de los filósofos de la clase dominante y decadente. El marxismo lo plantea correctamente a la luz de una concepción científica y objetiva de la sociedad y de la historia. Está muy lejos de nuestra concepción la opinión de que el individuo -y un individuo- pueda actuar sobre el ambiente externo deformándolo y plasmándolo a su gusto, y con un poder de iniciativa que le habría sido transmitido por una virtud de tipo divino; del mismo modo, para nosotros es condenable la concepción voluntarista del partido, según la cual un pequeño grupo de hombres, habiéndose forjado una profesión de fe, la difunden e imponen al mundo con un esfuerzo gigantesco de voluntad, actividad y heroísmo. Por otro lado, sería una concepción aberrante y necia del marxismo creer que el proceso de la historia y de la revolución se desarrolla según leyes fijas, y no nos queda a nosotros más que indagar objetivamente cuáles son estas leyes y tratar de formular previsiones sobre el futuro, sin intentar nada en el campo de la acción; tal concepción fatalista equivale a anular la necesidad de la existencia y de la función del partido. En su potente originalidad, el determinismo marxista no está en el medio, sino por encima de estas dos concepciones. La solución que da al problema es dialéctica e histórica, precisamente porque no es apriorística y está exenta de la pretensión de que una única respuesta abstracta sea válida para todas las épocas y grupos humanos. Si el actual desarrollo de las ciencias no permite la indagación completa de las causas que llevan a obrar a cada individuo partiendo de los hechos físicos y biológicos para remontarse a una ciencia de las actividades psicológicas, el problema, sin embargo, se resuelve en el campo de la sociología, aplicándole, como lo hizo Marx, los métodos de indagación propios de la moderna ciencia positiva y experimental que el socialismo hereda íntegramente y que son algo totalmente distinto de la filosofía supuestamente materialista y positivista que la

clase burguesa adoptó en el curso de su ascenso histórico. Teniendo en cuenta racionalmente las influencias recíprocas entre los individuos, gracias al estudio crítico de la economía y de la historia, tras haber despejado el campo de todo prejuicio de ideologías tradicionales, se elimina así, en un cierto sentido, la indeterminación en el proceso que se desarrolla dentro de cada individuo. Desde este punto de partida, el marxismo llega a establecer un sistema de nociones, que no es un evangelio inmutable y fijo, sino un instrumento vivo para seguir y reconocer las leyes del proceso histórico. El fundamento de este sistema está en los descubrimientos de Marx sobre el determinismo económico, por los cuales el estudio de las formas y relaciones económicas, y del desarrollo de los medios técnicos de producción, nos ofrece la base objetiva en la cual se puede apoyar sólidamente la enunciación de las leyes de la vida social y, en una cierta medida, la previsión de su desarrollo ulterior. Dicho todo esto, hay que observar que la solución final del problema planteado no es una fórmula inmanente según la cual, una vez encontrada esta clave universal, es posible decir que, si se deja que los fenómenos económicos se desarrollen, se determinará con seguridad una serie prevista y establecida de hechos políticos.

Nuestra crítica equivale a una depreciación completa y definitiva no tanto de la acción de cada uno de los individuos, presentados incluso como protagonistas de los hechos históricos, sino de las intenciones y perspectivas con las cuales ellos creyeron poder coordinar dicha acción; pero esto no significa negar que un organismo colectivo, como el partido de clase, tenga o deba tener una iniciativa y una voluntad propias. La solución a la que se llega está repetidamente formulada en nuestros textos fundamentales.

La humanidad, y también sus más potentes agregados, como clases, partidos y Estados, se han movido casi como juguetes en manos de las leyes económicas que ellos ignoraban hasta ahora en su mayor parte. Al mismo tiempo, estos agregados estaban privados de la conciencia teórica del proceso económico y de la posibilidad de dirigirlo y gobernarlo. Pero el problema se modifica para la clase que aparece en la época histórica presente, el proletariado, y para los agregados políticos -partido y Estado- que deben emanar de ésta. Esta clase es la primera que no está impulsada a basar su advenimiento en la consolidación de privilegios sociales y en una división de la sociedad en clases, para someter y explotar a una nueva clase. Al mismo tiempo, es la primera que logra forjarse una doctrina del desarrollo económico, histórico y social: el comunismo marxista, precisamente.

Por primera vez, pues, una clase combate por la supresión de las clases en general, y por la supresión general de la propiedad privada de los medios económicos, y no solo por una transformación de las formas sociales de esa propiedad.

El programa del proletariado es, conjuntamente con su emancipación de la clase dominante y privilegiada actual, la emancipación de la colectividad humana respecto a la esclavitud de las leyes económicas que, una vez comprendidas, podrán ser dominadas en una economía finalmente racional y científica en la que intervendrá directamente la obra del hombre. Por esto, y en este sentido, Engels escribió que la revolución proletaria señala el paso del mundo de la necesidad al de la libertad.

Esto no significa resucitar el mito ilusorio del individualismo que quiere liberar al Yo humano de las influencias externas, mientras que, por el contrario, su entrelazamiento tiende a volverse cada vez más complejo y la vida del individuo es una parte cada vez menos distinguible de la vida colectiva. Al contrario, el problema está planteado en otro terreno; la libertad y la voluntad son atribuidas a una clase que está destinada a volverse la humanidad unitaria misma, que algún día luchará únicamente contra las fuerzas adversas externas del mundo físico.

Sólo la humanidad proletaria -de la cual estamos aún lejos- podrá ser libre y poseer una voluntad que no sea ilusión sentimental, sino la capacidad de organizar y dominar la economía en el más amplio sentido de la palabra. Todavía hoy la clase proletaria -bien que menos que las otras clases- sigue estando determinada en los límites de su propia acción por influencias que le son externas; en cambio, el partido político es el órgano en el cual se concentra, precisamente, el máximo de posibilidad de voluntad e iniciativa en todo el campo de su acción: no cualquier partido, por cierto, sino el partido de la clase proletaria, el partido comunista, ligado, por así decirlo, por un hilo ininterrumpido a los objetivos últimos del proceso futuro. En el partido, dicha facultad volitiva, así como su conciencia y preparación teórica, son funciones colectivas por excelencia. Con respecto a la tarea asignada en el partido mismo a sus jefes, la explicación marxista considera a estos últimos como instrumentos y operadores a través de los cuales se manifiestan mejor las capacidades de comprender y explicar los hechos, de dirigir y desear las acciones, pero tales capacidades conservan siempre su origen en la existencia y los caracteres del órgano colectivo. Por consiguiente, el concepto marxista del partido y de su acción, como ya hemos enunciado, rechaza tanto al fatalismo (espectador pasivo de fenómenos sobre los cuales no es capaz de influir directamente) como a toda concepción voluntarista en el sentido individual, según la cual las cualidades de preparación teórica, fuerza de voluntad, espíritu de sacrificio, en suma, un tipo especial de figura moral y un requisito de "pureza", deberían ser exigidos indistintamente a cada militante del partido, el que quedaría reducido a una élite distinta y superior al resto de los elementos sociales que componen la clase obrera. Por su parte, el error fatalista y de la pasividad conduciría, si bien no a negar la función y la utilidad del partido, al menos a apoyarlo sin más en la clase proletaria entendida en el sentido económico, estadístico. Por tanto, hay que reafirmar las conclusiones señaladas en la tesis que precede sobre la naturaleza del partido, condenando tanto el concepto obrerista como el de la élite de carácter intelectual y moral: ambos están alejados del marxismo y destinados a encontrarse en la vía del oportunismo.

Al resolver la cuestión general de la táctica en el mismo terreno que el de la naturaleza del partido, hay que distinguir la solución marxista sea del alejamiento doctrinario de la realidad de la lucha de clases, que se contenta con elucubraciones abstractas y descarta la actividad concreta, sea del estetismo sentimental que querría determinar situaciones nuevas y movimientos históricos con gestos clamorosos y actitudes heroicas de exiguas minorías, sea del oportunismo que olvida el nexo con los principios, es decir, con los fines generales del movimiento, y que, teniendo en vista sólo el éxito inmediato y aparente de las acciones, se contenta con agitarse por reivindicaciones limitadas y aisladas, sin preocuparse si contradicen las necesidades de la

preparación de las conquistas supremas de la clase obrera. El error de la política anarquista adolece, al mismo tiempo, de esterilidad doctrinaria, por ser incapaz de comprender las etapas dialécticas de la evolución histórica real, y de ilusión voluntarista, por ilusionarse con poder anticipar los procesos sociales gracias a la eficacia del ejemplo y del sacrificio de uno o de pocos. El error de la política socialdemócrata se remonta teóricamente tanto a una falsa concepción fatalista del marxismo, según la cual la revolución maduraría lentamente y por su cuenta, sin una intervención insurreccional de la voluntad proletaria, como a un pragmatismo voluntarista que, al no saber renunciar a resultados inmediatos de su iniciativa e intervención cotidiana, se contenta con luchar por objetivos que interesan sólo aparentemente a grupos del proletariado, pero cuyo logro satisface al juego conservador de la clase dominante en vez de servir a la preparación de la victoria del proletariado: reformas, concesiones, ventajas parciales económicas y políticas obtenidas de la patronal y del Estado burgués.

La introducción artificial en el movimiento clasista de preceptos teóricos de la "moderna" filosofía voluntarista y pragmática con bases idealistas (Bergson, Gentile, Croce) no hace más que preparar la afirmación oportunista de nuevas fases reformistas, y no puede ser admitida como reacción al reformismo con el pretexto de que éste muestra ciertas simpatías aparentes con el positivismo burgués.

La actividad de partido no puede ni debe limitarse sólo a la conservación de la pureza de los principios teóricos y de la pureza del complejo organizativo, o bien sólo al logro a toda costa de éxitos inmediatos y de popularidad numérica. Ella debe englobar siempre y en todas las situaciones los tres puntos siguientes:

a) la defensa y precisión, en relación con los nuevos grupos de hechos que se presentan, de los *postulados programáticos fundamentales*, o sea, de la conciencia teórica del movimiento de la clase obrera;

b) el aseguramiento de la continuidad del complejo organizativo del partido y de su eficiencia, y su defensa contra las infecciones de influencias extrañas y opuestas al interés revolucionario del proletariado;

c) la participación activa en todas las luchas de la clase obrera, incluso en las suscitadas por intereses parciales y limitados, para alentar su desarrollo, pero aportándoles constantemente el factor del enlace con los objetivos revolucionarios finales y presentando las conquistas de la lucha de clase como vías de acceso a las indispensables luchas futuras, denunciando el peligro de acomodarse con las realizaciones parciales, consideradas como puntos de arribo, y de sacrificarles las condiciones de la actividad y combatividad clasista del proletariado, tales como la autonomía e independencia de su ideología y de sus organizaciones, en el primer rango de las cuales está el partido.

El objetivo supremo de esta compleja actividad del Partido es preparar las condiciones *subjetivas* de la preparación del proletariado para ponerlo en condiciones de aprovechar las posibilidades revolucionarias objetivas que presentará la historia, en cuanto éstas se manifiesten, de manera que salga vencedor de la lucha, y no vencido.

Hay que partir de todo esto para responder a las preguntas acerca de las relaciones entre el partido y las masas proletarias, y entre el partido y los otros partidos políticos, así como entre el proletariado y las otras clases sociales. Debe considerarse errónea la formulación táctica que dice: todo verdadero partido comunista debe poder ser *en toda situación* un partido de masas, o sea, tener una organización muy numerosa y una influencia política muy amplia sobre el proletariado, por lo menos como para superar la de los otros partidos supuestamente obreros. Esta formulación es una caricatura de la tesis de Lenin, el cual en 1921 establecía una consigna práctica y contingente muy justa: para la conquista del poder no bastaba con haber formado "verdaderos" partidos comunistas y lanzarlos a la ofensiva insurreccional, sino que era necesario contar con partidos numéricamente potentes y con una influencia predominante sobre el proletariado. Dicha fórmula equivale a la afirmación de que, en el período que precede a la conquista del poder y en el cual se avanza hacia esta última, el partido debe tener consigo a las masas, debe ante todo conquistar a las masas. En dicha fórmula, en cierto modo es sólo peligrosa la expresión de *mayoría* de las masas, porque a los leninistas "literales" los expone y los ha expuesto al peligro de caer en interpretaciones teóricas y tácticas socialdemócratas, y, al no precisar dónde debe medirse la mayoría, si en los partidos, en los sindicatos, o en otros órganos, a pesar de expresar un concepto muy justo y de obviar el peligro práctico de emprender acciones "desesperadas" con fuerzas insuficientes y en momentos inmaduros, de paso al otro peligro, el de desviar la acción cuando ésta, en cambio, es posible y necesaria, si se la afronta con decisión e iniciativa verdaderamente "leninista". Pero esta fórmula, según la cual el partido debe tener consigo a las masas en la víspera de la lucha por el poder, ha sido estúpidamente interpretada por losseudoleninistas actuales que la han convertido en una fórmula por excelencia oportunista, al afirmar que "en toda situación" el partido debe ser un partido de masas. Hay situaciones que, como consecuencia de las relaciones de fuerza, son objetivamente desfavorables para la revolución (aunque puedan estarle menos alejadas que otras en el tiempo, ya que la evolución histórica -tal como lo enseña el marxismo- presenta velocidades muy distintas) en las que el querer ser a toda costa partidos de masas y de mayoría, el querer tener a toda costa una influencia política predominante, no se puede alcanzar más que renunciando a los principios y a los métodos comunistas, y haciendo una política socialdemócrata y pequeño-burguesa. Hay que decir bien alto que, en ciertas situaciones, pasadas, presentes y futuras, el proletariado ha estado, está y estará en su mayoría, necesariamente, sobre una posición no revolucionaria, de inercia y colaboración con el enemigo según los casos; pero que, a pesar de todo, el proletariado continúa siendo siempre y por doquier la clase potencialmente revolucionaria y depositaria del desquite de la revolución, mientras exista en su seno el partido comunista que, sin renunciar jamás a todas las posibilidades de afirmarse y manifestarse de manera coherente, sabe evitar las vías que aparecen más fáciles a los efectos de una popularidad inmediata, pero que lo desviarían de su tarea y privarían al proletariado del punto de apoyo indispensable de su reanudación. Sobre dicho terreno dialéctico y marxista, y jamás sobre el terreno estético y sentimental, debe rechazarse la bestial expresión oportunista de que un partido comunista es libre de adoptar todos los medios y todos los métodos. Al afirmar que el partido, precisamente por ser verdaderamente comunista, es decir, sano en los principios y en la organización, se puede permitir todas las a

crobasias en la maniobra política, se olvida que el partido es para nosotros, al mismo tiempo, factor y producto del desarrollo histórico, y que frente a las fuerzas de este último el proletariado se comporta como una materia más plástica aún. Lo que tendrá influencia sobre el proletariado no serán las explicaciones tortuosas que los jefes del partido presentarían para justificar ciertas "maniobras", sino los efectos reales que es necesario saber prever, utilizando sobre todo la experiencia de los errores pasados. Sólo si se sabe actuar en el campo de la táctica y rechazar enérgicamente las falsas vías con normas de acción precisas y respetadas, el partido podrá preservarse de las degeneraciones, lo que jamás logrará solamente con credos teóricos y sanciones organizativas.

Otro error en la cuestión general de la táctica, que con toda claridad lleva nuevamente a la clásica posición oportunista refutada por Marx y Lenin, es aquella que sostiene que el partido, al saber que las condiciones de la revolución maduran solamente a través de una evolución de las formas políticas y sociales, y aun que represente en el momento oportuno el factor de la revolución proletaria total y final, deba escoger entre las fuerzas en contienda, cuando tengan lugar luchas de clase y de partidos que no sean todavía las que correspondan a su terreno específico, aquella que represente el desarrollo de la situación en un sentido más favorable para la evolución histórica general, y deba apoyarla y coaligarse más o menos abiertamente con ella.

Ante todo, falta el presupuesto de semejante política, por que el esquema típico de una evolución social y política que esté precisada en todos sus detalles, y que equivalga a la mejor preparación del advenimiento final del comunismo, es un concepto que sólo los oportunistas han querido atribuir al marxismo y es el fundamento de la difamación por parte de los Kautsky de la revolución rusa y del movimiento comunista actual. Ni siquiera se puede establecer como tesis general que las condiciones más propicias para el trabajo fecundo del partido comunista se encuentren en ciertos tipos de régimen burgués, por ejemplo, en los más democráticos. Si es verdad que las medidas reaccionarias y de "derecha" de los gobiernos burqueses han detenido muchas veces al proletariado, no es, menos cierto, y ha sucedido con mucha más frecuencia, que la política liberal y de izquierda de los gobiernos burgueses ha atenuado muchas veces la lucha de clases y ha desviado a la clase obrera de acciones decisivas. Una valoración más exacta y verdaderamente conforme a la ruptura del marxismo con la seducción democrática, evolucionista y progresista, muestra que la burguesía intenta y a menudo logra alternar periódicamente sus métodos y partidos de gobierno según su interés contrarrevolucionario, mientras que toda nuestra experiencia nos demuestra cómo el triunfo del oportunismo ha pasado siempre a través del apasionamiento del proletariado por las vicisitudes sucesivas de la política burguesa.

En segundo lugar, incluso si fuese cierto que ciertas transformaciones a nivel de gobierno en el régimen actual facilitan el desarrollo ulterior de la acción del proletariado, la experiencia muestra con evidencia que esto presupone una condición expresa: la existencia de un partido que haya advertido a tiempo a las masas de la desilusión que seguiría a lo que le era presentado como un éxito inmediato; y no solo presupone la simple existencia del partido, sino también su capacidad para actuar, incluso antes de la lucha a la que aquí nos referimos, con una au

tonomía que salte a los ojos del proletariado, el que lo sigue según su actitud concreta y no solo según los esquemas que le fuese cómodo adoptar oficialmente. Por lo tanto, el partido comunista, en presencia de luchas que no pueden desarrollarse aún como la lucha definitiva por la victoria proletaria, no será el gerente de transformaciones y realizaciones que no interesan directamente a la clase que representa, y no renunciará a su carácter y a su actitud autónoma para participar en una especie de sociedad de seguros para todos los movimientos políticos supuestamente "renovadores", o para todos los sistemas y gobiernos políticos amenazados por un por un pretendido "gobierno peor".

A menudo, se avanza falsamente contra las exigencias de esta línea de acción la fórmula de Marx según la cual "los comunistas apoyan todo movimiento dirigido contra las condiciones sociales existentes", así como la doctrina de Lenin contra "la enfermedad infantil del comunismo". La especulación intentada en torno a estas enunciaciones dentro de nuestro movimiento no difiere en su naturaleza íntima de la especulación análoga y continua por parte de los revisionistas y los centristas a la Bernstein o Nenni que, en nombre de Marx y Lenin, han pretendido burlarse de los revolucionarios marxistas.

Ante todo, hay que observar acerca de estas enunciaciones, que ellas tienen un valor histórico contingente, pues se refieren, por parte de Marx, a la Alemania aún no burquesa; y, en cuanto a la experiencia bolchevique ilustrada por Lenin en su libro, a la Rusia zarista. Estas bases no son las únicas sobre las cuales se deba fundar la resolución de la cuestión táctica en las condiciones clásicas: proletariado en lucha con una burguesía capitalista plenamente delineada. En segundo lugar, hay que observar que el apoyo del que habla Marx y los "compromisos" de los que habla Lenin (término preferido por Lenin sobre todo por "coquetería" de ese magnífico dialéctico marxista que es el campeón de la verdad y no formal intransigencia, tensa y dirigida hacia una meta inmutable), son apoyos y compromisos con movimientos aún constreñidos a abrirse camino mediante la insurrección contra las formas pasadas, incluso contra las ideologías y la voluntad eventual de sus dirigentes; y la intervención del partido comunista se presenta como una intervención en el terreno de la guerra civil: así formula Lenin, la cuestión de los campesinos y de las nacionalidades, el episodio de Kornilov y tantos otros casos. Pero, aun al margen de estas dos observaciones sustanciales, el sentido de la crítica que Lenin hace del infantilismo, y el de todos los textos marxistas sobre la agilidad de la política revolucionaria, no está de ningún modo en contradicción con la barrera que los mismos elevan voluntariamente contra el oportunismo, el que es definido, por Engels y después por Lenin, como la "ausencia de principios", o sea, como el olvido del objetivo final.

El construir la táctica comunista según un método no dialéctico, sino formalista, sería estar en contra de Marx y Lenin. Sería un error garrafal afirmar que los medios deben corresponder a los fines no en virtud de su sucesión histórica y dialéctica en el proceso del desarrollo, sino según la semejanza y analogía que los medios y los fines pueden tener desde el punto de vista inmediato y casi diremos ético, psicológico o estético. En materia de táctica, no debe cometerse el error que anarquistas y reformistas cometen en materia de principios, cuando a éstos les parece absurdo que la supresión de las clases y del poder estatal haya que prepararla a través del predominio de la clase y del estado dicta

torial proletario, y que la abolición de toda violencia social se realice a través del empleo de la violencia ofensiva y defensiva, violencia revolucionaria con respecto al poder actual y conservadora con respecto al poder proletario. Análogamente, se equivocaría quien afirmase que un partido revolucionario deba estar en todo momento por la lucha sin tener en cuenta las fuerzas de amigos y enemigos; que en una huelga, por ejemplo, el comunista no pueda propugnar más que su continuación a ultranza; que un comunista deba rechazar ciertos medios como el disimulo, la astucia, el espioje, etc., porque carecen de nobleza y son poco simpáticos. La crítica marxista y de Lenin contra el seudorrevolucionarismo superficial que apesta el camino del proletariado constituye el esfuerzo por eliminar esos criterios estúpidos y sentimentales de la resolución de los problemas tácticos. Esta crítica forma parte de manera definitiva de la experiencia del movimiento comunista.

Un ejemplo de los errores de deducción táctica que según esta crítica hay que evitar es aquel para el cual, dado que nosotros realizamos la escisión política de los comunistas para con los oportunistas, debemos sostener también la escisión en los sindicatos dirigidos por los amarillos. Sólo en razón de un engaño polémico organizado se continúa afirmando desde hace tiempo que la izquierda italiana habría basado sus conclusiones en argumentaciones como aquella según la cual sería indecoroso aproximarse a las personas de los jefes de los partidos oportunistas, y en otras semejantes.

Pero aquella crítica al infantilismo no significa que en materia de táctica deban reinar la indeterminación, el caos y la arbitrariedad, y que "todos los medios" sean adecuados para alcanzar nuestros objetivos. Decir que la garantía de la adecuación de los medios a los fines reside en la naturaleza revolucionaria adquirida por el partido y en la contribución que a sus decisiones aportan hombres insignes o grupos que tienen tras de sí una brillante tradición, es un juego de palabras no marxista, por cuanto prescinde de la repercusión que tienen sobre el partido los medios de acción mismos que éste emplea, por el juego dialéctico de causas y efectos, y porque prescinde de nuestra negación de todo valor a las "intenciones" que dictan las iniciativas de individuos y grupos; por otra parte, jamás se puede prescindir de la "sospecha" (en un sentido no injurioso) acerca de dichas intenciones, tal como lo muestran las sangrientas experiencias del pasado.

En su libro sobre el infantilismo, Lenin dice que los medios tácticos deben ser escogidos en función de la realización del objetivo final revolucionario, gracias a una clara visión histórica de la lucha del proletariado y de su desenlace, y que sería absurdo descartar un cierto medio táctico sólo porque parezca "feo" o merezca la definición de "compromiso"; por el contrario, hay que establecer si ese medio responde o no al fin. Este es un problema siempre actual y seguirá siendo actual como tarea formidable para la actividad colectiva del partido y de la Internacional Comunista. Respecto al problema de los principios teóricos podemos decir que Marx y Lenin nos han legado una herencia segura, sin querer decir con esto que haya terminado toda tarea de nuevas investigaciones teóricas para el comunismo; sin embargo, no puede decirse lo mismo en el campo táctico, ni siquiera después de la revolución rusa y de la experiencia de los primeros años de vida de la nueva Internacional, la cual ha estado privada prematuramente de Lenin. El problema de la táctica, mucho más amplio que las respuestas simplistas y sentimentales de los "infantiles" de

de ser aún mejor iluminado con la contribución de todo el movimiento comunista internacional, y de toda su experiencia pasada y reciente. No se está en contra de Marx y Lenin cuando se afirma que para la resolución de ese problema se deben buscar reglas de acción, que no son vitales y fundamentales como los principios, pero que deben ser obligatorias tanto para los militantes como para los órganos dirigentes del movimiento, y que contemplen las diferentes posibilidades de desarrollo de las situaciones, para trazar con toda la precisión posible el sentido en que deberá moverse el partido cuando éstas presenten determinados aspectos. El examen y la comprensión de las situaciones deben ser elementos necesarios para adaptar las decisiones tácticas, pero no en cuanto puedan conducir, según la arbitrariedad de los jefes, a "improvisaciones" y "sorpresas", sino en cuanto indicarán al movimiento que ha llegado la hora de una acción lo más prevista posible. De lo que se trata es de prever lo que deberemos hacer en las distintas hipótesis posibles en el curso de las situaciones objetivas, y no de prever las situaciones, lo que todavía es menos posible con seguridad. Negar la posibilidad de prever las grandes líneas de la táctica significa negar la tarea del partido y negar la única garantía que podemos dar de que, en cada eventualidad, sus militantes y las masas responderán a las órdenes del centro dirigente. En ese sentido, el partido no es un ejército, ni tampoco un engranaje estatal, o sea, un órgano en el cual la parte de la autoridad jerárquica es preponderante y la de la adhesión voluntaria nula; es obvio que para el miembro del partido queda siempre una vía para no ejecutar las órdenes, contra lo cual no existen sanciones materiales: el abandono del partido mismo. La buena táctica es aquella que, con el desarrollo de las situaciones, cuando el centro dirigente no tiene tiempo de consultar al partido, y menos aún a las masas, ella no provoca en el seno del partido mismo ni en el del proletariado repercusiones inesperadas y que puedan ir en un sentido opuesto al éxito de la campaña revolucionaria. El arte de la táctica revolucionaria es el de prever cómo reaccionará el partido a las órdenes y cuáles son las órdenes que obtendrán la buena reacción: ese arte sólo puede ser confiado a la utilización colectiva de las experiencias de acción del pasado, resumidas en claras reglas de acción. Al dejar la ejecución de las mismas a los dirigentes, los militantes se aseguran de que éstos no traicionarán su mandato, y se comprometen sustancialmente, y no en apariencia, a ejecutar de manera fecunda y decidida las órdenes del movimiento. No dudamos en decir que, al ser el partido mismo algo perfectible y no perfecto, mucho debe ser sacrificado a la claridad, a la capacidad de persuasión de las normas tácticas, aunque esto comporte cierta esquematización. Cuando las situaciones destruyan los esquemas tácticos preparados por nosotros, nada se solucionará cayendo en el oportunismo y en el eclecticismo, sino que se deberá hacer un nuevo esfuerzo para adecuar la línea táctica a las tareas del partido. No es sólo el buen partido el que da la buena táctica, sino que es la buena táctica la que da el buen partido, y la buena táctica tiene que ser comprendida y elegida por todos en sus líneas fundamentales.

Nosotros negamos sustancialmente que, con la exigencia de un acatamiento puro y simple a un hombre, a un comité, o a un único partido de la Internacional y a su tradicional aparato dirigente, sea lícito sofocar el esfuerzo y el trabajo colectivo del partido para definir las normas de la táctica.

La acción del partido asume un aspecto de *estrategia* en los momentos culminantes de la lucha por el poder, en los cuales

dicha acción asume un carácter esencialmente militar. En las situaciones precedentes, la acción del partido no se reduce, sin embargo, a la función puramente ideológica, propagandística y organizativa, sino que consiste, como se ha dicho, en participar y actuar en cada una de las luchas suscitadas en el proletariado. Por consiguiente, el sistema de las normas tácticas debe ser edificado precisamente con el fin de establecer a qué condiciones la intervención del partido y su actividad en dichos movimientos, su *agitación* al calor de las luchas proletarias, se coordinan con el objetivo revolucionario final y garantizan simultáneamente el progreso útil de la preparación ideológica, organizativa y táctica.

En los puntos siguientes se aclarará, en relación con los diferentes problemas, cómo se presenta esta elaboración de cada una de las normas de acción comunista en el actual estadio de desarrollo del movimiento revolucionario.

II. Cuestiones internacionales

1. La constitución de la III Internacional

Con la constitución de la Internacional Comunista, la crisis de la II Internacional, determinada por la guerra mundial, ha tenido una solución completa y definitiva desde el punto de vista de la restauración de la doctrina revolucionaria, mientras que, desde el punto de vista organizativo y táctico, la formación del Comintern constituye una gran conquista histórica, pero no ha dado a la crisis del movimiento proletario una solución igualmente completa.

El factor fundamental para la formación de la nueva Internacional ha sido la revolución rusa, primera victoria gloriosa del proletariado mundial. Respecto a los problemas tácticos, y debido a las condiciones sociales de Rusia, la revolución rusa no ha dado el tipo histórico general para las revoluciones de los otros países. En dicho país, en el paso que va del poder feudal autocrático a la dictadura proletaria, no existió una época de dominio político de la clase burguesa con su aparato estatal exclusivo y estable.

Precisamente por esto, la confirmación histórica de la concepción del programa marxista ha tenido en la revolución rusa su alcance más grandioso, y ha servido poderosamente para derrotar al revisionismo socialdemócrata en el terreno de los principios. Pero en el terreno organizativo, la lucha contra la Segunda Internacional, parte integrante de la lucha contra el capitalismo mundial, no ha tenido un éxito igualmente decisivo, y han sido cometidos múltiples errores por los cuales los partidos comunistas no han alcanzado la eficiencia que las condiciones objetivas les hubieran permitido.

Otro tanto debe decirse en el terreno táctico, en el cual han sido resueltos y se resuelven hoy insuficientemente muchos problemas propios del tablero en el que figuran la burguesía, el

Estado burgués parlamentario moderno con un aparato históricamente estable y el proletariado; y no siempre los partidos comunistas han obtenido cuanto era posible a los efectos del avance del proletariado contra el capitalismo y de la liquidación de los partidos socialdemócratas, órganos políticos de la contrarrevolución burguesa.

2. La situación económica y política mundial

La situación internacional aparece hoy menos favorable al proletariado que en los primeros años de la posguerra. Desde el punto de vista económico se asiste a una estabilización parcial del capitalismo; no obstante, hay que entender por estabilización la simple calma de las perturbaciones de algunas partes de la estructura económica, y no un estado de cosas que excluya el posible -e incluso muy cercano- retorno de nuevas perturbaciones.

La crisis del capitalismo permanece abierta y su agravamiento definitivo es inevitable. En el terreno político se asiste a un debilitamiento del movimiento obrero revolucionario en casi todos los países más avanzados, contrarrestado felizmente, sin embargo, por la consolidación de la Rusia soviética, y por la acción de las poblaciones de los países coloniales contra las potencias capitalistas.

Tal situación presenta el peligro de que, siguiendo con el método erróneo del situacionismo, se perfila una tendencia, aunque apenas esbozada, hacia un menchevismo en la valoración de los problemas de la acción proletaria. En segundo lugar, existe el peligro de que, al disminuir el peso de la acción genuinamente clasista, en la política general del Comintern falten las condiciones preconizadas por Lenin para la correcta aplicación de la táctica en la cuestión nacional y campesina.

A la ofensiva proletaria de la posguerra le siguió una ofensiva patronal contra las posiciones proletarias, a la que el Comintern respondió con la consigna del frente único. A continuación se planteó el problema del advenimiento de situaciones democráticas pacifistas en varios países, denunciado justamente por el camarada Trotsky como un peligro de degeneración para nuestro movimiento. Hay que evitar la interpretación de las situaciones que presentan como una cuestión vital para el proletariado la lucha entre dos fracciones de la burguesía, la de derecha y la de izquierda, que se ha querido identificar demasiado esquemáticamente como expresiones de grupos sociales distintos.

La justa interpretación a dar es que la clase dominante posee diferentes métodos de gobierno y de defensa sustancialmente reducibles a dos: el reaccionario y fascista, y el liberal democrático.

Partiendo del análisis económico, las tesis de Lenin prueban que las capas más modernas de la burguesía tienden no solo a unificar el mecanismo productivo, sino también a defenderlo políticamente recurriendo a los métodos más enérgicos.

Por tanto, no es exacto afirmar en general que la vía para el paso al comunismo debe atravesar un estadio de gobierno burgués de izquierda. En los casos particulares en los que esto ocurriese, la condición de la victoria proletaria estaría en el em-

pleo de una táctica con la que el partido se levantase contra las ilusiones acerca del advenimiento del gobierno de izquierda, no a tenuando su oposición a las formas políticas correspondientes, ni siquiera en el período de reacción.

3. El método de trabajo de la Internacional

Una de las tareas más importantes de la Internacional Comunista ha sido la de liquidar la desconfianza del proletariado por la acción política, derivada de las degeneraciones parlamentarias del oportunismo.

El marxismo no habla de política como del arte común o de la técnica que consiste en las astucias de la intriga parlamentaria o diplomática, y que cada partido adoptaría para sus fines especiales. Anticipando formas superiores de relaciones para culminar en el arte de la insurrección revolucionaria, la política proletaria se contrapone al método de la política burguesa. Esta oposición, de la que se omite aquí una exposición teórica más amplia, es una condición vital para la fructuosa ligazón entre el proletariado revolucionario y su estado mayor comunista, o para la buena selección del personal de este último.

La práctica del trabajo de la Internacional está contradiciendo esta necesidad revolucionaria. Muchas veces, en las relaciones entre los órganos del movimiento comunista prevalece la política que tiene dos aspectos: una subordinación de las motivaciones teóricas a los movimientos ocasionales; y un sistema de negociaciones y pactos entre personas que, al no llegar a traducir felizmente las relaciones de los partidos y de las masas, ha conducido a graves desilusiones.

Demasiado fácilmente, en las grandes y fundamentales decisiones de la Internacional entra el elemento de la improvisación, de la sorpresa y del cambio de escena, desorientando a los camaradas y proletarios.

Por ejemplo, todo esto sucede en la mayor parte de las cuestiones internas de los partidos, que los órganos y congresos internacionales resuelven con sucesivas y penosas sistematizaciones que se hacen aceptar a los varios grupos dirigentes, pero que no se introducen útilmente en el devenir real de los partidos.

4. Cuestiones organizativas

En la fundación del Comintern tuvo mucho peso la consideración de la urgencia de una vasta concentración de fuerzas revolucionarias, previéndose entonces un desarrollo mucho más rápido de las situaciones objetivas. Sin embargo, se ha podido constatar que hubiera sido más conveniente proceder con mayor rigor en los criterios de organización. A los efectos de la formación de los partidos o de la conquista de las masas, los resultados no han sido favorecidos por las concesiones a grupos sindicalistas o anarquistas, ni por pequeñas transacciones admitidas sobre las 21 condiciones con los centristas, ni por las fusiones orgánicas con partidos y fracciones de partidos obtenidas con el "noyautage" po

lítico, ni por tolerar la doble organización comunista en ciertos países con los partidos simpatizantes. La consigna de la organización de los partidos sobre la base de las células, lanzada después del V Congreso, no logra su objetivo que era el de eliminar los defectos unánimemente constatados en las secciones de la Internacional.

Por su generalización, y sobre todo con la interpretación que le ha dado la Central italiana, dicha consigna se presta a graves errores y a una desviación tanto del postulado marxista según el cual la revolución no es una cuestión de formas de organización, como de la tesis leninista según la cual una solución orgánica jamás puede ser válida para todo tiempo y lugar.

Respecto a los partidos que actúan en la época presente y en los países burgueses con un régimen parlamentario estable, el tipo de organización por células resulta menos adecuado que el de base territorial. Por lo demás, es un error teórico afirmar que el partido con base territorial es un partido socialdemócrata, en tanto que el partido basado en células es un verdadero partido comunista. En la práctica, el segundo tipo permite desarrollar menos fácilmente la tarea unificadora del partido entre los grupos proletarios de categoría e industria, tarea tanto más importante cuanto más desfavorable es la situación y más reducidas las posibilidades de organización proletaria. Diversos inconvenientes prácticos acompañan a la organización por células, considerada como base exclusiva del partido. En cambio, en la Rusia zarista las cosas se presentaban de otro modo, por las diferentes relaciones existentes entre la patronal industrial y el Estado, mientras que el peligro corporativo era menos grave porque la cuestión central del poder se planteaba de manera inminente.

Al tener en todos sus nudos superiores una red de elementos no obreros o ex-obreros que constituyen el aparato de los funcionarios, el sistema de las células no aumenta la influencia de los obreros en el partido. En relación con los defectos del método de trabajo de la Internacional, la consigna de la bolchevización, en los aspectos organizativos, corresponde a una aplicación pedestre e inadecuada de la experiencia rusa y tiende ya en muchos países a un sistema de inmovilización, aunque involuntaria, de las iniciativas espontáneas y de las energías proletarias y clasistas por parte de un aparato cuya selección y función se desenvuelven con criterios en gran parte artificiales.

Conservar en el partido la organización de base territorial no significa renunciar a tener órganos del partido en las fábricas: éstos deben ser los grupos comunistas ligados al partido y dirigidos por éste, e insertados en el encuadramiento sindical del partido. Este sistema resuelve mucho mejor el contacto con las masas y mantiene menos visible la organización fundamental del partido.

5. Disciplina y fracciones

Otro aspecto de la consigna de la bolchevización es el de considerar como garantía segura de la eficiencia del partido a una completa centralización disciplinaria y a la severa prohibición del fraccionismo.

La última instancia para todas las cuestiones controvertidas es el órgano central internacional, en el cual se atribuye -si bien no jerárquicamente, al menos políticamente- una hegemonía a al Partido Comunista Ruso.

En realidad, esta garantía no existe, y todo el planteamiento del problema es inadecuado. De hecho, no se ha evitado el encrudecimiento del fraccionismo en la Internacional, sino que, por el contrario, se lo ha estimulado bajo formas disimuladas e hipócritas. Por otra parte, desde el punto de vista histórico, la superación de las fracciones en el partido ruso no ha sido un expediente ni una receta de efectos mágicos aplicada en el terreno estatutario, sino que ha sido el resultado y la expresión de un feliz planteamiento de los problemas de doctrina y de acción política.

Las sanciones disciplinarias son uno de los elementos que garantizan contra las degeneraciones, pero a condición de que su aplicación quede en los límites de los casos excepcionales, y no se vuelva la norma y casi el ideal de funcionamiento del partido.

La solución no está en una exasperación en vacío del autoritarismo jerárquico, a la cual le falta la investidura inicial, sea porque las experiencias históricas rusas, aunque grandiosas, son incompletas, sea porque, de hecho, en la vieja guardia misma, custodia de las tradiciones bolcheviques, surgen desacuerdos cuya solución no puede ser considerada a priori como la mejor. Del mismo modo, tampoco lo está en una aplicación sistemática de los principios de la democracia formal, que en el marxismo no tiene otro lugar que el de una práctica organizativa que puede ser cómoda.

Los partidos comunistas deben realizar un centralismo orgánico que, con el máximo compatible de consultas de la base, asegure la eliminación espontánea de toda agrupación que tienda a diferenciarse. Esto no se obtiene con prescripciones jerárquicas formales y mecánicas; sino, tal como lo dice Lenin, con la justa política revolucionaria.

Un aspecto fundamental de la evolución del partido no es la represión del fraccionismo, sino la prevención del mismo.

Es absurdo y estéril, y además muy peligroso, pretender que el partido y la Internacional estén asegurados misteriosamente contra toda recaída o tendencia a la recaída en el oportunismo. Estos efectos pueden depender tanto de cambios de la situación como del juego de los restos de las tradiciones socialdemócratas. En la resolución de nuestros problemas, se debe admitir, entonces, que toda diferencia de opinión que no pueda reducirse a casos de conciencia o derrotismo personal puede desarrollarse útilmente para preservar de graves peligros al partido y al proletariado en general.

Si estos peligros se acentuasen, la diferenciación asumiría inevitablemente, pero útilmente, la forma del fraccionismo; esto podría conducir a escisiones, no por el infantil motivo de una falta de energía represiva por parte de los dirigentes, pero sólo en el caso que se verificase la maldita hipótesis del fracaso del partido y de su sometimiento a influencias contrarrevolucionarias.

Un ejemplo del falso método se reconoce en las soluciones artificiosas de la situación del partido alemán después de la crisis oportunista de 1923. Sin llegar, por otra parte, a eliminar el fraccionismo, se ha obstaculizado así, en las filas de un pro-

letariado tan avanzado como el alemán, la determinación espontánea de la justa reacción clasista y revolucionaria contra la degeneración del partido.

El peligro de la influencia burguesa sobre el partido de clase no se presenta históricamente a través de la organización de fracciones, sino, más bien, a través de una penetración astuta que agita una demagogia unitaria y que opera como una dictadura desde lo alto, inmovilizadora de las iniciativas de la vanguardia proletaria.

No se logra individualizar y eliminar semejante factor derrotista planteando la cuestión de la disciplina contra las tentativas de fracción, sino consiguiendo orientar al partido y al proletariado contra esa insidia en el momento en que toma el aspecto no solo de una revisión doctrinal, sino también de una propuesta positiva a favor de una importante maniobra política de efectos anticlasistas.

Uno de los aspectos negativos de la llamada bolchevización consiste en sustituir la elaboración política completa y consciente en el seno del partido, que corresponde a un progreso efectivo hacia el centralismo más compacto, por una agitación exterior y clamorosa de las fórmulas mecánicas de la unidad por la unidad y de la disciplina por la disciplina.

Los resultados de este método perjudican al partido y al proletariado, y retrasan el logro del "verdadero" partido comunista. Este método, aplicado en muchas secciones de la Internacional, es de por sí un grave síntoma de un oportunismo latente. En la situación actual, en el Comintern no se delinea la constitución de una oposición internacional de izquierda; pero, si continuase el desarrollo de los factores desfavorables mencionados, la formación de una oposición tal será, al mismo tiempo, una necesidad revolucionaria y un reflejo espontáneo de la situación.

6. Cuestiones de la táctica hasta el V Congreso

En la resolución de los problemas tácticos planteados por las situaciones mencionadas anteriormente en el campo internacional, se han cometido errores análogos, en general, a los errores organizativos, y resultan de la pretensión de deducir todo de los problemas planteados en el pasado al Partido Comunista Ruso.

La táctica del frente único no debe ser entendida como una coalición política con otros partidos llamados obreros, sino como una utilización de las reivindicaciones inmediatas suscitadas por las situaciones, con el fin de extender la influencia del partido comunista sobre las masas sin comprometer su posición autónoma.

Por lo tanto, debe elegirse como base del frente único a organismos proletarios en los cuales los trabajadores entran por su posición social e independientemente de su fe política y de su encuadramiento en las filas de un partido organizado. Y, esto, con el doble objetivo de no excluir la crítica de los comunistas contra los otros partidos, como tampoco la progresiva organización, en los encuadramientos propios del partido comunista y en sus mismas filas, de nuevos elementos provenientes de esos partidos; y de asegurar la comprensión por parte de las masas de las sucesivas consignas dirigidas por el partido para movilizarlas sobre su

programa y bajo su exclusiva dirección.

La experiencia ha demostrado muchas veces que el único modo de asegurar la aplicación revolucionaria del frente único es rechazando el método de las coaliciones políticas permanentes o transitorias, el de los comités de dirección de la lucha que comprenden a los representantes enviados por los diferentes partidos políticos, e incluso el de las negociaciones, ofrecimientos y cartas abiertas a los otros partidos por parte del partido comunista.

La práctica ha demostrado la esterilidad de este método y ha desacreditado incluso su efecto inicial después del abuso que se ha hecho de él.

Cuando el frente único político toma como base una reivindicación central referente al problema del Estado, se convierte en la táctica del gobierno obrero. Aquí no se trata sólo de una táctica errónea, sino de una contradicción estridente con los principios del comunismo. Si el partido lanza una consigna que significa la toma del poder por parte del proletariado a través de organismos representativos propios del aparato estatal burgués, o incluso que no excluye explícitamente semejante eventualidad, se abandona y desmiente el programa comunista, no solo por las nefastas e inevitables consecuencias que esto tiene sobre la ideología proletaria, sino también en la misma formulación ideológica que el partido enuncia y acredita. La revisión de esta táctica por parte del V Congreso, después de la derrota alemana, no ha sido satisfactoria, y los posteriores desarrollos de las experiencias tácticas justifican las peticiones de que se abandone hasta la consigna misma del gobierno obrero.

Respecto al problema central del Estado, el partido sólo puede dar la consigna de la dictadura del proletariado, pues no existe otro "gobierno obrero".

De la posición referida se pasa solamente al oportunismo, o sea, a favorecer o directamente a participar en gobiernos supuestamente filo-obreros de la clase burguesa.

Todo esto no contradice en absoluto la consigna "todo el poder a los Soviets" y a organismos de tipo soviético (representaciones elegidas por los trabajadores solamente), aun cuando los partidos oportunistas prevalezcan en su seno. Dichos partidos están en contra de la toma del poder por parte de los órganos proletarios, siendo ésta la dictadura proletaria misma que excluye a los no trabajadores de los órganos electivos y del poder, y que sólo el partido comunista podrá ejercer.

No es necesario, ni tampoco se lo propone aquí, formular la consigna de la dictadura proletaria con el único de sus sinónimos posibles, es decir: el "gobierno del partido comunista".

7. Cuestiones de la « nueva táctica »

El frente único y el gobierno obrero eran justificados así: para nuestra victoria no basta con tener partidos comunistas, sino que también es necesario conquistar a las masas; para conquistarlas hay que eliminar la influencia de los socialdemócratas en el terreno de las reivindicaciones comprensibles por todos los trabajadores.

Hoy se da otro paso y se plantea el peligroso problema: para nuestra victoria hay que obtener primero que la burguesía gobierne de un modo más tolerante y flexible, o bien que gobiernen clases intermedias entre la burguesía y el proletariado, de modo de permitir nuestra preparación. Al admitir un posible gobierno original de las clases medias, la segunda concepción cae en pleno en el revisionismo de la doctrina de Marx y equivale a la plataforma contrarrevolucionaria del reformismo.

La primera concepción querría referirse solamente a la utilidad objetiva de condiciones que nos permiten desarrollar mejor la propaganda, la agitación y la organización. Pero de ésta, que no es menos peligrosa que la otra, ya se ha hablado a propósito del análisis de las situaciones.

Todo permite prever que el liberalismo y la democracia burguesa, en antítesis o en síntesis con el método "fascista", se desarrollarán en el sentido de excluir al partido comunista de sus garantías jurídicas, las que ya valen muy poco, como alguien que se excluiría a sí mismo por negarlas en su programa. Esto ni siquiera está en contra de los principios de la democracia burguesa; y, en todo caso, tiene precedentes de hecho en la obra de todos los llamados gobiernos de izquierda: por ejemplo, en el programa del Aventino italiano. La "libertad" dada al proletariado será esencialmente una mayor libertad de acción y de organización en su seno para los agentes contrarrevolucionarios. La única libertad para el proletariado reside en su dictadura.

Ya se ha dicho que en los límites en los que un gobierno de izquierda puede ofrecernos condiciones útiles, éstas podrán ser aprovechadas sólo si el partido ha mantenido continuamente con anterioridad una posición claramente autónoma. Esto no equivale a prever una diabólica habilidad de la burguesía, sino a la certeza, fuera de la cual no se tiene el derecho a llamarse comunista, de que la lucha final pondrá en contra de las conquistas del proletariado al frente único de las fuerzas burguesas, se llamen éstas Hindenburg o Mac Donald, Mussolini o Noske.

Cualquier preparación del proletariado para distinguir en este frente a elementos que, incluso involuntariamente, le serían favorables, será un coeficiente de derrota, aun cuando toda debilidad intrínseca de sectores del frente mismo será un evidente coeficiente de victoria.

Por estas consideraciones, hay que declarar inaceptables los métodos tácticos preconizados en Alemania después de la elección de Hindenburg, donde se ha practicado la alianza electoral con la socialdemocracia y con otros partidos "republicanos", o sea, burgueses; como también la alianza parlamentaria al Landstag prusiano para evitar un gobierno de derecha y la táctica de favorecer el cartel de la izquierda adoptada en Francia en las elecciones administrativas (táctica de Clichy). Incluso como consecuencia imperiosa de las Tesis del II Congreso sobre el parlamentarismo revolucionario, el partido comunista sólo puede descender al terreno electoral y parlamentario con posiciones rigurosamente independientes.

Las recientes manifestaciones tácticas mencionadas más arriba presentan una afinidad histórica de indudable evidencia, aunque no completa, por cierto, con los métodos tradicionales de bloques y de colaboracionismo adoptados en la II Internacional, y que también se pretendía justificar en el terreno del marxismo.

Tales métodos representan un peligro efectivo para el planteamiento ideológico y para la edificación de la Internacional: además, no están autorizados por ninguna deliberación de los congresos internacionales y mucho menos por las tesis tácticas del V Congreso.

8. Cuestión sindical

La Internacional ha cambiado sucesivamente la concepción de las relaciones entre los organismos políticos y económicos a escala mundial. Esto es un ejemplo importante del método que, en lugar de hacer derivar las acciones contingentes de los principios, improvisa nuevas y diversas teorías para justificar acciones sugeridas por sus aparentes comodidades y facilidades de ejecución y de éxito inmediato.

Primero se sostuvo la admisión de los sindicatos en la Internacional Comunista; a continuación, se constituyó una Internacional Sindical Roja afirmando que, mientras el partido comunista debe luchar por la unidad de los sindicatos, la que ofrece el mejor y más amplio contacto con las masas, y no se debe tender a la formación de sindicatos propios escindiendo incluso los dirigidos por los amarillos, en el campo internacional, sin embargo, la oficina de la Internacional de Amsterdam era considerada y tratada no como un organismo de las masas proletarias, sino como un órgano político contrarrevolucionario de la Sociedad de las Naciones.

En un momento determinado, por consideraciones ciertamente importantes, pero limitadas sobre todo a un proyecto de utilización del movimiento sindical inglés de izquierda, se ha preconizado la renuncia a la Internacional Sindical Roja y la unidad organizativa sindical, a escala internacional, con Amsterdam.

Ninguna consideración sobre la mutación de las situaciones puede justificar virajes tan graves, ya que la cuestión de las relaciones entre los organismos políticos y sindicales internacionales es una cuestión de principio, pues se reduce a la de las relaciones entre el partido y la clase para la movilización revolucionaria.

Se puede añadir que ni siquiera las garantías estatutarias internas fueron respetadas, porque dicha decisión se planteó como un hecho consumado ante los órganos internacionales competentes.

El mantenimiento de la consigna de Moscú contra Amsterdam no excluía ni excluye la lucha por la unidad sindical en cada nación, porque la liquidación de las tendencias separatistas en los sindicatos (Alemania e Italia) sólo ha sido posible quitando a los separatistas el argumento de que se impedía al proletariado desvincularse de la influencia de la Internacional de Amsterdam.

Por el contrario, la adhesión aparentemente entusiasta de nuestro partido en Francia a la propuesta de la unidad sindical mundial no obsta a que éste manifieste una incapacidad absoluta para tratar de hecho de manera no escisionista el problema de la unidad sindical nacional.

No obstante, no es de excluir la utilidad de una táctica de frente único a escala mundial con todos los organismos sindicales, incluso con los que adhieren a Amsterdam.

La izquierda del partido italiano ha sostenido y luchado siempre por la unidad proletaria en los sindicatos, actitud que contribuye a diferenciarla claramente de las falsas izquierdas de tipo sindicalista y voluntarista combatidas por Lenin. Además la izquierda representa en Italia la concepción rigurosamente leninista del problema de las relaciones entre los sindicatos y los consejos de fábrica, rechazando sobre la base de la experiencia rusa y de las tesis del II Congreso al respecto la grave desviación de principio que consiste en vaciar de importancia revolucionaria al sindicato basado en las adhesiones voluntarias, para sustituirlo por el concepto utopista y reaccionario de un necesario aparato constitucional que adhiera orgánicamente en toda su extensión al sistema de producción capitalista, error que prácticamente se concreta en la sobrevaloración de los consejos de fábrica y en un efectivo boicot al sindicato.

9. Cuestión agraria

La cuestión agraria está definida fundamentalmente en las tesis que Lenin presentó en el II Congreso de la Internacional. La línea fundamental de Lenin consiste ante todo en la rectificación desde el punto de vista histórico del problema de la producción agrícola en el sistema marxista. En la economía agrícola faltan las premisas de la socialización de las empresas en una época en que ya están maduras en la economía industrial.

Lejos de retrasar la revolución proletaria (sobre cuya base únicamente aquellas premisas se realizarán en forma general), esto hace que el problema de los intereses generales de los campesinos pobres sea insoluble en el marco de la economía industrial y del poder burgués. Esto permite que el proletariado una a su propia lucha la emancipación del campesino pobre de un sistema de explotación por parte de los terratenientes y de la burguesía, aun que esta emancipación no coincida con una transformación general de la economía productiva rural.

En la propiedad que es grande desde el punto de vista jurídico, pero que se compone técnicamente de pequeñísimas empresas productivas, la destrucción de las superestructuras legales se presenta como el reparto de la tierra entre los campesinos. En realidad, esto no es otra cosa que la liberación de una explotación común de las pequeñas empresas que anteriormente estaban ya separadas. Esto no puede hacerse sin romper revolucionariamente las relaciones de propiedad, pero sólo el proletariado de la industria puede ser el protagonista de esta rotura, porque éste no es solamente, a diferencia del campesino, una víctima del sistema de las relaciones burguesas de producción, sino el producto histórico de su madurez para ceder el paso a un sistema de nuevas y diversas relaciones. Por consiguiente, el proletariado encontrará una ayuda preciosa en la insurrección del campesino pobre. Pero en las conclusiones tácticas de Lenin es esencial, en primer lugar, la diferencia fundamental que existe entre las relaciones del proletariado con la clase campesina y las relaciones entre el proletariado con las capas medias reaccionarias de la economía urbana, expresadas -sobre todo- por los partidos socialdemócratas; y, en segundo lugar, el concepto de la preeminencia y hegemonía intangible de la clase obrera en la conducción de la revolución.

En el momento de la conquista del poder, el campesino se presenta como un factor revolucionario; pero bien que su ideología se modifica en la revolución con respecto a las viejas formas de autoridad y legalidad, no se modifica mucho en relación con las relaciones productivas que siguen siendo las tradicionales de la empresa familiar aislada y en competencia con las otras, de modo que el campesino sigue siendo un grave peligro para la construcción de la economía socialista. Sólo un gran desarrollo de la energía productiva y de la técnica agraria podrá suscitar el interés del campesino en esta economía.

Según Lenin, en el terreno táctico y organizativo el proletariado agrícola no ligado a la tierra (jornalero) debe ser considerado y encuadrado en el mismo plano que el resto del proletariado. La alianza con el campesino pobre, que trabaja solo su parte de tierra o un lote insuficiente, se vuelve simplemente neutralización respecto al campesino medio, en el que se superponen los caracteres de víctima de ciertas relaciones capitalistas y de explotador de mano de obra; estos últimos caracteres son preeminentes en el campesino rico, que es un enemigo directo de la revolución.

La Internacional debe evitar los errores de aplicación de la táctica agraria ya delineados, por ejemplo, en el partido francés, tendientes a concebir una revolución original de los campesinos que se coloque al mismo nivel que la de los obreros; o bien, a creer que la movilización revolucionaria de los obreros puede estar determinada por una insurrección nacida en el campo, mientras que la relación exacta es la inversa.

El campesino que se ha vuelto consciente del programa de los comunistas y susceptible de organizarse políticamente debe volverse un miembro del Partido Comunista; sólo así podrá combatir el surgimiento de partidos exclusivamente campesinos, influenciables inevitablemente por la contrarrevolución.

La Krestintern (Internacional de los campesinos) debe englobar las organizaciones campesinas de todos los países, definidas (como lo son los sindicatos proletarios) por la aceptación de las adhesiones de todos los que se encuentran en una posición determinada en relación con sus intereses económicos inmediatos. Aquí también debe ser rechazada la táctica de las negociaciones políticas, del frente único y de la formación de fracciones internas en los partidos campesinos, aunque sea para disgregarlos.

Esta norma táctica no contradice las relaciones establecidas entre los bolcheviques y los "socialistas revolucionarios" en el período de la guerra civil y cuando ya existían las nuevas instituciones representativas del proletariado y de los campesinos.

10. Cuestión nacional

Lenin ha aportado también una clarificación fundamental en la teoría del movimiento de las poblaciones en los países coloniales y en algunos países excepcionalmente atrasados. Incluso antes de que estén maduras las relaciones de la moderna lucha de clase, desarrolladas tanto por los factores económicos como por los introducidos con la expansión del capitalismo, se plantean reivindicaciones que sólo pueden ser realizadas con una lucha insurreccional y con la derrota del imperialismo mundial.

En la época de la lucha por la revolución proletaria en las metrópolis, la realización completa de estas dos condiciones puede desencadenar la lucha en esos países, aunque no asuma localmente los aspectos de un conflicto clasista, sino de raza y de nacionalidad.

Sin embargo, en el planteamiento leninista son fundamentales los conceptos de la dirección de la lucha mundial por parte de los órganos del proletariado revolucionario y el del estímulo (jamás del retardo o de la cancelación) de la lucha de clases en las zonas indígenas, de la constitución y del desarrollo independiente del partido comunista local.

Representa un peligro la extensión de estas apreciaciones a los países en los que el régimen capitalista y el aparato estatal burgués están constituidos desde hace tiempo, puesto que en estas condiciones la cuestión nacional y la ideología patriótica son directamente recursos contrarrevolucionarios que tienden al desarme del proletariado en cuanto clase. Por ejemplo, estas desviaciones se han verificado con las conocidas concesiones de Radek a los nacionalistas alemanes en lucha contra la ocupación de los aliados.

En Checoslovaquia, al estar las dos razas a la misma altura histórica y el ambiente económico común plenamente evolucionado, la consigna de la Internacional debe ser también la cancelación de todo reflejo de dualismo nacional en el campo del proletariado.

Por consiguiente, la elevación de la lucha de las minorías nacionales *en sí misma* a una cuestión de principio es una deformación de la concepción comunista, pues depende de otros criterios muy distintos discernir si tal lucha presenta posibilidades revolucionarias o desarrollos reaccionarios.

11. Cuestiones rusas (1926)

En la Internacional Comunista es indiscutible la importancia de la nueva política económica del estado ruso, tal como resulta sobre todo del discurso de Lenin de 1921 acerca del impuesto en especie y del informe de Trotsky al IV Congreso mundial. Dadas las premisas de la economía rusa y el hecho de que en los otros países la burguesía permanece en el poder, no se podía plantear de otro modo la perspectiva marxista del desarrollo de la revolución mundial y de la construcción de la economía socialista.

Las graves dificultades de la política estatal rusa en relación a las relaciones internas de las fuerzas sociales, a los problemas de la técnica productiva y a las relaciones con el exterior, han dado lugar a sucesivas divergencias en el seno del Partido Comunista Ruso. Hay que deplorar sobre todo que el movimiento comunista internacional no haya tenido la posibilidad de pronunciarse sobre tales divergencias con más fundamento y autoridad.

En la primera discusión con Trotsky, eran indudablemente justas sus consideraciones acerca de la vida interna del partido y de su nuevo curso, como también eran netamente proletarias y revolucionarias en su conjunto sus consideraciones sobre el desenvolvimiento de la política económica del Estado. En la segunda discusión no estaban menos justificadas las consideraciones de

Trotsky acerca de los errores de la Internacional y la demostración de que la mejor tradición bolchevique misma no milita a favor de los criterios que prevalecen en la dirección del Comintern.

Las repercusiones del debate en el seno del partido fueron inadecuadas y artificiales a causa del método notorio de poner en primer plano una intimidación antifraccionista o, lo que es peor, antibonapartista, absolutamente sin fundamento. En cuanto a la muy reciente discusión, hay que advertir ante todo que ésta está centrada en problemas de naturaleza internacional y que el hecho de que sobre la misma se haya pronunciado la mayoría del Partido Comunista Ruso no puede ser alegado como argumento en contra de que la Internacional discuta sobre ella y se pronuncie a su vez, siendo totalmente indiferente que la oposición derrotada renuncie a esa demanda (1).

(1) La primera discusión a la que se hace referencia aquí fue desencadenada por dos cartas de Trotsky al Comité Central, una del 8 de octubre de 1923, la otra -titulada "Nuevo curso"- del 8 de diciembre, pero fue publicada solamente el 28 y 29 de diciembre en la *Pravda*.

Tras haber tomado una posición ambigua en el XII Congreso (17-25 de abril de 1923), donde se abstuvo de plantear las cuestiones candentes que Lenin -imposibilitado por un segundo ataque- le había encargado, Trotsky se refiere en ambas cartas y en primer lugar a la grave crisis económica que golpeaba a la URSS (extensión alarmante del paro, alza de los precios industriales y estancamiento de los precios agrícolas y, por consiguiente, parálisis de los intercambios entre la ciudad y el campo); y, luego, al régimen opresivo que reinaba en el partido y a la persecución contra los opositores, que había asumido proporciones alarmantes.

Antes de esta intervención de Trotsky, una oposición llamada "de los 46" se había formado ya (Preobrajensky, Piatakov, etc.) sobre posiciones paralelas. Al término de una campaña violenta, la dirección del partido los condenó a todos en bloque como "antileninistas", "pequeños burgueses" y "fraccionistas" en la XIII Conferencia (16-18 de enero de 1924).

La segunda discusión tuvo como tela de fondo al desastre alemán de octubre de 1923, cuya responsabilidad la Internacional la hizo recaer sobre la dirección del partido comunista alemán, el que había actuado en ligazón con el Ejecutivo de la Internacional. Esta discusión fue desencadenada por la publicación, en octubre de 1924, de "Las lecciones de Octubre" de Trotsky que prefacio al tercer volumen de su "1917". Al extraer las lecciones de la revolución rusa, Trotsky hacía referencia a las condiciones requeridas para que la organización del partido esté a la altura de su tarea histórica en los períodos en que la situación pone a la orden del día la conquista del poder y la insurrección. Como respuesta, la dirección desató una campaña infame contra el "trotskismo", desenterrando sistemáticamente todas las discusiones pasadas entre Lenin y Trotsky. Ese fue el preludio a la persecución sangrienta ulterior contra la oposición internacionalista en Rusia y al triunfo de la tesis stalinista del "socialismo en un solo país", que tuvo lugar en 1926.

Tal como lo indican aquí las *Tesis de Lyon*, hay que observar que ya con motivo del V Congreso mundial (junio-julio de 1924), y nuevamente al año siguiente, la oposición denominada trotskista, plegándose ante el *diktat* stalinista, según el cual la cuestión era de la competencia exclusiva del PCR, había renunciado a apelar a la Internacional. Lo mismo hizo, por otra parte, la "nueva oposición" de Zinoviev-Kamenev, tras haber planteado en el XIV Congreso del partido ruso (diciembre de 1925) una vigorosa batalla contra la teoría del "socialismo en un solo país", el "embellecimiento" de la NEP y el régimen de opresión y arbitrariedad en el partido. A pesar de eso, en el Ejecutivo Ampliado de febrero-marzo de 1926, la Izquierda italiana pidió nuevamente, sin ser escuchada, que la "cuestión rusa", es decir, la política de las "relaciones entre la lucha revolucionaria del proletariado mundial y la política del Estado ruso y del Partido Comunista de la Unión Soviética", sea incluida en el orden del día de un congreso mundial que debería reunirse al año siguiente, después de una discusión completa del problema en todas las secciones del Comintern.

Como en otros casos, la cuestión de procedimiento y de disciplina sofoca la cuestión esencial. No se trata de una defensa de los derechos violados de una minoría, la cual -al menos en lo que respecta a los jefes- comparte la misma responsabilidad de muchos errores internacionales, sino que se trata de cuestiones vitales del movimiento mundial.

La cuestión rusa debe ser llevada ante la Internacional para su estudio completo. Los términos de su planteamiento deben ser los siguientes. Según Lenin, en la economía rusa actual hay elementos preburgueses, burgueses, de capitalismo de Estado y de socialismo. La gran industria estatal es socialista en la medida en que se refiere a los planteamientos productivos del Estado políticamente proletario. Pero la distribución de sus productos se realiza en forma capitalista, mejor dicho, con el mecanismo del mercado libre de la competencia.

En principio, no se puede excluir que este sistema mantenga a los obreros en una condición económica poco floreciente (como es el caso hoy) aceptada por ellos gracias a la conciencia revolucionaria adquirida, e incluso que se desarrolle en el sentido de un aumento de la sustracción de plusvalor, que puede efectuarse a través del precio que los obreros pagan por los productos alimenticios, del precio pagado por el Estado y de las condiciones obtenidas por éste en las compras, en las concesiones, en el comercio y en todas las relaciones con el capitalismo exterior. La cuestión debe ser planteada así para saber si hay un progreso o un retroceso de los elementos socialistas en la economía rusa, y este problema se plantea incluso como un problema de rendimiento técnico y de buena organización de la industria de Estado (2).

(2) Considerado literalmente, este pasaje podría inducir a un lector superficial a creer que en 1926 la Izquierda italiana consideraba, como Trotsky, que la economía rusa era la arena de una lucha entre el capitalismo y el comunismo, el primero pudiendo ser identificado *grosso modo* con la industria privada y el segundo con la industria de Estado. Para ver que no es así, basta con volver a la frase precedente que dice (el subrayado es nuestro): "*La gran industria estatal es socialista en la medida en que se refiere a los planteamientos productivos del Estado políticamente proletario*". El sentido de esta frase (totalmente conforme a los mejores pasajes de Lenin) es claro: la gran industria estatal *no es* socialista en el sentido económico del término, puesto que desde el fin del comunismo de guerra reposa simultáneamente en el asalariado y en el mercado. Si puede ser calificada como "socialista" es sólo en la medida en que realiza los objetivos económicos inmediatos de un poder *proletario*; y, dado el atraso económico de Rusia y los retrasos de la revolución en los países económicamente adelantados, aquellos objetivos se reducen a sacar al país del caos económico. Esta terminología, que hoy puede parecer ambigua, permitía entonces establecer claramente la delimitación respecto del supuesto "marxismo occidental" (tanto el de los pontífices centristas de la socialdemocracia como el del "consejismo") que condenaban al poder y al partido bolcheviques porque estaban a la cabeza de una revolución *detenida económicamente en su fase burguesa* como si la superación de este estadio económico (es decir, la etapa socialista pura) hubiera debido depender de su sola voluntad política, y no de la existencia en la URSS de las "condiciones materiales del socialismo" y, aún más, de la victoria proletaria en Occidente.

En estas condiciones, el hablar de "industria estatal socialista" o de "elementos socialistas" de la economía rusa no significaba en absoluto cometer un error teórico grosero: era reconocer simplemente al partido bolchevique sus finalidades proletarias y socialistas. Esto es lo que la Izquierda italiana hizo hasta el final, es decir, hasta que este partido fue destruido por la contrarrevolución stalinista, sin renunciar por ello a combatir desde el inicio, tal como lo testimonian estas mismas "Tesis", el oportunismo creciente que se desarrolló en él.

La construcción del socialismo integral extendido a la producción, a la distribución, a la industria y a la agricultura debe considerarse imposible en un solo país. En cambio, hay que estimar realizable un desarrollo progresivo de los elementos socialistas en la economía rusa, o sea, el fracaso del plan contrarrevolucionario que cuenta con factores internos (los campesinos ricos y la nueva burguesía y pequeña burguesía) y con factores externos (las potencias imperialistas). Sea que este plan tome la forma de una agresión interior y exterior, sea la de un sabotaje progresivo y una influencia en la vida social y estatal rusa para obligarla a una involución progresiva y a una desproletarización de sus caracteres, en todos estos casos la estrecha colaboración y contribución de todos los partidos de la Internacional es una condición fundamental del éxito.

Sobre todo, se trata de asegurar a la Rusia proletaria y al Partido Comunista Ruso el apoyo activo y enérgico de la vanguardia proletaria, especialmente la de los países imperialistas, no solo en el sentido de que se impidan las agresiones y se ejerza una presión acerca de las relaciones de los Estados burgueses con Rusia, sino porque es necesario que el partido ruso sea ayudado por los partidos hermanos en la resolución de sus problemas. Por cierto, estos últimos no poseen una experiencia directa de los problemas de gobierno; pero, a pesar de eso, contribuirán a la resolución de los mismos aportándole un coeficiente clasista y revolucionario que deriva directamente de la realidad de la lucha de clases que se desarrolla en sus países respectivos.

En relación con lo dicho más arriba, las relaciones internas de la Internacional Comunista resultan inadecuadas para estas tareas y exigen urgentes modificaciones, sobre todo en sentido contrario a las exageraciones organizativas, tácticas y políticas de la llamada bolchevización.

III. Cuestiones italianas

1. La situación italiana (1926)

Son erróneas las apreciaciones sobre la situación italiana que acuerdan un valor decisivo a las consideraciones acerca del insuficiente desarrollo del capitalismo industrial.

A su menor extensión cuantitativa y al relativo retraso histórico de su aparición se contraponen otra serie de circunstan

Volviendo al pasaje mencionado, también su sentido es claro, y significa que el poder y el partido bolchevique (que estaba alineándose entonces tras la bandera del "socialismo en un solo país") no debían hacer alarde de poder "abolir el plusvalor" (o sea, una categoría fundamental del capitalismo) ni, con mayor razón aún, de haberlo abolido ya, y que todo lo que hubieran podido hacer de más "socialista", dado el estado general de las cosas en 1926, era mucho más modestamente mejorar la situación económica "poco brillante" de los obreros asalariados, por lo menos en el sector estatal.

cias, en virtud de las cuales, en la época del *Risorgimento* (3), todo el poder político ha podido pasar sólidamente a las manos de la burguesía, y su tradición de gobierno es muy rica y compleja.

No es posible identificar sistemáticamente las diferencias sociales existentes entre terratenientes y capitalistas, y entre gran y pequeña burguesía con las antítesis políticas sobre las cuales se han alineado históricamente los partidos en lucha: derecha e izquierda histórica, clericalismo y masonería, democracia y fascismo.

El movimiento fascista debe ser interpretado como un intento de unificación política de los intereses contrapuestos de los diferentes grupos burgueses con un fin contrarrevolucionario. Con tal objetivo, el fascismo, directamente alimentado y deseado por todas las clases altas al mismo tiempo, latifundistas, industriales, comerciantes y banqueros, apoyado principalmente por el aparato estatal tradicional, por la dinastía, la Iglesia, y la masonería, ha llevado a cabo una movilización de los elementos sociales disgregados de las clases medias, a los que ha lanzado, en estrecha alianza con todos los elementos burgueses, contra el proletariado.

Lo que ha sucedido en Italia no debe ser explicado como la llegada al poder de una nueva capa social, ni como la formación de un nuevo aparato de Estado con una ideología y un programa originales, ni como la derrota de una parte de la burguesía cuyos intereses se identificarían mejor con la adopción del método liberal y parlamentario. Los liberales, los democráticos, Giolitti y Nitti, son los protagonistas de una fase de la lucha contrarrevolucionaria dialécticamente ligada a la fascista y decisiva para la derrota del proletariado. De hecho, la política de las concesiones, con la complicidad de reformistas y maximalistas, ha permitido la resistencia burguesa y desviar la presión proletaria en el período sucesivo a la guerra y a la desmovilización, cuando la clase dominante y todos sus órganos no estaban preparados para una resistencia frontal.

El fascismo, directamente favorecido en este período por los gobiernos, la burocracia, la policía, la magistratura, el ejército, etc., ha efectuado después una sustitución completa del viejo personal político burgués, pero este hecho no debe engañar y aún menos servir para rehabilitar a partidos y agrupaciones que han fracasado no por haber creado condiciones favorables para la clase obrera, sino sólo por haber agotado ya toda una fase de su tarea antiproletaria.

2. Orientación política de la Izquierda Comunista

En el curso de las situaciones mencionadas, el grupo que dio lugar a la formación del Partido Comunista ha obedecido a los siguientes criterios: ruptura de los dualismos ilusorios presentados por la escena política burguesa y parlamentaria, y planteamiento del dualismo clasista revolucionario; destrucción en el se

(3) *Risorgimento*: período histórico en el que Italia recobró su independencia y logró su unidad nacional.

no del proletariado de la ilusión de que las clases medias sean capaces de producir un Estado Mayor político, de asumir el poder y de abrir para el proletariado la vía de sus conquistas; difusión en la clase obrera de la confianza en su propia tarea histórica gracias a una preparación apoyada en sucesivas posiciones críticas, políticas y tácticas originales y autónomas, sólidamente vinculadas entre sí en el desarrollo de las situaciones.

Las tradiciones de esta política existen desde antes de la guerra en la izquierda del Partido Socialista. Desde los congresos de Reggio Emilia (1912) y Ancona (1914), no solo se forma una mayoría capaz de oponerse al mismo tiempo tanto al error reformista como al sindicalista (que hasta entonces había encarnado a la izquierda proletaria), sino que, dentro de esta mayoría se delinea una extrema izquierda que tiende a soluciones cada vez más radicales y clasistas. Así son resueltos correctamente importantes problemas clasistas a propósito de la táctica electoral, de las relaciones con los sindicatos, de la guerra colonial, de la masonería.

Durante la guerra mundial, si bien todo el partido (o casi todo) se opuso a una política de unión sagrada, en su seno se distinguió aún más el trabajo de una extrema izquierda bien individualizada, la que en las reuniones de Bolonia (mayo 1915), Roma (febrero 1917), Florencia (noviembre 1917) y en el Congreso de Roma de 1918 sostuvo directivas leninistas, como la negación de la defensa nacional y el derrotismo, la utilización de la derrota para plantear el problema del poder, la lucha incesante y la demanda de que sean expulsados del partido los jefes oportunistas, sindicales y parlamentarios.

Inmediatamente después de la guerra, la posición de la extrema izquierda se concretó en el periódico *Il Soviet*. Este fue el primero en plantear y defender las directivas de la revolución rusa, negando las interpretaciones antimarxistas, oportunistas, sindicalistas y anarcoides, planteando correctamente los problemas esenciales de la dictadura proletaria y de la tarea del partido, y sosteniendo desde el primer momento la escisión del Partido Socialista.

Este grupo sostenía el abstencionismo electoral y sus conclusiones fueron rechazadas por el II Congreso de la Internacional. Pero su abstencionismo no partía de errores teóricos antimarxistas de tipo anarco-sindicalista, tal como lo prueban las decididas polémicas dirigidas contra la prensa anarquista. La táctica abstencionista era preconizada ante todo en el ambiente político de completa democracia parlamentaria, la cual crea particulares dificultades a la conquista de las masas para volverlas conscientes de la justa consigna de la dictadura, dificultades que creemos insuficientemente valoradas todavía por la Internacional.

En segundo lugar, el abstencionismo no era propuesto como una táctica para todos los tiempos, sino para la situación general, hoy desgraciadamente superada, de la inminencia de grandes luchas y de la puesta en marcha de las más grandes masas proletarias.

Con las elecciones de 1919, el gobierno burgués de Nitti abrió una inmensa brecha a la presión revolucionaria, desvió el impulso del proletariado y la atención del partido explotando las tradiciones de electoralismo desenfrenado. El abstencionismo de *Il Soviet* fue entonces la única reacción justa contra las verdaderas causas del desastre proletario ulterior.

Más tarde, en el Congreso de Boloña (octubre de 1919) sólo la minoría abstencionista planteó correctamente el problema de la escisión de los reformistas, y buscó en vano un acuerdo con parte de los maximalistas, renunciando en este terreno a hacer del abstencionismo una cuestión previa. Después del fracaso de esta tentativa, la fracción abstencionista fue la única que hasta el II Congreso mundial trabajó a escala nacional para la formación del Partido Comunista.

Fue este grupo, pues, el que representó la orientación espontánea, según las propias experiencias y tradiciones de la izquierda del proletariado italiano, sobre las directivas que contemporáneamente triunfaban en Rusia con la victoria de Lenin y del bolchevismo.

3. La obra del Centro de Izquierda

Una vez constituido el partido comunista en Liorna (enero de 1921), los abstencionistas hicieron toda clase de esfuerzos para ligarse estrechamente con los otros grupos del partido. Si para algunos de éstos la separación de los oportunistas derivaba solamente de la cuestión de las relaciones internacionales, para el grupo de izquierda existía una completa coincidencia entre las tesis de la Internacional y las enseñanzas de las experiencias políticas precedentes. Los abstencionistas, por disciplina y por muchos otros factores, habían renunciado expresamente a su posición sobre las elecciones.

El Centro del partido inspiró su trabajo en la interpretación de la situación italiana y de las tareas del proletariado que han sido trazadas más arriba. Ahora es evidente que el retraso en la constitución del partido revolucionario, cuya responsabilidad debía atribuirse a todos los otros grupos, hacía inevitable la ulterior retirada del proletariado y la había determinado inecluctablemente.

Para lograr las mejores posiciones posibles para el proletariado en las luchas sucesivas, el Centro basó su acción en la necesidad de hacer toda clase de esfuerzos para utilizar el aparato tradicional de las organizaciones rojas, pero era necesario convencer al proletariado de que no debía contar con los maximalistas y reformistas, quienes llegaban hasta la aceptación del pacto de pacificación con el fascismo (4).

(4) El pacto de pacificación fue firmado el 3 de agosto de 1921 siguiendo una iniciativa del presidente del Parlamento (de Nicola) por las organizaciones siguientes: Partido Fascista, dirección del Partido Socialista, grupo parlamentario socialista, Confederación General del Trabajo (dirigida por los socialistas). Expresión del cretinismo democrático de los socialistas, el pacto estipulaba el desarme de los obreros que debían enfrentar la violencia fascista y las fuerzas legales de represión. Los términos mismos de este pacto merecen ser reproducidos: "Las partes representadas se comprometen a trabajar para que cesen inmediatamente las amenazas, agresiones, represalias, castigos, venganzas, presiones y violencias personales de toda clase. Los símbolos, emblemas e insignias respectivos serán respetados. Las partes firmantes se comprometen recíprocamente a respetar las organizaciones económicas. Toda acción, todo comportamiento que viole este compromiso y este acuerdo son deplorados desde ahora y desautorizados por las diferentes delegaciones. El Partido Socialista italiano declara ser ajeno a la organiza-

El partido planteó desde un principio el postulado de la unidad sindical, y después presentó la propuesta central de frente único, que culminó en la constitución de la Alianza del Trabajo. A parte de las opiniones sobre el frente único político, es un hecho que éste era coyunturalmente imposible en Italia en 1921-22, y que nunca llegó al partido comunista la invitación para una reunión que debiera fundar la alianza de los partidos. En la reunión convocada por los ferroviarios para constituir la alianza sindical, el partido no intervino para no prestarse a maniobras que habrían comprometido la alianza misma y las responsabilidades del partido; en vez de eso, afirmó previamente su paternidad de la iniciativa y de la disciplina de los comunistas con respecto al nuevo órgano. Sin embargo, existieron sucesivos contactos con los partidos políticos a los cuales el partido comunista no se negó para nada, sino que fracasaron, demostrando la imposibilidad de un acuerdo en el terreno político y de acción, y el derrotismo de todos los otros grupos. En el marco de la retirada, el Centro supo defender también la confianza de los obreros en la propia clase y elevar la conciencia política de la vanguardia al impedir a tiempos las tradicionales maniobras para con el proletariado de grupos y partidosseudorrevolucionarios. No obstante los esfuerzos del partido, se llegó sólo más tarde (en agosto de 1922) a la acción general; pero la derrota proletaria fue inevitable. Desde entonces, el fascismo, abiertamente apoyado en la lucha violenta por las fuerzas del Estado dirigido por la *democracia liberal*, fue el dueño del país, y sólo más tarde se legalizó formalmente su predominio con la marcha sobre Roma.

A este punto, a pesar de restringirse el campo de la acción proletaria, la influencia del partido se estaba imponiendo por sobre la de los maximalistas y reformistas, después de haber manifestado ya su progresión en los resultados de las elecciones de 1921 y de las grandes consultas sucesivas de la Confederación del Trabajo.

4. Relaciones entre la Izquierda italiana y la Internacional Comunista

El Congreso de Roma (marzo de 1922) puso de manifiesto una divergencia teórica entre la Izquierda italiana y la mayoría de la Internacional, la cual fue muy mal expresada en un principio por nuestras delegaciones en el III Congreso y en el Ejecutivo Ampliado de febrero de 1922. Estas, especialmente en la primera ocasión, cometieron errores efectivos en un sentido infantilista. Las

ción y a la acción de los "Arditi del popolo", tal como resulta, por otra parte, del congreso de estos últimos, en el cual se declararon ajenos a todo partido".

El Partido Comunista tomó una posición particularmente nítida respecto a este "pacto" y lo denunció enérgicamente. Desde el anuncio de las negociaciones, el Comité Ejecutivo del Partido envió a la dirección del Partido Socialista el telegrama siguiente: "Para impedir todo empleo arbitrario por parte vuestra del nombre de nuestro Partido, os comunicamos oficial y directamente (...) que no participaremos en ninguna reunión de partidos que tenga como objetivo la pacificación o el desarme. Ejecutivo del Partido Comunista, 27 de julio de 1921".

Tesis de Roma fueron la feliz liquidación teórica y política de todo peligro oportunista de izquierda en el partido italiano.

En la práctica del partido, la única divergencia con la Internacional se había manifestado a propósito de la táctica hacia los maximalistas, pero dicha divergencia parecía superada con los resultados unitarios del Congreso socialista de octubre de 1921.

Las *Tesis de Roma* fueron aprobadas como contribución del partido a las decisiones de la Internacional y no como línea de acción inmediata; el Centro del partido lo confirmó en el Ejecutivo Ampliado de 1922 y no se abrió la discusión teórica precisamente por disciplina a la Internacional y por decisión de ésta.

No obstante, en agosto de 1922, la Internacional no interpretó la situación como lo hizo el Centro del partido, sino que consideró que la situación italiana era inestable debido al debilitamiento de la resistencia del Estado, y pensó reforzar el partido sobre la base de la fusión con los maximalistas, considerando como factor decisivo la escisión entre maximalistas y unitarios, y no las enseñanzas que el partido extraía de la vasta maniobra de la huelga de agosto.

Desde ese momento las dos líneas políticas divergen definitivamente. En el IV Congreso Mundial (diciembre de 1922) el viejo Centro del partido se opuso a la tesis que prevaleció en él. Al retornar los delegados a Italia, delegó unánimemente la responsabilidad de la fusión confiándola a una Comisión, pero conservando naturalmente sus propias funciones administrativas. Se produjeron entonces los arrestos de febrero de 1923 y la gran ofensiva contra el partido. Finalmente, en el Ejecutivo Ampliado de junio de 1923 se depuso al viejo ejecutivo y se lo sustituyó por otro totalmente diferente (5). Ante esta situación, las dimisiones de una parte de los miembros del Centro del partido fueron una simple consecuencia lógica. En mayo de 1924, una conferencia consultativa del partido daba todavía a la izquierda una aplastante mayoría contra el centro y la derecha, y así se llegó en 1924 al V Congreso mundial.

5. El ordinovismo como tradición del Centro actual

El grupo del "Ordine Nuovo" surgió en Turín entre algunos elementos intelectuales que se pusieron en contacto con las masas proletarias de la industria, cuando la fracción abstencionista conataba ya en Turín con un gran séquito. En la ideología de aquel grupo predominaban concepciones filosóficas burguesas, idealistas, propias de Croce, las que naturalmente sufrieron y sufren una

(5) En el mes de abril, el Comité Ejecutivo de la Internacional había designado una dirección provisional de la sección italiana (cuyos dirigentes estaban en la cárcel) formada por Togliatti, Scoccimarro, Gennari, Tasca y Terracini. En el Ejecutivo Ampliado de junio, la vieja dirección de la Izquierda, que todavía estaba en la cárcel, fue acusada de haber provocado con su sectarismo el fracaso de la fusión con los maximalistas de izquierda. La nueva dirección, dirigida por Togliatti, tuvo el apoyo de Moscú por el solo hecho de no ser hostil a la unificación. Cuando los dirigentes de la izquierda salen de la cárcel en el mes de diciembre, no retoman sus funciones a la cabeza del Partido, y no las retomarán nunca más.

transformación. Este grupo interpretó muy tarde las directivas comunistas y siempre con residuos de errores ligados a sus orígenes. Sólo comprendió a la revolución rusa cuando era demasiado tarde para aplicar positivamente sus enseñanzas a la lucha proletaria italiana. En noviembre de 1917, el camarada Gramsci publicó en el "Avanti!" un artículo dando una explicación esencialmente idealista de la revolución rusa, en el cual sostenía que ésta había desmentido el materialismo histórico de Marx y a las teorías del *Capital*. Contra dicho artículo intervino enseguida la corriente de extrema izquierda, a la cual pertenecía también la Federación Juvenil.

El desarrollo ulterior de las ideas del grupo ordinovista, tal como resulta de las publicaciones del "Ordine Nuovo", no se dirigía hacia una teoría marxista y leninista del movimiento obrero. En esta teoría se plantean erróneamente los problemas de la función de los sindicatos y del partido, las cuestiones de la lucha armada, de la conquista del poder y de la construcción del socialismo. Estableció, por el contrario, la concepción de una organización sistemática no "voluntaria", sino "necesaria" de la clase trabajadora, estrechamente adherente al mecanismo industrial productivo capitalista.

Este sistema parte del delegado de fábrica y culmina, al mismo tiempo, en la Internacional proletaria, es decir, en la Internacional Comunista, y en el sistema de los Soviets y del Estado obrero, pasando por el consejo de fábrica, en el cual se prefiguraría dicho sistema antes de la caída del poder capitalista.

Reivindicando y ejerciendo el control de la producción, las funciones de este sistema deberían ser, además, ya desde la época burguesa, funciones de construcción de la nueva economía.

Todas las posiciones de esta ideología de características no marxistas: utopismo, sindicalismo de sabor proudhoniano, gradualismo económico antes de la conquista del poder, es decir, reformismo, han sido aparentemente abandonadas para ser sustituidas alternativamente por las muy distintas teorías del leninismo. Pero dicha sustitución sólo se habría efectuado de un modo no exterior ni ficticio en el caso en que el grupo ordinovista no se hubiese apartado y alineado contra el grupo cuyas tradiciones de izquierda convergen espontáneamente de modo bien diverso, como lo hemos demostrado, con la orientación bolchevique, y que aportó una contribución seria extraída de la experiencia proletaria de clase y no de ejercicios de academia y de biblioteca sobre textos burgueses. Por cierto, esto no excluye que también el "Ordine Nuovo" pudiese aprender y mejorar en el curso de la estrecha colaboración con la Izquierda, que luego se interrumpió. Esta situación sí vuelve irónica la pretensión de los líderes ordinovistas de bolchevizar a aquellos que fueron en realidad quienes los encaminaron a ellos mismos en una dirección bolchevique en el sentido serio y marxista, y no con procedimientos mecánicos, burocráticos y de comadres.

Hasta poco antes del Congreso Mundial de 1920, los ordinovistas eran contrarios a la escisión del viejo partido y plantearon falsamente todos los problemas sindicales. El representante de la Internacional en Italia debió polemizar con ellos acerca de las cuestiones de los consejos de fábrica y de la prematura constitución de los Soviets.

En abril de 1920, la Sección de Turín aprobó las conocidas tesis del "Ordine Nuovo" redactadas por el camarada Gramsci y a-

doptadas por el Comité compuesto de ordinovistas y abstencionistas. En realidad, y dejando de lado el desacuerdo sobre la cuestión electoral, estas tesis -citadas en la resolución del II Congreso- expresaban el pensamiento común de la fracción comunista en formación y su contenido no formulaba las construcciones particulares del ordinovismo, sino más bien los puntos aceptados mucho antes y con absoluta claridad por el grupo de izquierda del partido.

Los ordinovistas se unieron durante algún tiempo a la posición de la izquierda respecto a la Internacional; pero, en realidad, su pensamiento se diferenciaba del de las *Tesis de Roma*, a pesar de que creyeron oportuno votarlas.

El verdadero precursor de la actual adhesión del ordinovismo a la táctica y a la línea general de la Internacional fue el camarada Tasca, quien planteó la oposición contra la izquierda en el Congreso de Roma.

Dados los caracteres del grupo ordinovista, su particularismo y concretismo, heredados en realidad de posiciones ideológicas idealistas burguesas, y la posibilidad de adhesiones superficiales e incompletas que permite el método de dirección de la Internacional, debe considerarse que, a pesar de las clamorosas declaraciones de ortodoxia, la adhesión teórica de los ordinovistas al leninismo (adhesión que tiene una importancia decisiva para los efectivos desarrollos políticos que se preparan) no vale mucho más que su adhesión anterior a las *Tesis de Roma*.

6. El trabajo político del Centro actual del Partido

Desde 1923 hasta hoy, el trabajo del Centro del partido, aun teniendo presente la difícil situación en la cual debía desenvolverse, ha dado lugar a errores que se relacionan esencialmente con los ya indicados a propósito del problema internacional; pero, en parte, resultaron mucho más graves a causa de las desviaciones originales propias de la construcción ordinovista.

La participación en las elecciones de 1924 fue un acto político muy acertado, pero no puede decirse lo mismo de la propuesta de acción común hecha anteriormente a los partidos socialistas ni de la etiqueta de "unidad proletaria" que ésta ha tomado, y también fue deplorable la tolerancia excesiva de ciertas maniobras electorales de los "terzini". Pero los problemas más graves se manifestaron a propósito de la crisis ocasionada por el asesinato de Matteotti.

La política del Centro se basó en la interpretación absurda de que el debilitamiento del fascismo habría puesto en movimiento a las clases medias primero y al proletariado después. Esto significa desconfiar de la capacidad clasista del proletariado, que permanece vigilante aun bajo el aparato sofocante del fascismo, y sobreestimar la iniciativa de las clases medias. Por el contrario, aparte de la claridad de las posiciones teóricas marxistas al respecto, la enseñanza central extraída de la experiencia italiana es la que demuestra cómo las capas intermedias se dejan arrastrar, siguiendo pasivamente al más fuerte: en 1919-20 al proletariado; en 1921-22-23 al fascismo; hoy, después de un período de ruidosa e importante emoción en 1924-25, nuevamente al fascismo.

El Centro cometió un error al abandonar el parlamento y al participar en las primeras reuniones del Aventino (6), ya que debería haber permanecido en el parlamento para hacer una declaración de ataque político al Gobierno y para tomar una posición inmediata contra el prejuicio constitucional y moral del Aventino, el que representó el factor determinante del desenlace de la crisis a favor del fascismo. No hay que excluir que a los comunistas les hubiera podido convenir abandonar el parlamento, pero con una fisonomía propia y sólo cuando la situación hubiera permitido llamar a las masas a la acción directa. El momento era de esos en los que se deciden los desarrollos de las situaciones posteriores. El error, por tanto, fue fundamental y decisivo para formarse un juicio acerca de las capacidades del grupo dirigente, y determinó una utilización muy desfavorable por parte de la clase obrera del debilitamiento del fascismo primero y del fracaso clamoroso del Aventino después.

El retorno al parlamento en noviembre de 1924 y la declaración de Repossi fueron benéficas, como lo demostró la ola de aprobación proletaria, pero demasiado tardías. El Centro osciló mucho tiempo y sólo se decidió por la presión del partido y de la izquierda. Se preparó al partido sobre la base de instrucciones insignificantes y de una apreciación fantásticamente errónea de las perspectivas de la situación (relación de Gramsci en el Comité Central, agosto de 1924). La preparación de las masas, que no estaba dirigida en la perspectiva de la caída del Aventino, sino en la de su victoria, a través de la propuesta que el partido hizo a las oposiciones de constituirse en Antiparlamento, fue en todo sentido la peor. Ante todo, esta táctica se apartaba de las decisiones de la Internacional, que jamás consideraron propuestas a partidos netamente burgueses; además, ésta era de las que conducen tanto fuera del campo de los principios y de la política comunista como de la concepción histórica marxista. Independientemente de toda explicación que el Centro podía intentar dar acerca de los fines e intenciones que inspiraban la propuesta, explicación que habría tenido de todos modos una repercusión muy limitada, éste daba por cierto a las masas la ilusión de un Anti-Estado que se opone y lucha contra el aparato estatal tradicional, mientras que, según las perspectivas históricas de nuestro programa, la única base de un Anti-Estado podrá ser la representación de la única clase productora, es decir, el Soviet.

La consigna del antiparlamento, con el apoyo en el país de los comités obreros y campesinos, significaba confiar el Estado Mayor del proletariado a representantes de grupos sociales capitalistas, como Améndola, Agnelli, Albertini, etc.

Fuera de la certeza de no llegar de hecho a semejante situación, que únicamente se podría tildar de traición, el solo hecho de presentarla como perspectiva de una propuesta comunista significa violar los principios y debilitar la preparación proletaria.

Los detalles del trabajo del Centro se prestan a otras críticas. Han sido demasiado frecuentes las consignas que no solo no corresponden a ninguna realización, sino ni siquiera a una agitación seriamente visible fuera del aparato del partido. La consig-

(6) Después del asesinato del diputado socialista Matteotti por los fascistas, los partidos democráticos abandonaron el parlamento, retirándose, como se decía entonces, "al Aventino".

na central de los comités obreros y campesinos, que tuvo explicaciones contradictorias y confusas, no ha sido comprendida ni seguida.

7. La actividad sindical del Partido

Se cometió otro error grave en la huelga metalúrgica de marzo de 1925. El Centro no comprendió cómo la desilusión proletaria con respecto al Aventino permitía prever un impulso general de las acciones clasistas bajo la forma de una ola de huelgas, mientras que, si lo hubiera hecho, se habría podido impulsar decididamente más allá a la F.I.O.M. (7) (tal como se la arrastró a intervenir en la huelga iniciada por los fascistas), hasta la huelga nacional, a través de la formación de un comité metalúrgico de agitación apoyado en las organizaciones locales, las que estaban muy dispuestas a la huelga en todo el país.

La orientación sindical del Centro no correspondió claramente a la consigna de la unidad sindical en la Confederación, aun a pesar de la disolución organizativa de ésta. Las directivas sindicales del partido reflejaron errores ordinovistas en relación con la acción en las fábricas, en las cuales no solo se crearon o se propusieron órganos múltiples y contradictorios, sino que se dieron a menudo consignas que desvalorizaban al sindicato y a la concepción de su necesidad como órgano de la lucha proletaria.

Consecuencia de este error fue el desgraciado acuerdo de la FIAT en Turín, como también la orientación confusa en las elecciones de fábrica, en las que no se planteó correctamente, es decir, en el terreno del sindicato, el criterio de elección entre la táctica de las listas clasistas y la de la lista del partido.

8. Actividad del Partido en las cuestiones agrarias y nacionales

En la cuestión agraria estaba justificada la consigna de las asociaciones de defensa de los campesinos, pero se la ha identificado excesivamente con un trabajo conducido sólo desde arriba por medio de un comité de partido.

A pesar de las dificultades de la situación, hay que denunciar en esta cuestión el peligro de la visión burocrática de nuestras tareas, que se refiere también a las otras actividades del partido.

Las relaciones correctas entre asociaciones de campesinos y sindicatos obreros deben ser establecidas claramente en el sentido de que los asalariados agrícolas forman una federación que adhiere a la Confederación del Trabajo, mientras que entre ésta y la asociación de defensa debe existir una estrecha alianza central y local.

(7) F.I.O.M.: Federación Italiana de los Obreros Metalúrgicos.

En la cuestión agraria se debe evitar una concepción regionalista o meridionalista, de la cual ya se han manifestado algunas tendencias. Esto se refiere también a las cuestiones de las autonomías regionales reivindicadas por ciertos partidos nuevos que debían ser combatidos abiertamente como reaccionarios, en vez de entablar engañosas tratativas con ellos.

La táctica de buscar la alianza con la izquierda del Partido Popular (Miglioli) y con el partido de los campesinos ha dado resultados desfavorables (8).

Una vez más se han hecho concesiones a hombres políticos extraños a toda tradición clasista sin obtener el deseado desplazamiento de las masas y desorientando muchas veces partes de la organización del partido. También es erróneo sobreestimar la maniobra entre los campesinos a los efectos de una hipotética campaña política contra la influencia del Vaticano, problema que ciertamente se plantea, pero que es resuelto así de manera inadecuada.

9. Trabajo de organización del Centro

Después de la ráfaga fascista, el trabajo de reorganización del partido fue indudablemente rico en buenos resultados. Sin embargo, ese trabajo de organización conservó un carácter demasiado técnico, en vez de asegurar la centralización con la puesta en vigor de normas estatutarias claras y uniformes aplicables a todo camarada o comité local, y no sólo a través de la intervención del aparato central. Se podían hacer mayores progresos permitiendo a las organizaciones de base volver a elegir sus propios comités, sobre todo en el período más favorable de la situación.

En lo que respecta al aumento de los efectivos del partido y a su sucesiva disminución, además de la facilidad con que se alejan hoy los elementos reclutados con la misma facilidad durante la crisis Matteotti, queda demostrado así cómo tales hechos dependen del desarrollo de las situaciones y no de beneficios hipotéticos del cambio general de orientación.

Se exageró la valoración de los efectos del mes de reclutamiento y las ventajas de una campaña semejante (9). Acerca de la organización por células, el Centro debía realizar evidentemente las disposiciones generales del Comintern, a las que se hizo referencia en otro lugar. Pero esto fue realizado de modo no uniforme, discontinuo y con múltiples contradicciones, y sólo después de

(8) Fundado después de la primera guerra mundial, el Partido Popular dominó, junto con el Partido Socialista, la consulta electoral de 1919 y puede ser considerado como el predecesor de la democracia cristiana actual. El partido de los campesinos formaba parte de él antes de jugar un papel independiente.

(9) El "mes de reclutamiento" fue lanzado inmediatamente después del asesinato de Matteotti, del 15 de agosto al 15 de setiembre de 1925, siguiendo el modelo de la demasiado famosa promoción del partido ruso denominada "Llamamiento de Lenin" y que había suministrado a la dirección del partido ruso la masa de maniobra necesaria que deseaba contra la Vieja Guardia. Los efectivos del partido italiano aumentaron en 10.000 miembros, mientras que sólo contaba con 12.000 miembros a finales de mayo (o 14.000 si se incluye a los *terzini*).

reiteradas presiones de la periferia se obtuvo cierta sistematización.

Sería deseable sustituir el sistema de secretarios interregionales por un cuerpo de inspectores, estableciendo un vínculo político directo, si no técnico, entre el Centro y los organismos tradicionales de base del Partido, las Federaciones provinciales. La tarea de los inspectores debería ser principalmente la intervención activa donde sea necesario reconstruir la organización fundamental del partido, siguiéndola hasta que sea capaz de funcionar normalmente.

10. El trabajo del Centro en la cuestión del fraccionismo

La campaña que ha culminado con la preparación del congreso ha sido deliberadamente planteada después del V Congreso mundial no como un trabajo de propaganda y de elaboración en todo el partido de las directivas de la Internacional tendente a crear una verdadera y útil conciencia colectiva más avanzada, sino como una agitación con miras a lograr del modo más rápido y con el mínimo esfuerzo la renuncia de los camaradas a su adhesión a las opiniones de la izquierda. No se ha considerado si tal método era útil o perjudicial para el partido a los efectos de su eficiencia respecto a los enemigos externos, sino que se ha procurado por todos los medios el logro de ese objetivo interno.

Ya se ha hablado en otro lugar de la crítica desde el punto de vista histórico y teórico del método ilusorio de reprimir el fraccionismo desde arriba. En el caso italiano, el V Congreso había aceptado la demanda de la izquierda de que se renunciase a las imposiciones desde arriba y de que se tomase acto de su compromiso de no hacer un trabajo de oposición y de participar en todo el trabajo del partido, pero no en la dirección política. Dicho acuerdo fue roto por el Centro con una campaña no de postulados ideológicos y tácticos, sino de acusaciones disciplinarias a camaradas individuales, las que han sido planteadas en los congresos federalés bajo un aspecto unilateral.

Al anunciarse el congreso, la constitución del Comité de Acuerdo era un acto espontáneo tendente a evitar reacciones individuales y de grupos en un sentido disgregativo, para encaminar la acción de todos los camaradas de la izquierda en una línea común y responsable dentro de los estrechos límites de la disciplina y con la garantía del respeto de los derechos de todos los camaradas en la consulta del partido (10). Este hecho fue cogido

(10) Para preparar el III Congreso del PC de Italia, los camaradas de la Izquierda habían constituido un "Comité de Acuerdo". La dirección del partido abrió contra ellos una campaña de difamación basada en la acusación de "fraccionismo". La dirección de la Internacional dio su aval a esta manobra y ordenó formalmente la disolución de este comité. La Izquierda se plegó a esta decisión por disciplina y publicó un comunicado de donde extraemos estos pasajes: *"Acusados de fraccionismo y escisionismo, sacrificamos nuestras opiniones en aras de la unidad del partido y ejecutamos una orden que consideramos injusta y ruinosa para el partido. Así demostraremos que la Izquierda italiana es la única corriente que considera la disciplina como una cosa seria que no puede ser negociada. Reafirmamos todas nuestras posiciones precedentes y todos nuestros actos. Negamos que el Comité de Acuerdo haya cons-*

por el Centro e introducido en su plan de agitación para presentar a los de izquierda como fraccionistas y escisionistas, a través de la campaña en la que se prohibió a éstos defenderse antes de que se obtuvieran, con imposiciones desde arriba, los votos contra la izquierda de los Comités federales.

Este plan de agitación se desarrolló con una revisión fraccionista del aparato del partido y de los cargos locales, con la manera de presentar los escritos de contribución a la discusión, con la prohibición de que representantes de izquierda interviniesen en los Congresos federales, y culminó en el sistema de votación inaudito que atribuye automáticamente a las tesis del Centro los votos de los ausentes a la consulta.

Cualquiera sea el resultado desde el punto de vista de la mayoría numérica, semejante trabajo no ha hecho avanzar, sino que ha dañado la conciencia ideológica del partido y su prestigio entre las masas. Se han evitado consecuencias peores debido a la moderación de los camaradas de izquierda que han soportado semejante martilleo no porque lo creyesen mínimamente justificado, sino sólo por devoción a la causa del partido.

11. Esquema de programa de trabajo del Partido

Según la izquierda, los puntos precedentes contienen las premisas de las cuales deberían derivar las tareas generales y particulares del partido. Pero es evidente que dicho problema sólo podría plantearse sobre la base de decisiones internacionales. Por consiguiente, la izquierda sólo puede indicar un esquema de programa de acción para proponer a la Internacional como tarea a realizar por su sección italiana.

El partido debe preparar al proletariado para reanudar la actividad clasista y la lucha contra el fascismo utilizando las severas experiencias recorridas por el proletariado en los últimos tiempos. Al mismo tiempo, debe prepararlo para no ilusionarse con los cambios de la política burguesa y con la posibilidad de ayuda de las clases medias urbanas, utilizando las experiencias del período liberal democrático para evitar que se repitan las ilusiones pacifistas.

El partido no dirigirá propuestas de acción común a los partidos de la oposición antifascista y ni siquiera desarrollará una política de desplazamiento a izquierda de la oposición misma o de los diversos partidos llamados de izquierda.

Para la movilización de las masas en torno a su programa, el partido se fijará una táctica de frente único desde abajo,

tituido una maniobra con miras a la escisión del Partido y a la constitución de una fracción en su seno, y protestamos nuevamente contra la campaña llevada a cabo sobre esta base sin que se nos dé ni siquiera el derecho de defendernos y que engaña escandalosamente al partido. Sin embargo, dado que la dirección de la Internacional piensa que la disolución del Comité de Acuerdo a dejará el fraccionismo, y bien que tengamos una opinión contraria, obedeceremos. Pero hacemos recaer en la dirección de la Internacional la completa responsabilidad de la evolución de la situación interna del Partido y de las acciones determinadas por la manera con que la dirección ha administrado la vida interna..."

siguiendo atentamente las situaciones económicas para formular las reivindicaciones inmediatas. El partido evitará plantear como reivindicación política central el advenimiento de un gobierno que conceda garantías de libertad; no planteará como objetivo de las conquistas de clase la exigencia de la libertad para todos, sino los postulados que evidencien cómo la libertad para los obreros consiste en lesionar la libertad de los explotadores y burgueses.

Al plantearse hoy el grave problema de que los sindicatos de clase y de los otros órganos inmediatos del proletariado se enrarecen, el partido agitará ante todo la consigna de la defensa de los sindicatos rojos tradicionales y de la necesidad de su resurgimiento. El trabajo en las fábricas evitará crear órganos susceptibles de vaciar la eficacia de las consignas sobre la reconstrucción sindical. Teniendo en cuenta la situación actual, el partido promoverá el funcionamiento de los sindicatos en las "secciones sindicales de fábrica", las cuales, al representar la fuerte tradición sindical, se presentan como los organismos aptos para la dirección de las luchas obreras, ya que precisamente la defensa de éstas hoy es posible en las fábricas. Se intentará hacer elegir la comisión interna (11) ilegal de la sección sindical de fábrica, a reserva de reemplazar apenas sea posible a la comisión interna por un organismo elegido por la masa de la fábrica.

Respecto a la organización en el campo, es válido cuanto se ha dicho a propósito de la cuestión agraria.

Habiendo utilizado al máximo todas las posibilidades de organización de los grupos proletarios, se deberá recurrir a la consigna de los Comités obreros y campesinos respetando los siguientes criterios:

a) la consigna de la constitución de los Comités obreros y campesinos no será lanzada con una periodicidad intermitente y casual, sino imponiéndola con una enérgica campaña en un viraje de la situación que ponga en evidencia ante las masas la necesidad de un nuevo encuadramiento, o sea, cuando se la pueda identificar con una clara consigna de acción del proletariado, y no con una simple consigna de organización;

b) el núcleo de los Comités deberá estar constituido por los representantes de organismos conocidos tradicionalmente por las masas, aunque estén mutilados por la reacción, tal como los sindicatos y organismos análogos, y no por convocaciones de delegados políticos;

c) se podrá dar sucesivamente la consigna de la elección de los Comités; pero, en el primer período, deberá estar claro que éstos no son los Soviets, o sea, los órganos del gobierno del proletariado, sino la expresión de una alianza local y nacional de todos los explotados por la defensa común.

En cuanto a las relaciones con los sindicatos fascistas, tanto más hoy cuanto que no se presentan ni siquiera formalmente como asociaciones voluntarias de las masas, sino como verdaderos órganos oficiales de la alianza entre la patronal y el fascismo, hay que rechazar en general la consigna de penetrarlos para dis-

(11) Fundadas después de la primera guerra mundial, las comisiones internas eran órganos de lucha dentro de las empresas, elegidos por el conjunto de los obreros, sindicados o no.

gregarlos. La consigna de la reconstrucción de los sindicatos rojos debe ser contemporánea de la consigna contra los sindicatos fascistas.

Las medidas organizativas a adoptar dentro del partido ya han sido indicadas en parte. En relación con la situación actual hay que coordinarlas con exigencias que deben ser tratadas en otro lugar (clandestino).

Sin embargo, es urgente que sean sistematizadas y formuladas en claras normas estatutarias obligatorias para todos, con el fin de evitar la confusión del sano centralismo con la ciega obediencia a disposiciones arbitrarias y no uniformes, método peligroso para la compacidad efectiva del partido.

12. Perspectivas de la situación interna del Partido.

La situación política y organizativa interna de nuestro partido no puede tener una solución definitiva en el marco nacional, sino que depende de los desarrollos de la situación interna y de la política de toda la Internacional. Los dirigentes nacionales e internacionales cometerán un grave error y una verdadera falta si continuaran empleando contra la Izquierda el método insensato de las presiones desde arriba y de la reducción del problema complejo de la ideología y de la política del partido a casos de conducta personal.

Al permanecer firme la Izquierda en sus posiciones, a todos los camaradas que no tienen la intención de renunciar a esas opiniones se les debe consentir la posibilidad de ofrecer, en una atmósfera libre de negociaciones y amenazas recíprocas, el compromiso más leal de ejecutar las disposiciones de los órganos del partido y de renunciar a todo trabajo de oposición, sin pretender empero que participen en el órgano central del partido. Es evidente que esta propuesta no corresponde a una situación abstractamente perfecta, pero sería peligroso ilusionar al partido con que los inconvenientes de la situación interna puedan ser eliminados con simples medidas mecánicas y organizativas, y con posiciones personales. Quien lo hiciese cometería un grave atentado contra el partido.

La única manera de alcanzar verdaderamente el objetivo de evitar el envenenamiento de la atmósfera del partido y conducirlo hacia la superación de todas las dificultades contra las cuales está llamado a combatir hoy, es eliminando el planteamiento mezquino del problema y plantearlo en toda su dimensión ante el partido y la Internacional.

Una exigencia fundamental para el movimiento obrero:

Liquidar la dependencia colonial del Ulster respecto a Gran Bretaña

Para comprender no solo en teoría por qué la liquidación total y definitiva de las relaciones de *dependencia colonial* que vinculan Irlanda del Norte (Ulster) a Inglaterra debe ser considerada como un "interés absoluto y directo del movimiento obrero inglés" (1) e irlandés, nada mejor que examinar los reflejos profundamente negativos que su persistencia tuvo y tiene sobre la clase trabajadora, así como las raíces *materiales* de estos reflejos.

En realidad, desde que los 6 condados del Ulster fueron separados de la recién constituida república irlandesa y vueltos región "autónoma" del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, en diciembre de 1921, quedó claro, para Londres, que la condición esencial para el mantenimiento por la fuerza del último resto de su imperio colonial (o del último resto de aquella isla que -como escribía Engels a Marx el 23.V.1866- había sido su "primera colonia") era la capacidad de asegurarse la "lealtad" e incluso el *apoyo* de una aristocracia obrera constituida por una delgada capa de obreros cualificados de origen inglés -y, por tanto, de religión protestante-, la que se superpone a la gran masa de obreros no especializados de raza irlandesa y fe católica.

(1) La frase es de Marx en la carta a Engels del 10.XII.1869 y se refiere a la reivindicación de la separación entre el conjunto de Irlanda y Gran Bretaña, cualquiera fuese la forma que esta separación debiese asumir.

Durante todo el período sucesivo a la I Guerra, la primera ha disfrutado de niveles salariales superiores al mismo salario medio inglés. Y si bien hoy ya no goza de este privilegio, su situación sigue siendo nítidamente mejor que la de la gran mayoría de los trabajadores "autóctonos".

Si en la década del 20 estos últimos vivían en condiciones mucho peores que aquella "aristocracia" y, además, en los períodos de crisis eran reducidos a la más absoluta miseria mediante verdaderos *pogroms*, en el período sucesivo a la II Guerra su estado de inferioridad no solo subsistió, sino que hasta se agravó. En otras palabras, se reprodujo y acentuó aquella "*división en dos campos hostiles*" que, en el seno de la clase obrera inglesa, fue suscitada en el siglo pasado por la anexión de la "Isla Verde" a Gran Bretaña, división que -según Marx, Engels y el Consejo General de la I Internacional- hacía imperativa la ruptura de las seculares relaciones de dependencia de Dublin respecto a Londres, "*no como cuestión de simpatía hacia Irlanda*" o por ideales humanitarios, nacionales o religiosos, sino "*como una exigencia planteada en el interés del proletariado*" (2). La persistencia y acentuación de esta división impiden, por razones *materiales*, que los "destacamentos" de una misma clase obrera reconozcan a su verdadero y común enemigo y explotador -el capital irlandés, inglés e internacional- y los alinean uno contra otro, en una lucha que se

(2) Carta citada de Marx a Engels.

cubre con las vestimentas absurdas de una guerra racial y religiosa. Situación absurda que deforma y mistifica la verdadera *esencia* de la lucha entre explotados y explotadores.

Esta situación quizás hubiera podido cambiar en la segunda posguerra, cuando las industrias tradicionales del Ulster (Textil y Astilleros) y la agricultura entraron en crisis (3), y los capitales huyeron en búsqueda de inversiones más rentables, amenazando al conjunto del proletariado -de ambos orígenes étnicos y de *ambas* religiones- con despidos en masa. Sin embargo, la política económica que el interés político y estratégico por Irlanda del Norte inspiró a Londres en aquellos años impidió que este cambio se verificara. Esta política se concretizó, primero, en incentivos para las inversiones privadas, *sobre todo* en las áreas protestantes; y, luego, en inversiones directas del Estado en la industria mecánica y ligera, y en servicios. Por una parte, esta política hizo más palpables -y, por tanto, más difíciles de ser toleradas- las discriminaciones contra los obreros "católicos" : las industrias se instalaban principalmente en áreas "protestantes", las *me-* nos afectadas por el paro; los empleos reservados a los "leales" eran, en general, los *mejor* remunerados; la fuerte demanda de mano de obra especializada aumentaba aún más la disparidad de salarios, etc. Por otra parte, esta misma política creaba una especie de convergencia *objetiva* de intereses de la fuerza de trabajo privilegiada del Ulster tanto con la burguesía autóctona como con el Estado inglés, con la metrópolis. Esta convergencia tendía a poner al sector favorecido de la clase obrera de Irlanda del Norte en antagonismo no solo con su sector desfavorecido (la animosidad contra este último se acrecentaba, ya que el número creciente de trabajadores no especializados, en particular, las mujeres, inci-

día sobre el nivel medio de los salarios, provocando su baja, como también con el conjunto del proletariado británico, en lucha contra la clase dominante y sus instituciones.

En 1977, un análisis del censo de 1971 permitía constatar cuatro hechos esenciales : a) "los protestantes tienen las mayores probabilidades de ser obreros especializados, mientras que los católicos son, en general, obreros sin ninguna especialización"; b) "las industrias en las que, en 1971, el salario medio era más elevado tendían a contratar principalmente a leales"; c) el paro alcanzaba a los católicos en un 250 % más que a los protestantes; d) los obreros protestantes trabajaban sobre todo en la industria mecánica y en el sector terciario, mientras que los católicos trabajaban sobre todo en Astilleros, trabajo no solo más duro y malsano, sino además mucho más incierto y mal remunerado.

Otros datos ponen aún más cruelmente en evidencia las raíces materiales de una situación que lleva a la minoría "privilegiada" de la clase obrera norirlandesa a alinearse en el flanco de la burguesía local y del imperio británico, y a la mayoría discriminada a identificar su causa con el nacionalismo burgués y el catolicismo.

En junio de 1975, la tasa media de paro masculino era del 4,9% en Gran Bretaña. En tres áreas protestantes del Ulster, tomadas como muestra, variaba de un mínimo de 3,2% a un máximo de 3,9%; pero en las áreas *católicas* de Newry, Omagh y Strabane alcanzaba, respectivamente, 19,7%, 14,8% y 26,1%.

Este es un viejo fenómeno, pero la política oficial de incentivos a las nuevas industrias lo ha agravado. Según un estudio de 1970, "de las 217 nuevas fábricas (construidas a partir de 1954 -ndr), sólo 31, o sea, un 14%, se instalaron a más de 30 millas de Belfast : una cautá política de inversiones de origen tanto pública como

(3) Entre 1950 y 1973, la mano de obra de la industria textil cayó de 72,8 mil a 39 mil (- 46,4 %); en los Astilleros de 24,2 mil a 9,8 mil (- 59,5 %); en la agricultura de 101 mil a 53,5 mil (- 47 %). A su vez, en la mecánica aumentaba en un 87,4 %, en la construcción un 45,6 % y en los servicios un 37,6 %.

(4) Estos datos, así como los que siguen, han sido extraídos del n° 8 de *Revolutionary Communist*.

privada tuvo por efecto que centros orientales (es decir, "protestantes" - ndr) menores que los que están situados en la parte occidental (es decir, "católicos" - ndr) de la provincia han recibido un número mayor de establecimientos. Por ejemplo, Lurgan, con una población de 18.000 habitantes y a sólo 21 millas de Belfast, atrajo 13 nuevas fábricas, mientras que la ciudad de Londonderry, con una población de 55.000 habitantes, y a más de 70 millas de Belfast, sólo atrajo 7, dos de las cuales han cerrado en 1968".

El tipo de empleo de los dos "sectores" de la clase obrera es ilustrado por los siguientes datos relativos a la fábrica Autolite, situada, sin embargo, en Andersonstown, en un ghetto católico de la parte occidental de Belfast. Los católicos representaban un 33,3% de la plantilla (1.136 trabajadores), pero en las categorías superiores sólo había un 19,3% de católicos, mientras que en las categorías inferiores el porcentaje era de un 40,2% (5). Es inútil añadir que éste no es un caso fortuito de discriminación, si no una muestra de la discriminación

sistemática, contra la cual no parece que las tradeunions se hayan opuesto ni se opongan, salvo con proclamaciones puramente verbales.

Las miserables condiciones generales de vida de la mayoría católica, en gran medida pobre y en buena parte proletaria, están reflejadas asimismo en las estadísticas concernientes a la habitación. El área católica de Fermanagh cuenta con un 40 a 45% de viviendas consideradas "inadecuadas", mientras que en las áreas protestantes de Antrim, Lisburn y Down, el porcentaje oscila entre un 10 y un 20%.

Veamos otros índices de esta misma serie. La tasa de mortalidad infantil (la de Irlanda del Norte es la más elevada de Europa) oscila entre un 18,1 y 19,7 por mil, respectivamente en el norte y el este protestante de las 6 provincias, y un 24,8 y 32,3 por mil, en el oeste católico en general y en el área de Fermanagh en particular. La incidencia de enfermedades infecciosas (por 100.000 hab.) salta a los ojos en el cuadro siguiente :

| | Inglaterra y Gales | Irlanda del Norte | Condados protestantes | Condados Católicos |
|-----------------------|-----------------------|----------------------|--------------------------|-----------------------|
| meningitis aguda..... | 4 | 16 | 13 | 26 |
| tuberculosis..... | 20 | 23 | 6 | 13 |
| escarlatina..... | 19 | 19 | 13 | 23 |
| tos convulsa..... | 8 | 7 | 3 | 50 |

Sin embargo, aún así, el lenguaje crudo de las cifras es poco elocuente, porque todo episodio de abuso y

discriminación tiene detrás suya una historia plurisecular de verdadero *apartheid* económico, social y político, de opresión militar y de persecución policíaca contra la población irlandesa, una historia que ha dejado en la memoria colectiva de esta última una huella demasiado profunda como para que todas las relaciones entre dominan

(5) Los datos sobre la Autolite fueron sacados de *Hands off Ireland*, junio de 1977.

tes y dominados, y entre la clase obrera de la nacionalidad "colonizada" y aquella que ésta considera como un apéndice de la nacionalidad colonizadora, no reciba una coloración particular y siniestra, un enfoque *necesariamente* deformante.

Por supuesto, es una tarea irrenunciable de los comunistas revolucionarios mostrar a *ambos* sectores de la clase obrera de Irlanda del Norte que, contra toda *apariciencia*, están unidos por intereses y objetivos históricos *comunes*, porque su enemigo es *el mismo* y su abatimiento *sólo es posible* superando las barreras de nacionalidad y religión, así como las de categoría, gracias a las cuales la burguesía divide y confunde las fuerzas llamadas a destruirla. Es una tarea irrenunciable revelar a los obreros "protestantes" el secreto de una situación de privilegio relativo que, por una parte, está basada en la superexplotación de sus hermanos de clase y, por otra, *sos* tiene y perpetúa el modo de producción basado en la extorsión de plusvalor del *conjunto* del proletariado; al mismo tiempo, es indispensable desenmascarar ante los ojos de los "católicos" el mito falaz de una emancipación social que se identifica con la "liberación" nacional o, peor aún, religiosa.

Pero los comunistas sabemos que, al persistir el régimen de dominación colonial inglés sobre el Ulster, este llamamiento a la necesaria unidad de fines y de lucha de la clase trabajadora, aunque pueda llegar a encontrar un eco y una respuesta en una minúscula

minoría de proletarios que un conjunto de circunstancias favorables haya puesto en condiciones de asimilarlo, está destinado a chocarse contra la muralla objetiva de relaciones sociales y políticas que alimentan necesariamente ilusiones e ideologías *interclasistas*, y que alinean en frentes opuestos a los obreros católicos y protestantes, quienes -en grados y formas diversas- son víctimas de un *único* sistema de explotación.

Por eso, sin dejar un solo instante de denunciar la falsedad de las ideologías de "emancipación nacional", no ocultando nunca su previsión científica de que las condiciones de vida y de trabajo de los asalariados serán las mismas bajo la bandera irlandesa como bajo la británica, los comunistas deben trabajar de ambos lados del canal de San Jorge para que todo tipo de relación de dependencia de Irlanda del Norte respecto a Gran Bretaña sea roto; para que caigan todos los velos mistificadores que traban, retrasan o hasta impiden el pleno desarrollo de la lucha de clase, atizando, al contrario, el fuego de la guerrilla entre los mismos trabajadores; para que los proletarios de ambas "nacionalidades" y de ambas "religiones" distingan claramente cuál es su adversario, es decir, *su misma burguesía*; y para que unifiquen sus fuerzas, hoy trágicamente divididas y hostiles, en la lucha común al lado de sus hermanos de clase de todos los países para abatir el poder *mundial* de un capitalismo que, desde hace mucho, no conoce frontera alguna.

LOS FUNDAMENTOS DEL COMUNISMO REVOLUCIONARIO

- Introducción
- Partido y Estado de clase como formas esenciales de la revolución comunista
- Las organizaciones económicas del proletariado esclavo como pálidos sustitutos del Partido revolucionario
- Desnaturalización pequeño-burguesa de las concepciones "sindicalistas" y "socialista de empresa" del encuadramiento proletario
- Conclusiones

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

72 págs. - 100 Pts. - 8 FF

Marcuse, profeta de los buenos viejos tiempos

El 29 de julio de 1979, el filósofo Herbert Marcuse moría en un hospital alemán a la edad de 81 años. En estos últimos tiempos, su reputación había descendido un poco en el *hit parade* de la moda política, pero su nombre fue muy cotizado en los años 60 en cuanto tercer inspirador, después de Marx y Mao, del movimiento anticonformista de la juventud.

Evidentemente, este movimiento no ha sido "inspirado" por Marcuse ni por ningún otro. Ha sido, como es siempre el caso, el resultado de determinaciones materiales independientes de la voluntad e inteligencia de tal o cual sujeto, pero que se reflejan en los cerebros de determinados individuos, impulsándolos a formular tesis y opiniones que el movimiento social reconocerá luego como "lo que siempre había pensado". En esta óptica es útil examinar, aunque sólo sea sumariamente, el pensamiento de Marcuse en cuanto expresión ideológica de ese movimiento social que tradujo, en los años 60, el anticonformismo de la juventud.

Marcuse nació en 1898 en Berlín en una familia de la gran burguesía, y se encontró en su juventud en el corazón de ese ciclón revolucionario que invadía entonces Europa luego de la Revolución de Octubre. En uno de nuestros "Hilo del tiempo" de 1949 escribíamos: *"En los años de la grandiosa revolución rusa, los "intelectuales" que navegaban en el cataclismo de la guerra entre las escuelas filosóficas y estéticas que eran más nulas y decadentes unas que otras, sintieron un rumor; al poseer la facilidad de girar sobre su propio*

eje, se volvieron hacia el oriente" (1). El joven Marcuse fue de los que simpatizaron con el bolchevismo victorioso (quizá porque era victorioso), sin perjuicio de ser luego decepcionados por la derrota de la revolución y cambiar nuevamente de rumbo, esta vez hacia el oeste. Con los otros intelectuales de la República de Weimar, tomó parte en el proceso entablado a la "razón burguesa", es decir, a las concepciones que sus predecesores, los intelectuales del siglo XIX, habían elaborado para la burguesía triunfante, y a las esperanzas que habían alimentado.

El sueño de una humanidad que, luego de la revolución burguesa, se desarrollaría sobre la vía de la vida, la libertad y la felicidad, se había derrumbado en medio de las grandes matanzas de la primera guerra mundial. Una generación de intelectuales que no estaban habituados a las preocupaciones de la existencia cotidiana se encontraba confrontada con los golpes de la inflación, del hambre, de la inseguridad. Hacía la experiencia, al menos en parte, de lo que es para los proletarios la experiencia de todos los días. Además, descubría que en la sociedad capitalista, sobre todo en el capitalismo maduro, ninguna capa social está "asegurada" de sus condiciones de existencia, que ninguna está al abrigo de la proletarización.

(1) "El marxismo y los intelectuales", traducción castellana en *El Programa Comunista* nº 14, mayo de 1974.

De allí el interés que tenían para el partido esas capas de intelectuales, incluso si retrocedían luego con horror cuando apercebían las consecuencias necesarias de la adhesión al campo proletario: la aceptación y la defensa consciente de un programa que preveía un período implacable de luchas sangrientas, de dictadura, de destrucción de las condiciones que habían permitido a las minorías del pasado (de donde esas capas sociales habían surgido) llevar una existencia aristocrática.

He aquí el "drama" de la capa a la que pertenece Marcuse. Ella está cogida entre la burguesía, que arruina su existencia con las crisis, sus guerras, con el proceso de proletarianización creciente de las capas no proletarias, y el proletariado mismo. De ahí la maldición lanzada contra el racionalismo de la época burguesa revolucionaria considerada como responsable de todo lo que se volvía la sociedad burguesa: responsable de su totalitarismo, de sus crisis, de sus guerras, y también de la respuesta proletaria que aquella provoca dialécticamente.

No es la esclavitud asalariada lo que está en el centro de las preocupaciones de Marcuse y de los otros teóricos de la escuela de Frankfurt, sino la represión de los deseos: cosa perfectamente natural desde el punto de vista de una capa improductiva habituada a cultivarse, a consumir, y que encuentra cada vez menos lugar para moverse a medida que avanza el desarrollo del capitalismo.

En el siglo pasado, el intelectual burgués Alexandre Herzen escribía: "Toda nuestra instrucción, nuestro desarrollo literario y científico, nuestro amor por lo bello, nuestras ocupaciones, todo esto supone un terreno incesantemente allanado y preparado por otros; el trabajo ajeno es necesario para procurarnos el ocio indispensable a nuestro desarrollo psíquico, ese ocio, esa actividad ociosa que permite al pensador concentrarse, al poeta soñar, al epícurico gozar, que favorece el desarrollo rico, caprichoso, poético, exuberante de nuestras individualidades aristocráticas (...) Pero, ¿puede ser alcanzado por todos el

bienestar en el orden actual? Nuestra civilización es una civilización de la minoría; ella no es posible más que con el trabajo grosero de la mayoría (...) Cuando todos no pueden vivir bien, que al menos algunos vivan, que uno solo viva a expensas de los otros con tal que alguno pueda vivir bien. Es solamente desde este punto de vista que puede comprenderse la aristocracia. La aristocracia no es, en general, más que una especie de antropofagia más o menos civilizada; el canibal que come a su esclavo, el propietario que cobra un enorme alquiler, el fabricante que se enriquece a expensas del obrero — tales son las variedades de la antropofagia (...) Mientras que la minoría desarrollada, al tiempo que absorbe en su provecho la vida de generaciones enteras, apenas sospechaba por qué la vida le era tan fácil, y que la mayoría, al tiempo que trabajaba día y noche, apenas sospechaba que todo el fruto de su trabajo iba para otros, todos consideraban este estado de cosas como natural, y el mundo de la antropofagia podía mantenerse. (Pero cuando) el obrero no quiere trabajar más para otro es el fin de la antropofagia; he aquí el límite de la aristocracia. (...) entonces la absorción de la mayoría para la elaboración de la vida brillante y exuberante de la minoría habrá visto su última hora" (2).

El desarrollo del capitalismo reduce cada vez más los márgenes de existencia de la "aristocracia", el sujeto explotador es cada vez más el capitalismo y cada vez menos las personas de los capitalistas o las capas improductivas que él engendra: "Sea una jornada media del trabajador en el mundo de diez horas. Los capitalistas embolsan media hora. El capitalismo embolsa seis horas y media. Para el trabajador quedan tres horas, si todo anda bien" (3).

Las capas improductivas tienen, pues, una vida cada vez más difícil y están obligadas a vender

(2) Alexandre Herzen, *De l'autre rive*, Ginebra, 1870, pp. 75-77.

(3) Carta de Alfa (A. Bordiga) a Onorio (O. Damen), *Prometeo serie II* n.º 3, abril de 1952.

se a la máquina del capitalismo, a ofrecerle cada vez más sus servicios: "La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al juriscónsul, al sacerdote, al poeta, al sabio, los ha convertido en sus servidores asalariados" (4).

¿Es esto, pues, se preguntan Marcuse y toda la escuela de Frankfurt, la felicidad radiante que el pensamiento revolucionario burgués había prometido a las generaciones futuras (esencialmente a las capas cultivadas a las que pertenecen y por las que se preocupan)? En toda la tragedia del curso del capitalismo no ven más que la falta a esta promesa. En un reciente reportaje publicado por el periódico italiano *La República* del 5.8.79, Marcuse afirmaba: "La revolución moderna consiste en esto: en la rebelión de los hombres -a los que se ha inspirado ciertas necesidades- contra el hecho de que ya no se puede satisfacer esas necesidades". Somos nosotros quienes subrayamos el ya no, para indicar que los hombres en los que piensa Marcuse son aquellos que, como él, pertenecen a capas ayer despreocupadas y ahora obligadas a servir al capital. Marcuse dice también: "En un mundo que ha caído en lo prosaico, hay que volver a introducir, ante todo, la dimensión estética". En esta frase domina también la nostalgia del pasado; ese "volver" delante de "introducir" muestra claramente que Marcuse no escruta el porvenir, sino que evoca con nostalgia el pasado: el mundo del buen gusto, de las buenas lecturas de los buenos sentimientos de las capas cultivadas de ayer, aquellas que, según Herzen, vivían de la *an tropofagia*.

Marx comprende bien la posición marcuseana cuando escribe:

"De este modo, cuán sublime parece la antigua concepción que hace del hombre (cualquiera sea la estrechez de su base nacional, religiosa y política) el fin de la producción, en comparación con la

del mundo moderno en que el fin del hombre es la producción, y la riqueza el fin de la producción. Pero, de hecho, ¿qué será la riqueza una vez despojada de su forma burguesa aún limitada? Será la universalidad de las necesidades, de las capacidades, de los placeres, de las fuerzas productivas, etc., de los individuos, universalidad producida en el intercambio universal. Será la dominación plenamente desarrollada del hombre sobre las fuerzas naturales, sobre la naturaleza propiamente dicha, así como sobre su propia naturaleza (...) En la economía burguesa y su época correspondiente, en lugar del completo desarrollo de la interioridad humana, es el despojo completo; esta objetivación universal aparece como total, y el trastocamiento de todas las trabas unilaterales como sacrificio del fin en sí a un fin totalmente exterior. Por esto, el juvenil mundo antiguo aparece como un mundo superior. Y lo es efectivamente dondequiera que se busque una figura acabada, una forma y contornos bien definidos. Este mundo es satisfacción a una escala muy limitada, mientras que el mundo moderno deja insatisfecho, o bien, si satisface, es trivial" (5).

Marcuse no puede hacer suyo este análisis porque, tal como toda la capa social de la que forma parte, desvía su mirada de las profundidades de la sociedad para buscar únicamente una ocasión cualquiera de volver a encontrar, si es necesario al margen de esta sociedad, fuera de la guerra que la estremece, la posibilidad del antiguo goce. Mientras que Marx ve en "el mundo caído en lo prosaico" la premisa grandiosa y dialécticamente inevitable de la liberación total de la especie humana, Marcuse se limita a lamentarse y a desear que vuelva un poco de la belleza del buen viejo tiempo.

El hubiese querido, tal como lo quisieron después numerosos anticonformistas de los años 60, que la felicidad prometida por el comunismo esté ya aquí, pronta, ac

(5) Marx, "Sucesión de las formas económicas de la sociedad", en *Fundamentos de la crítica de la economía política (Grundrisse)*.

(4) *Manifiesto del Partido Comunista*, Cap. I.

cesible, sin esfuerzo, sin revolución proletaria y, sobre todo, sin dictadura del proletariado. El hubiese querido que el gran desarrollo de fuerzas productivas creado por el capitalismo esté ya desde hoy a disposición del que quiera disfrutar, del que "rechace" la ética del trabajo (en efecto, es bien sabido que los proletarios no trabajan por necesidad, sino por una ... elección ética inculcada por la filosofía de las Luces).

Naturalmente, esta perspectiva es imposible y Marcuse lo ve claramente: "No creo en una caída próxima del capitalismo; pienso, con la experiencia formidable, múltiple y múltiple que vivimos en nuestro siglo, que el capitalismo apenas comienza a explorar sus nuevas posibilidades, en América del Sud, en Asia y por doquier. Es aún muy sólido, incluso si a veces la madurez puede estar cerca de la decrepitud". En todos los casos, él se preocupa por su clase, por su posibilidad de vivir bien:

"Considero que el fenómeno esencial de nuestra época es el hecho que el proletariado marxista ha sido reemplazado por la clase media, por los pequeños burgueses. Estos comienzan a rebelarse en todas partes contra los grandes monopolios que los aplastan, precisamente como el viejo capital aplastaba al proletariado en los tiempos de Marx (¿Es bien sabido que los proletarios ya no son aplastados!). En mayo y junio de este año hemos recorrido las rutas de California y hemos asistido, a la rebelión de los consumidores contra los trusts de la gasolina (...) Es la herencia que dejó a los jóvenes del mundo entero en el umbral de los años terribles que se anuncian. Los jóvenes debe comprender (y en América ya han comenzado) que hay que recuperar cuanto antes los valores estéticos que han sido destruidos, a derecha e izquierda, por el marxismo "soviético" y por el "fascismo". No es cierto que por una violencia abstracta y feroz deba rechazarse el amor del mundo y la visión poética, lírica, del mundo, tachándolos de arte, de cultura y de espíritu "reaccionarios".

Es una aberración: si se ha llegado hasta tal punto es porque desde hace un siglo se ha olvi-

do (¡ sí!) la dimensión estética, la única que pueda asegurar la revolución del siglo veinte, la única que pueda galvanizar un mundo ávido de pensar, de amar, de admirar, y que sólo es decepcionante para algunos porque se les ha privado de los medios de disfrutarlo".

La posición de las capas improductivas no podía ser expresada mejor: ¡Malvados burgueses, que con vuestra sed de ganancia y vuestra necesidad de agrupar a todas las capas en torno a la defensa del capital nos habéis quitado la libertad y la autonomía de revolotear como mariposas de flor en flor! ¡Malvados proletarios, que por un salario miserable os habéis vendido al capitalismo que vosotros engordáis, y que no nos gratificáis con una hermosa revolución que no habría de durar más de un día, abandonando después la escena con vuestro partido y, sobre todo, con vuestra dictadura! Vosotros, vosotros ensombrecéis nuestra vida, vosotros nos impedís disfrutar ya. ¿Qué nos importan las fuerzas productivas, el trabajo que construye la riqueza de la que no se puede disfrutar? (6).

Su reivindicación de salir del mundo de la mercancía no está hecha para la especie humana tal como ésta podrá surgir de la destrucción de las clases, sino que está hecha en sí, para ahora e inmediatamente; es una reivindicación de categoría, de la categoría de los que, sin realizar un trabajo productivo, reciben su subsistencia del capital a cambio de la defensa de sus instituciones y de su ideología.

Mientras que Herzen, ese burgués, pero burgués aún revolucionario, veía claramente en la antropofagia de la sociedad capitalista la condición del goce de la minoría cultivada, Marcuse borra todo esto y plantea de manera metafísica el principio del placer. "La idea de una civilización no repressiva -escribe en Eros y Civilización- debe poder ser deducida de

(6) Este es también el punto de vista de los teóricos de la "autonomía" italiana actual, como por ejemplo Pipezno.

la teoría freudiana de los instintos". Ya no existen enfrentamientos entre las clases por las condiciones materiales de existencia, si no sólo el "derecho", reclamado ante el "padre" burgués, de ser alimentado y mantenido. ¿No somos tus hijos?, parece repetir continuamente a la sociedad burguesa. ¿Por qué nos haces vivir tan mal? Nosotros te impugnaremos mientras tú no nos satisfagas.

Al mismo tiempo, Marcuse es muy consciente de los límites de un movimiento de marginales. En un congreso reunido en Londres en 1967, advirtió a los estudiantes entusiastas que "las flores no tienen poder". Y, en el *Hombre unidimensional*, considera sin salida la situación en el seno de las sociedades avanzadas, donde el monstruo capitalista ha organizado "para sí mismo toda la sociedad."

En esta posición, Marcuse manifiesta la desesperación frente a su propia impotencia, la conciencia de no poder hacer nada más que desear o maldecir. En el desa-

rollo de las fuerzas productivas, Marcuse no ve más que lo negativo del infierno capitalista, no las potencialidades que éstas representan para el comunismo de mañana.

En conclusión, la ideología expresada por Marcuse es la de una capa cuyos intereses están en contradicción con los del proletariado revolucionario, tal como esta misma capa lo afirma cada vez más y cada vez más fuerte.

Esta posición sólo ha ocupado un primer plano porque desde hace cincuenta años la voz del proletariado está obligada a callarse. En cuanto que denunciaba los males del capitalismo, la voz de Marcuse y de sus discípulos pudo parecer revolucionaria; pero en cuanto que permanece ajena al drama real que se desarrolla en las profundidades de la sociedad, limitándose a desear el retorno a la buena vida que algunos llevaban en otro tiempo, está destinada a permanecer ajena al proceso de reanudación de la revolución proletaria.

o o o

EL PROLETARIO

Suplemento para Latinoamérica de EL PROGRAMA COMUNISTA

Nº8 (Mayo de 1980)

- La destrucción de las FF.AA., primer paso de la revolución
- La preparación revolucionaria exige el boicot de las elecciones y del parlamento
- Pasado y presente de la doctrina Carter
- Los imperialismos preparan la guerra
- Carta de España (3)
- En Brasil : Los pelegos ya tienen su partido
- La guerrilla venezolana : De la sierra al parlamento
- La siniestra cara de la democratización peruana
- Delicias del "socialismo" cubano

Precio del ejemplar: Europa y EE.UU.:US\$ 0.50 - América Latina:US\$ 0.35
Abono anual: precio de 5 ejemplares. Encargos a las Ediciones Programme.